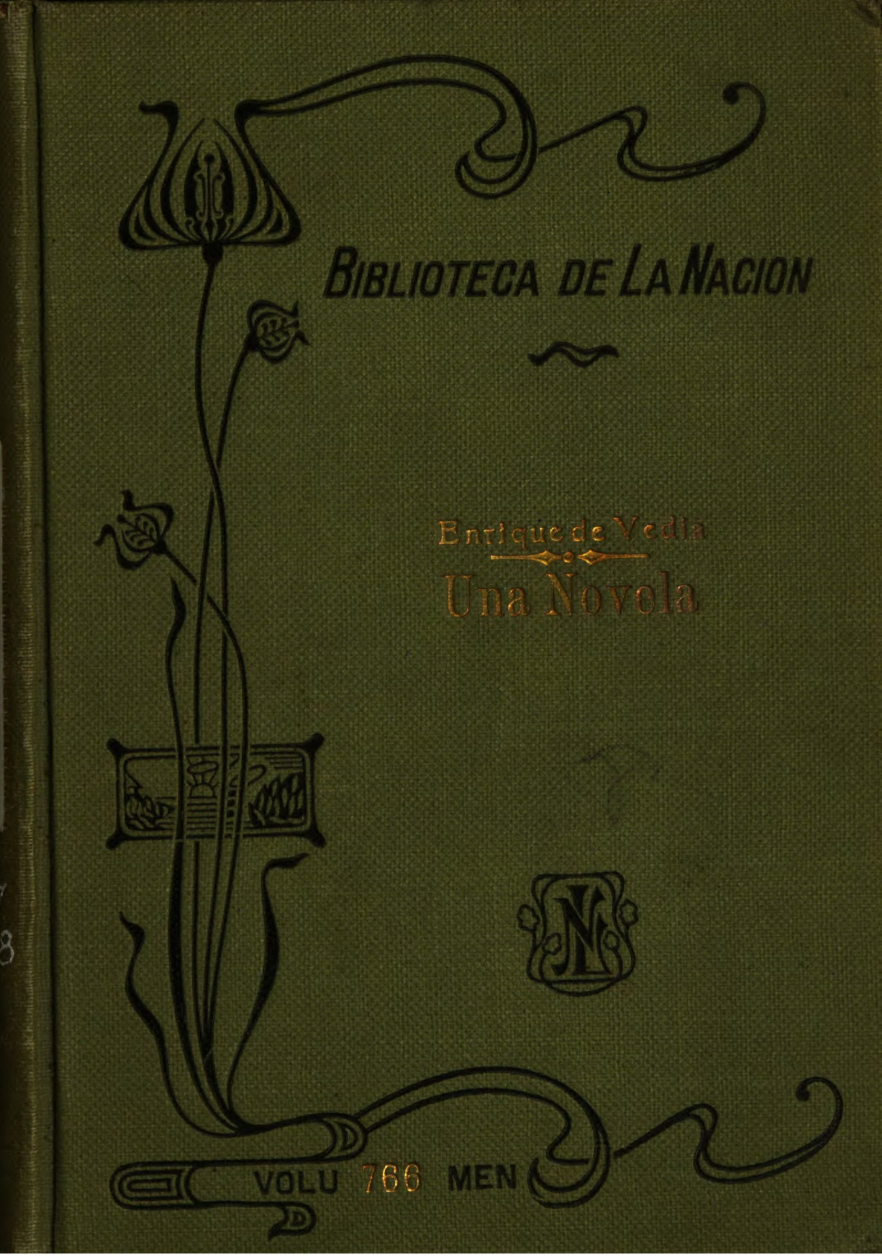
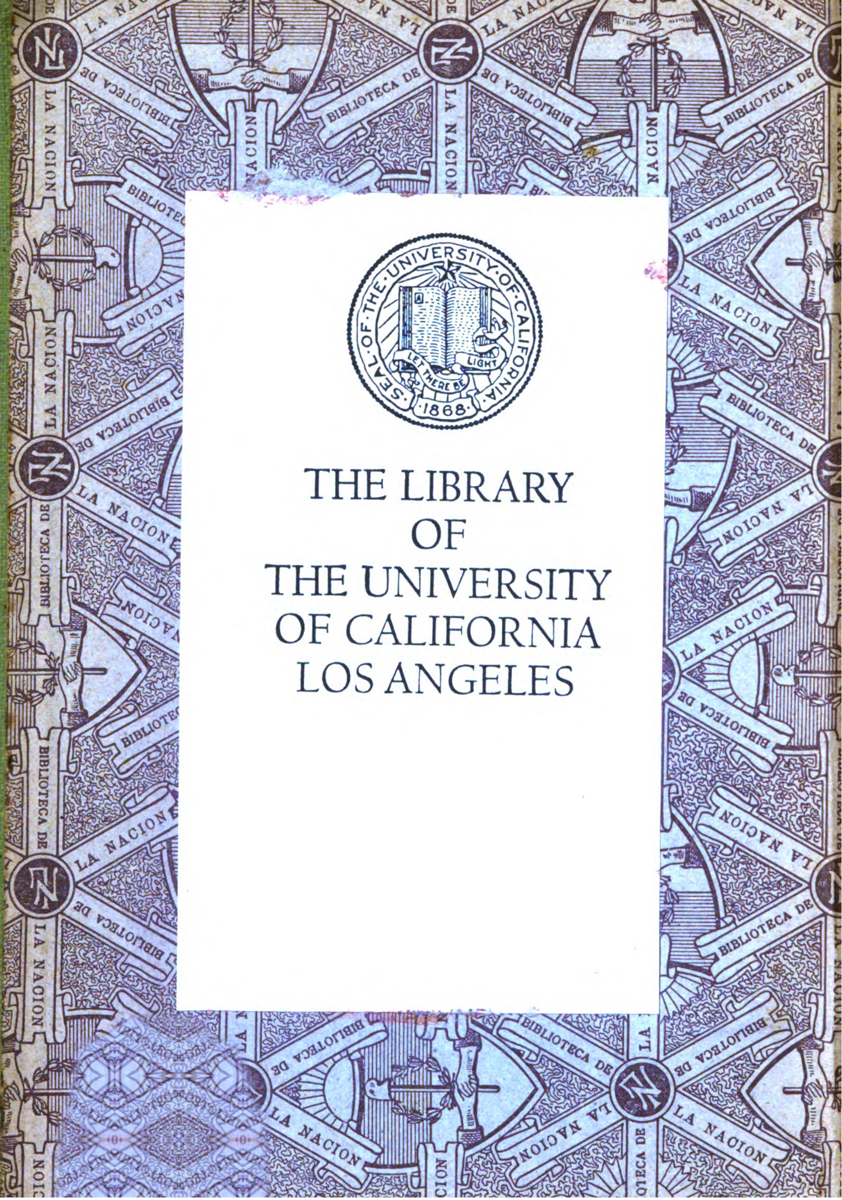
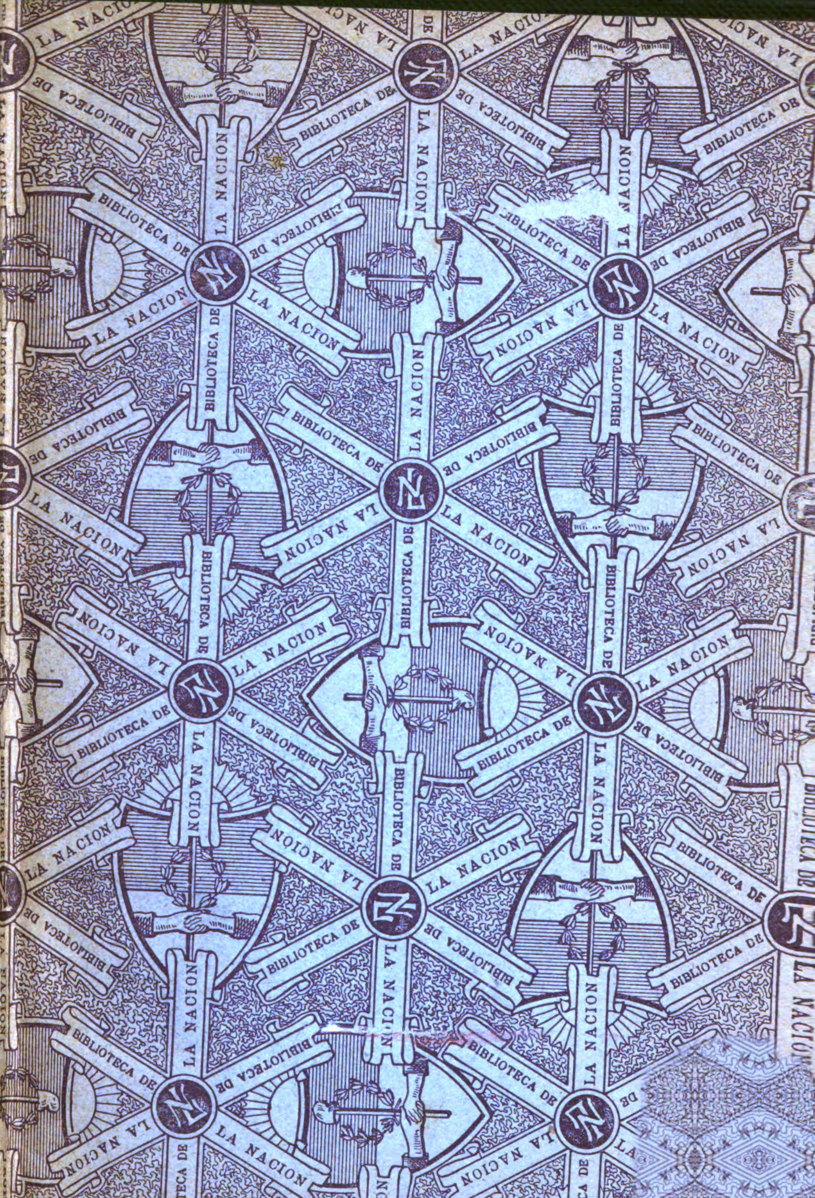

BIBLIOTECA DE LA NACION
Enrique de Vedia
Una Novela
NL
VOLU 766 MEN



SEAL OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LET THERE BE LIGHT
1868


BIBLIOTECA DE LA NACION

UNA NOVELA

NOVELAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR «LA NACIÓN»

Transfusión	1	vol.
Quintuay	1	»
Alcalis.	1	»
Rosenia.	1	»
Mancha de aceite	1	»

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

ENRIQUE DE VEDIA

UNA NOVELA



BUENOS AIRES
1917

Imp. de La Nación.—Buenos Aires

UNA NOVELA

Al abrir la ventana entró en mi dormitorio una verdadera carcajada de luz que lo inundó todo, llenándolo de reflejos que parecían sonrisas, que parecían caricias, que parecían alegrías, envueltas en el velo sutil del rayo de sol.

Es que, si las tinieblas son tristes y entristecen, la luz es alegre y alegra, y la luz de aquel día era tan intensa, tan nítida, tan vigorosa, que después de iluminar las cosas se metía en las almas para alumbrarlas también.

Yo experimenté la sensación de que lo efectuaba en la mía y pude creerlo porque hacía días que estaba triste, con esa cruel tristeza imprecisa en que se mezclan motivos amargos y recelos de amenazas atribuladoras que sin causas concretas revuelan en el espíritu, agitándolo con agoreros presagios.

Presa de tales angustias, mi alma no me había dejado reposar en la noche pasada, que fué de pesadillas y de continua agitación. Muchas veces me desperté en la noche, soñando con

monstruosas serpientes que se enroscaban en mi cuerpo, triturándome los huesos; con aves colosales que me alzaban en sus garras, dejándome caer desde las nubes; con malhechores que me apuñalaban; con amigos que me mentían...

Por fin me levanté, después de haber conciliado algo el sueño de la alborada; pero sentí pesada la cabeza y dolorida el alma. Tambaleante casi, fuí hasta la ventana, la abrí de pronto y de par en par, y aquel torrente de luz, fresca y diáfana, entró por mis ojos y entró por mis poros inundando todo mi ser y barriendo con sus rachas lumínicas las negras sombras que me habían poseído.

¡Ah! no era posible estar triste ante aquella luz esplendorosa y vivificante, a la que se adunaron otros motivos de análogas influencias, pues como si hubiesen estado esperándome, en cuanto abrí la ventana rompió el tripudio sonoro de los pajaritos que pululaban por el jardín, y pasado el primer momento de obnubilación que el choque de la luz me produjo, vi más lucientes, y como si las tuviese más cerca que nunca, las rosas, los alelíes, las margaritas y las mil flores de los arriates, entre los que se destacaba uno cubierto por las amplias y robustas de una enorme hortensia multicolor.

El perfume del jardín tendido a mis pies, el trinar metálico de los pajaritos que revoloteaban a mi alrededor, la luz divina que desde el cielo diáfano caía sobre mí, me pusieron alegre, sin poder evitarlo, y aun tengo la certeza de que, si en aquel momento hubiese estado ba-

jo la presión de algún dolor moral intenso y preciso, aquella luz y aquellos cantos y aquellas flores lo habrían anestesiado cuando menos.

La alegría es contagiosa, con más eficacia que el dolor, como que de los sitios de dolor huímos y a los de las alegrías nos sentimos impelidos instintivamente; nadie va adonde se sufre; todos van adonde se goza, pues si es cierto que el hombre es un animal sociable, no es menos verdad que no se asocia para llorar... y para nadie es un misterio el hecho de que todos tenemos siempre más risa que lágrimas.

La madre naturaleza nos ha hecho así, y la culpa no es nuestra.

Yo también me torné alegre aquella mañana ante la alegría exterior que me circundaba, y para sobresaturarme con ella me recosté en el quicio de la ventana y me puse a mirar...

... ...

Por entre las ramas bajas correteaban las «ratoncitas» agitando las alas y en alto la cola, como si jugaran a las «esquinitas» o a las «escondidas», y en alguna de ellas me pareció adivinar que en sus temblorosos trinos dirigidos a otra le decía:

—¡Así no vale!... ¡Así no vale!... ¡No juego más!...

Contribuyó a esta interpretación, porque tras su visible airada protesta salió volando y fué a meterse bajo la enorme planta de la hortensia multicolor, donde quedó en acecho de la com-

pañera que, trepada de costado a una guía de rosas blancas, miraba a todo rumbo, anhelosa por describir el paradero de su intemperante amiga, que después de permanecer un ratito bajo la hortensia salió por el lado opuesto, volando a ras del suelo como para no ser vista.

Al volver los ojos hacia la que había hecho mangrullo del rosal, me pareció que el viento arrancaba dos hojas de una de las flores de la guía en que la ratona había estado, y que haciéndolas voltear sobre sí mismas las conducía hacia mí; pero bien pronto vi que eran dos mariposas blancas que en suaves giros se perseguían como acariciándose al tocarse con las alitas.

Turbadas en las mutua persecución, pasaron por mi lado—sin verme...—y entraron en mi dormitorio, en el que sufrieron una sorpresa tan alarmante, que separándose, agitadas y confundidas, se lanzaron cada una por su lado al espacio abierto del jardín, en el que volvieron a juntarse para perderse a lo lejos, acariciándose sin cesar con las alitas.

En los caminos del jardín correteaban nerviosos los gorriones en grupos estrepitosos de infernal algarabía, interrumpida a ratos por los vibrantes aletazos de los machitos, que combatían por una miga de pan, o porque sí no más.

No me son simpáticos los gorriones, entre otros motivos porque vinieron a desalojar a nuestros chingolos criollos, tan graciosos, tan bonitos y tan nuestros.

En los más remotos recuerdos de mi infancia

se entremezclan los chingolos a todos ellos, y cuanto más lejos echo la vista hacia atrás, más copiosa veo la nube de chingolos que en los anchos caminos de la quinta paterna volaban alrededor de mi padre cuando regaba sus plantas ; alrededor de mi madre, cuando les arrojaba el alpiste sobrante de sus jaulas de canarios ; alrededor de mis hermanas, cuando cortaban flores para adornar la mesa ; alrededor de mí mismo, cuando aparecía entre ellos con la fatídica honda de elástico, en cuyo manejo fué acaso en lo único en que descollé en mi vida, pues, sin entenderlo hoy mismo, desde veinte metros — en aquellas épocas medíamos por «varas»—sabía voltear a los pajaritos que se posaban en las ramas, arrojándoles una piedra que, describiendo una elegante curva parabólica, iba desde la honda hasta el pajarito con inerrable matemática precisión.

Yo no puedo calcular ahora cuántos chingolos maté a hondazos durante mi larga vida de niño, acaso aún no concluída ; pero tengo la certidumbre de que maté de hambre a muchos más, encerrándolos en jaulas en las que los cuidaba apasionadamente durante tres o cuatro días para olvidarlos después y no ponerles ni alpiste ni agua ni nada.

Alguien ha dicho que no se sabe en qué sitio de la tierra van a morir los pájaros ; pero yo lo sé : los pájaros mueren en las jaulas de los chicos que los dejan morir de hambre en ellas...

¡ Ah ! ¡ Si los pajaritos pudieran vengarse, cuántos chicos que yo conozco «estaríamos» me-

tidos en un nido y tapados con otro, en vez de estar, como algunos estamos, en la misma forma entre dos zapatos!...

Algo peor merecerían quienes tuvieron la desgraciada ocurrencia de traer gorriones al país de los chingolos, pues nada ganamos y mucho perdimos con el cambio, amén de borrar un rasgo de nuestra fauna más típica, y amén de que los chingolos eran sobrios y buenos como nuestros gauchos, mientras los gorriones son malos y glotones como... los...

—Señor; lo buscan—me dijo mi sirviente Camilo, interrumpiendo la rumia de mi monólogo recostado en la ventana del dormitorio, en aquella divina mañana de alegre luz.

Al volverme para averiguar quién me buscaba, Camilo me entregó una tarjeta en la que leí: Cipiriano Montaraz.

—¿Cipriano Montaraz?... ¿Quién es éste?...

—No lo he sabido ver, más antes... parece un mozo bien... ¿quiere que lo haga dentrar?...

Esta proposición de Camilo me decidió si no me hubiera de haber decidido la alegría contagiada de aquella divina, de aquella indescriptible mañana de alegre luz.

Camilo me conocía y me conoce como a «sus manos», pues aun sigue fielmente a mi servicio no obstante los largos cinco años transcurridos desde entonces y desde que se puso a mi servicio. Se había criado en casa de mis padres, desde la edad de seis años más o menos y empezó siendo una especie de sirvientito mío, consagrado a mí con tan afectuosa dedicación que ca-

da nuevo día vinculó con doble remache su suerte a la mía.

En toda mi familia... ¡Ah!... ¡No!... : en lo que queda de toda mi familia: Camilo es tan conocido como el pariente más cercano, y no hay cumpleaños, misas, casamiento, bautizo o cosa análoga sin el concurso indispensable y cariñoso de Camilo—del «chino Camilo» como se le designa afectuosamente y como lo conocen también todos mis amigos, a quienes él, a su vez, conoce y ha conocido siempre mejor que yo mismo...

Retacón, carretilludo, boca amplísima, labios carnosos, bigote escaso, ojos grandes, negros y vivísimos, nariz achatada, fuerte y nervudo como el quebracho colorado, anchas las manos, enorme y bien puesto el corazón, Camilo es el arquetipo del criollo, en los tiempos de los chingolos.

Si él me proponía que recibiera al visitante era porque de una simple mirada lo había «calado» y lo conceptuaba digno de aquel «honor» —que así lo entendía y lo entiende Camilo, tratándose de mí.

—Hágalo pasar al escritorio—le contesté pensando que lo contrario sería desconsiderado para con él ante su consejo, y dándole el tratamiento que le di desde que dejó de ser un muchacho.

Cuando sucedió lo mismo conmigo, cuando me vi con aspecto de persona, sentí una profunda repugnancia a tratar despreciativamente de «tú» y «vos» a las personas que ocupo en mi

servicio personal, y ha de pasar mucho tiempo antes de que encuentre la fórmula que exprese mi concepto sobre esos tilingos que en gesto de olímpica superioridad «tutean» vilmente al cochero, al sirviente, al changador, al ordenanza a quien ocupan con cualquier motivo.

Muchas veces me detengo en la calle indignado, así: indignado, ante esos jovenzuelos pedantes e incultos que al tomar un carruaje de alquiler guiado por algún pobre viejo que trabaja para sus nietecitos le dicen:

—¡ Apúrate, che; vamos a Constitución; pero, apúrate!... mirá que tengo los minutos contados.

Yo creo que lo he tuteado a Camilo cuando muchacho, pero no lo recuerdo muy precisamente, y aun me inclino a pensar que estoy equivocado y me fundo en un antecedente que justifica esta sospecha: mi padre trataba con respeto a los humildes, y es muy difícil que yo no lo imitara en eso.

Así que Camilo se alejó, me puse un saco de hilo crudo abotonado desde el cuello para ocultar la falta de camisa, y después de arreglarme el cabello con los dedos, pasé al escritorio, agregándome la farsa de una ridícula coquetería: mojé en el tintero una lapicera, me la pasé por los extremos de los dedos índice y mayor de la derecha y me la coloqué sobre la oreja...

Los escritores somos también infantiles, y yo por doble motivo, y aun no me explico por qué sospeché que aquel visitante buscaba al «escritor».

De ahí la tontería de presentármele en facha: traje liviano, cabello desordenado, una lapicera en la oreja...

¡Qué tonto!...

*

* *

Al entrar en mi escritorio vi al extraño visitante sentado de tres dobleces en un sillón, ofreciéndome al pronto el aspecto de una escalera plegadiza recostada al mueble, y al verme empezó a desarrollar su inacabable estatura, tardando un buen rato en ponerla totalmente recta.

No he vuelto a ver un hombre más alto ni tan alto como aquél, y aun ignoro el tiempo empleado por mí en recorrerlo con la vista desde los pies hasta la cabeza, puesta allá, al fin, después del pescuezo, a la altura en que ya empezaba yo a creer que me encontraba en presencia de un fenomenal caso de acefalía.

De la cabeza descendí la visual hasta ponerla horizontalmente y creo que coincidía con el extremo inferior del esternón que tenía delante. A esa altura más o menos me encontré con la punta afilada de unos dedos proporcionados al dueño y puestos rígidos en el gesto caracte-

rístico de quien da la mano. La tomé con la mía, alcanzando a oprimir hasta la mitad de las segundas falanges, o falanginas.

—Servidor de usted, señor—me dijo.

—Del mismo modo — le repuse, echándome hacia atrás, en la única reverencia que me pareció adecuada, pues si lo hubiese hecho hacia adelante, como con los eminentes, él me habría visto la presilla del pantalón desprendida, y una pequeña rotura en el dobladillo de la espalda de mi saco.

Al ofrecerle asiento, casi estuve por señalarle la cornisa de mi biblioteca y pedir para mí una escalera de tijera que tenía en el fondo de mi casa ; pero me decidí por provocar sus repliegues y le indiqué el sillón en que él había estado sentado.

Mientras se dobló y se puso en postura, lo observé «a vol d'oiseau», como se contempla el curso de un río, y noté que su traje no tenía nada de notable ; pero en cambio lucía una enorme corbata de espumilla negra anudada en amplio moño de largas puntas, y ostentaba una cabellera lacia y larga echada hacia atrás, en excesiva extensión para una persona sola : tenía melena, y a los costados de la cara afeitada, unas chuletas angostas peinadas hacia adelante ; ojos chicos, lentes, botines claros, y... punto.

—Me he tomado la libertad de molestar a usted, señor.

—De ninguna manera ; estoy a su disposición.

—Mil gracias, señor; porque formo en la legión de sus admiradores.

—De... mis... ¿admiradores?...

—Sí, señor: de sus admiradores, que somos cuantos hemos leído sus obras.

—¿Mis obras?... y... ¿admiradores?

Al decir estas palabras pensé en que debía ponerme en guardia contra un ataque «a sable», porque casi invariablemente, cada vez que he recibido un elogio he tenido que pagarlo al contado, como un giro «a la vista»; pero al mismo tiempo me tranquilicé, porque al mirar en derredor noté sobre una silla el sombrero de mi visitante junto con dos libros de él.

Estaba evidentemente, delante de un «colega» en literatura.

—Sí, señor; y especialmente de sus novelas, tan... tan...

—¿Usted también escribe?

—Algo... sí, señor... tengo mis aspiraciones...

—Le felicito, mi amigo. ¿Y qué ha escrito usted?

—Páginas sueltas... en algunas revistas... y diarios... Usted sabe, señor, cuán penosa es la iniciación en materia literaria, particularmente en medios tan adversos como el nuestro.

—¿Adverso...? ¿Por qué...? No me parece.

—¡Cómo no, señor!... Aquí nadie piensa más que en negocios y en ganar dinero.

—Hay también quienes leen...

—Sin duda; pero no hay quienes estimulen a los que escriben, empezando por las mismas

revistas y los diarios... que nunca tienen espacio para una página literaria.

—¿Usted ha querido publicar algo?

—Como le he dicho, señor: páginas sueltas... algún artículo de crítica... cosas así... pero el objeto de mi presencia ante usted, señor, es de otro orden.

—Usted dirá.

—Me he presentado solo, porque entiendo que un discípulo no necesita cartas de presentación para su maestro.

—¡Caramba!... Amigo...

—Pues, sí, señor; yo «lo he elegido por mi maestro», porque usted es un maestro.

—¿Está usted seguro de haber dado con la casa?

—¡Señor...! Conozco a usted de vista hace mucho, y creo que he leído casi todo lo que usted ha publicado; por eso, precisamente, por eso lo he elegido por mi maestro.

—Pues, amigo, poco tendrá que aprender usted aquí.

—¡Mucho, señor! Y tan seguro de ello que si usted quisiera prestarme su concurso...

—En lo que valga, con mucho gusto.

—Pues bien, señor.

—Pero, espérese un momentito—le dije aproximándome al botón eléctrico, para llamar a Camilo, que se presentó en seguida.

—Tráiganos café. (Yo ya había tomado mis sabrosos mates de la mañana.)

En los ojos expresivos de Camilo vi la satisfacción de haber acertado al proponerme que

recibiera al visitante, y, volviéndome a éste, le dije al sentarme de nuevo:

—Tomaremos una taza de café, si no está usted muy apurado.

—Con mucho gusto, señor; yo también soy gran amigo del café, y en cuanto a tiempo disponible, nada me reclama en otra dirección.

Hablando del día y de la luz y de las flores y de los pájaros, tomamos a reposados sorbos el café que nos sirvió Camilo, hasta que, al dejar vacías las tazas, reanudó el joven Montaraz la conversación sobre el motivo de su visita.

—Pues bien, maestro.

—¡Mire, amigo! —le interrumpí con una mezcla de indignación y de agrado—. Suprima eso de «maestro» si quiere que le atienda; a mí me es muy agradable el trato con jóvenes como usted; pero déjese de formas inadecuadas para hablar conmigo.

—No le diré «maestro», entonces, señor, por más que para mí lo sea siempre.

—Muy bien; andando.

—Sin menoscabo de otras obras suyas, lo que a mí me gusta más son sus novelas, señor, y este juicio lo comparten muchas personas que yo conozco; que las han leído «admirando» sus descripciones, la «precisión» de los diálogos, la «pintura» de los caracteres y, sobre todo, la «facilidad» y la soltura del estilo.

Yo creí que el caballero Cipriano Montaraz se había propuesto «tomarme el pelo» cuando me decía tantas cosas juntas, recalcando el valor de algunas palabras: «pintura», «preci-

sión», «facilidad», etcétera; pero comprendí que hablaba con sinceridad y que era sólo un ingenuo que pensaba todo aquello y que no lo decía con ánimo de halagar mi vanidad, tan sensible como la de cualquier correligionario.

Como hubiéramos quedado en silencio, nos miramos de pronto mutuamente, por casualidad, y él continuó:

—La «facilidad», sobre todo; porque usted ha llegado, señor, a escribir tres novelas en un año; ¿no?

—En seis meses—le dije sin tiempo material para reprimir ese estallido de mi satisfacción provocada.

—¡En seis meses, señor!...

—Más... o... menos...

—¡Qué maravilla!... ¿Cuáles, señor?

—«Quintuay», «Alcalis» y «Rosenia».

—Esa es la que más me gusta de todas; tan tierna y tan sencilla y tan dulce.

—¿Usted piensa así, de veras?

—Sí, señor. ¿De qué se asombra?

—Es la primera vez que oigo un juicio semejante, y ha de saber usted que, malgrado la opinión de los demás, ése es el mío.

—¿Usted prefiere a «Rosenia»?

—¡Sobre todas!... Y la opinión de usted me hace pensar que «usted sabe leer».

—Quizá, señor; pero hay que convenir en que es más fácil leer una novela...

—¡Ah... no!—le interrumpí vivamente, comprendiendo que pretendía rectificar mi apoteg-

ma: «es mucho más fácil escribir una novela que leerla».

—Yo no lo creo así, señor, perdóneme; pero... no lo creo... Usted lo dice por broma.

—No, mi amigó; lo digo porque lo creo. El escritor hace su obra, cuando es espontáneo, con mucho de inconsciencia, que no otra cosa es la inspiración, y muchas veces una palabra o la falta de una palabra expresa más que una página íntegra, y ello se realiza sin que medie un acto de discernimiento por parte del autor. El lector, luego, tiene que poseer un sentido muy fino y muy sutilizado para penetrar conceptos que el mismo autor no ha penetrado, y de ahí que si la obra literaria se efectúa con espontánea facilidad, no ocurra lo propio en la tarea de interpretarla, que es deliberada, y, por lo mismo, «consciente».

—También lo es en el escritor.

—Como impulso inicial, sí; pero no en el desarrollo de la obra, en que uno se entrega al producto de la ideación inconsciente.

—De modo, señor, que para escribir una novela...

—¿Piensa usted escribir una novela?—le dije asombrado, interrumpiéndole.

—Desearía poder hacerlo.

—¿Y para qué?

—Yo creo que de todos los géneros literarios, la novela es el que mejores servicios presta a la sociedad, señor.

—¿Pero, no acaba usted de decirme que la sociedad no lee?

—Lee poco; menos de lo que le convendría leer; pero los que leen novelas encuentran en ellas muchas enseñanzas, y yo tengo la ilusión de poder ser útil, en mi modesta esfera, dando a la sociedad, en una novela, el fruto de mis estudios y de mis meditaciones.

—Mire, mi amigo: el fruto de sus meditaciones y el de todos sus estudios no bastan para producir una novela, salvo el caso de que sea usted un genio; la novela es el fruto maduro de la edad madura; se puede ser orador a los quince o veinte años, como se puede ser poeta; pero novelista, no. La novela es fruto otoñal en la vida literaria. Esto no importa negar la posibilidad de que un hombre joven como usted escriba una novela presentable; pero que no dejaría de ser una obra inútil, un esfuerzo estéril...

—¡Cómo, señor!... ¿Usted piensa así?

—Lo he dicho cien veces, porque lo he pensado mil, y cada día estoy más persuadido de que la novela agoniza... de que la novela desaparecerá... como han desaparecido las tortas fritas... la cuajada... las pasas de higo... la mazamorra... y las mil cosas que tuvieron su época y su razón de ser, pero que han sido reemplazadas por otras; lo mismo ocurre ya con la novela... y sólo si acaso perduran en círculos mujeriles las formas poemáticas sobre temas sensibles de índole pasional.

—De eso trato, y por eso he venido a solicitarle, señor, sus consejos y sus indicaciones, a fin de poder escribir la novela que tengo en mi pensamiento.

—¿De qué carácter sería esa novela?

El joven Montaraz se puso colorado, cambió de posición en el asiento, se pasó la mano por la prolongada melena, hizo una inspiración profunda y, por fin, me dijo, mirando al suelo:

—Sería la historia de una pasión juvenil.

—¿Inventada por usted?

—Hasta por ahí...

—¿Acaso sería usted... el personaje central?

En cierto modo...

—Bueno, amigo; su novela será un fiambre.

Y como lo viese dispuesto a controvertirme, lo atajé, agregando:

—A nadie le interesa su caso personal, por la sencilla razón de que no sólo el tema que adivino está gastado ya, sino que cada joven como usted tiene la misma novela, más o menos igual, en su breve historia.

—La mía es muy rara.

—Por mucho que lo sea será igual a mil... a diez mil... y ahí tiene usted el error de los noveladores jóvenes: todos se creen autorizados para endilgar al público la narración de sus propias aventuras, que cada uno considera novedosas, interesantes y únicas. No, pues; la novela como producto intelectual es siempre, o debe ser, la resultante de muchas observaciones acumuladas en el alma del escritor, y si el motivo dominante puede ser ocasional o tomado al paso, su desarrollo, que es siempre lo interesante, debe nacer de esa gran fuente formada con alegrías, con tristezas, con triunfos, con

desengaños, con ingenuidades y con recelos, que se llama la experiencia.

—¿De modo, señor, que en sus novelas no hay nada de su propia vida?

—Nada y todo; «yo» no estoy en ninguna; pero en ellas está mucho lo que hay en mí.

—Voy comprendiendo que es obra demasiado difícil la de escribir una novela.

—Todo lo contrario; nada más fácil; y mire usted: usted me está resultando interesante y me siento inclinado a ofrecerle cuanto de mí dependa para que realice usted sus propósitos de cultivar la novela.

—Mil gracias, señor.

—Bueno. ¿Usted es muy ocupado?

—Sí, señor; soy empleado en el aserradero de Campana y compañía, donde trabajo de ocho de la mañana a seis de la tarde.

—¡Caramba!

—Pero tengo los domingos libres.

—¿Se animaría usted a dedicar algunas horas de los domingos para que escribamos una novela entre los dos?

—¡A la manera de los Goncourt, señor!...

—No; eso no me sería posible, seguramente; ellos escribían de común acuerdo la obra, el capítulo y hasta el párrafo; pero mi propuesta es distinta: yo le ofrezco a usted una tarea experimental; usted escribiría y yo le dictaría.

—¡Qué interesante, señor! ...¿Y el plan?

—De eso no se preocupe usted; yo buscaré el «tema» y una vez encontrado nos pondríamos a trabajar, y así verá usted cómo se desarrolla

naturalmente, con sólo dejarlo que se engendre de sí mismo; todo estriba en dar con un motivo adecuado.

—¿No se le ocurre, señor?

—Sí; sí se me ocurre—le repuse casi instantáneamente—; vamos a tomar un tipo de carácter y vamos a meterlo en nuestra sociedad actual a ver qué le sucede y, a dónde va a parar, ¿qué le parece?

—Yo no sabría qué hacer con él...

—Yo tampoco lo sé ahora; pero a medida que lo hagamos vivir, él mismo nos dará situaciones que pueden ser muy interesantes... tendrá que luchar... tendrá que defenderse de influencias corruptoras... procurará vencer e imponerse... querrán quebrarlo, quizás... en fin: la novela irá formándose con pedazos infinitesimales, acaso, de memorias vagas... de recuerdos agudos... de experiencias acumuladas en mi espíritu, y que usted verá surgir e integrarse gradualmente en un conjunto que resultará armónico, seguramente.

—¡Pero, qué interesante!... ¡qué bueno!... ¿Y cuándo podríamos empezar, señor?

—Usted dirá: fije usted el horario.

—Ya le he dicho, señor, que dispongo de los domingos.

—Perfectamente: entonces trabajaremos los domingos por la mañana, a las ocho, ¿qué le parece?

—Encantado, señor; vendré desde el domingo próximo.

—Convenido—le dije poniéndome de pie—, y

así tendré tiempo de pensar en lo que haremos con un carácter de acero metido en una fragua volcánica.

Cuando Montaraz hubo concluído de desarrollarse nos despedimos, tan efusivamente como si hubiésemos sido amigos desde mucho tiempo atrás; pero quedé sospechando que acaso no volvería para la tarea de mero pendolista a que lo había invitado.

***

—Ahí está ese mozo largo que vino el domingo—me dijo Camilo entregándome los diarios en momentos en que yo salía al jardín.

—Hágalo pasar al escritorio—le contesté reprimiendo la sorpresa que la noticia me produjo, pues me había acostumbrado, durante la semana, a la idea de que el joven Montaraz no volvería.

Al llegar al escritorio lo vi de pie mirando un retrato de mi padre, y me pareció notar que había crecido medio metro, en la semana transcurrida.

—Ha sido usted puntual, amigo; ¿cómo lo pasa usted?...

—Muy bien, señor, gracias, ¡ y cómo no había de ser puntual si me ha parecido vivir la semana más larga de mi vida ; «no veía la hora» de que llegara este momento !

—¿ Y ha pensado algo sobre la novela que hemos de escribir ?

—¿ Yo ?... ¡ No, señor !... Qué esperanza...

—Pues a mí me ha sucedido lo mismo, porque he tenido mucho que hacer y no he dispuesto de tiempo para pensar en el asunto.

—Si usted quiere, señor, lo aplazaremos, entonces, hasta el domingo próximo.

—No hay necesidad ; hemos de tener algo hecho ya.

—¿ Cómo ?... señor...

—Voy a explicárselo : cuando pensé, el domingo pasado, en escribir una novela pintando la lucha de un gran carácter enérgico, no más, en medio de una sociedad cualquiera — de la nuestra, preferentemente—, di el primer impulso de un proceso ideológico a desarrollarse en mi mente, y tengo la certeza de que en alguna medida ha de haberse realizado aún en medio de las preocupaciones más diversas y aun a despecho del deseo de renunciar a elaborarlo. Los laboratorios de la inteligencia suelen tener los caracteres del perro de caza, que así levanta una pieza, percibida por su instinto, como se lanza en persecución de la que se le indica, siguiendo el camino que le conviene hasta darle alcance, tomarla y volver a ponerla a los pies del cazador.

—¡ Qué buena comparación !

—Claro está que el éxito de la cacería estriba

en la condición del perro: si es de buena raza, el resultado se adivina; si es «cuasi-semi-ex-gozquejo» de la famosa letrilla no dará caza «al famoso jabalí», como usted comprende.

—Yo creo que usted, señor, dispone de una jauría de la mejor raza.

—Es usted muy amable; pero ahora vamos a ver si el «lebrel» lanzado tras la novela, que nos hemos propuesto, nos la trae... o si lo encontraremos echado a la mitad del camino, y entretanto, veremos, abandonando la perruna comparación, si el laboratorio mental ha hecho algo; ¿está usted dispuesto a empezar?

—En cuanto usted me lo ordene.

—Bueno; siéntese ahí; vamos a pedir café mientras tanto y... allá veremos lo que sale.

Puse frente a Montaraz un block del papel de mi predilección; le di una lapicera, que él probó trazando caprichosos rasgos en el margen del block y nos pusimos a tomar café que nos sirvió Camilo, y que yo bebí a lentos sorbos dándome tiempo para pensar en la forma de dar comienzo a la tarea.

Montaraz concluyó su café antes que yo, y ansioso por empezar, mojó la pluma y me preguntó:

—¿Qué título le va a poner, señor?

—¿Título?... ¿Qué título le pondría usted?

—Yo no sé, señor; si no sé de qué va a tratar; sólo sé que usted va a dictarme una novela.

—¡Ahí tiene el título!

—¿Cuál?

—«Una novela.» ¿No le parece bueno?

—Tal vez... ¿Si a usted le parece?

—Sí; me decido; ponga ese título y vamos a empezar, advirtiéndole que usted podrá hacerme todas las observaciones o indicaciones que quiera.

—¡Dios me libre!... ¡Señor!

—Piense que puedo incurrir en alguna inadvertencia, en algún olvido... porque no es lo mismo escribir con un plan preconcebido y anotado, que dictar al acaso, en la forma que lo haré para que vea usted cuán fácil es escribir una novela.

—Muy bien, señor, ya está el título, ¿no?... «Una novela»—y levantando en alto el block me mostró esas palabras escritas con grandes y hermosos caracteres.

—Ahora... Espérese un segundo... Ahora... Empezaremos por... ¿Por él... o por la casa?... bueno: es igual; escriba—y empecé a dictarle y él a escribir con fácil rapidez, debajo de las palabras:

«UNA NOVELA»

En menos de tres meses murieron durante la epidemia de la fiebre amarilla de 1871 en Buenos Aires los abuelos maternos y los padres de Martín Marten, dejado así a los dos años de edad en una orfandad que le habría sido también mortal a no haber mediado una feliz protección, caritativa y tierna.

Los pocos parientes cercanos que tenía en Buenos Aires no estaban en condiciones de ofrecerle asilo ni habían vivido aplicados a robustecer los vínculos de familia, pues las exigencias de la vida los habían distanciado bajo el imperio de las únicas dos causas positivas que alejan o distancian a los parientes íntimos : la adversidad o la fortuna.

En la familia dé Martín Marten había dos troncos : el materno perteneciente a la sociedad de Buenos Aires y el paterno que se encontraba en París y que poco se interesaría si llegara a interesarse en la suerte del remoto vástago engendrado «en América» por uno de sus parientes lanzado a tan misteriosos climas en aventuras de fortuna. Habría sido, pues, supina inocentada pedirles amparo o cariñosa sombra para el niño sin herencia paterna, y así lo presintió certeramente su pobre madre en momentos de morir.

Los parientes por vía materna se dividían en dos ramas : una seca y la otra florida ; pobres unos, ricos los otros. A los primeros no se les habría podido pedir amparo, pues no lo tenían para sí mismos, y a los otros, tampoco, ya que los ricos necesitan, casi siempre, todo lo que tienen para poder atender a sus propias necesidades...

Unos y otros habían vivido alejados naturalmente de la familia Marten, formada, al fin y al cabo, por un sujeto que por muy buenas condiciones que tuviese, era un desconocido, un advenedizo, un aventurero...

Poco podían esperar de él los parientes pobres y nada podían darle sus parientes ricos. Vivió así el señor Marten aplicado a sus propias energías en el trabajo que apenas le daba lo indispensable para vivir modestamente, consagrado al amor de su mujer y de su hijo Martín, de cuyas caricias disfrutó tan sólo hasta el momento en que echándole los brazos empezaba a decirle : papá... papá...

Cuando murieron los abuelos de Martín su madre experimentó la sensación de que había caído de su casa el techo, dejando su pobre hogar a merced de todos los vendavales y de todas las inclemencias.

La muerte de sus padres enlutó su alma de hija con menos lobregueces que a su alma de madre, como si hubiera tenido el presentimiento de que la adversidad deparaba a su hijo las horas tristísimas de una orfandad absoluta.

A pocos días de morir sus padres, caía víctima del mismo flagelo su esposo y en momentos en que ella decidía alzarse sobre su infortunio, con toda la sublime alma de madre, se sintió herida de muerte, y vió sin exageraciones todo el cuadro de desolación, de miseria y de muerte acaso que esperaba a su hijo.

Un rayo de luz se alzó en su espíritu entenebrecido ante el temor de morir y más aún ante el de que su hijito quedaría a merced de la insegura caridad pública ; ella tenía una amiga, que lo fué desde la escuela, y lo fué durante toda su vida, precisamente porque el vínculo afectivo había sido contraído en el banco escolar, que

es donde se funden los mejores lazos de la amistad sin egoísmos. Desde chiquitas se unieron, y al través de todas las situaciones de la vida marcharon mirándose de cerca o de lejos, confortándose en las indecisiones y amándose en todos los momentos, aunque ocuparan ambas diversos planos en la vida social.

Felisa Calvo se llamaba la condiscípula y amiga, que en los mismos días que ella había contraído enlace con el doctor Alcides Cortés, de quien había tenido una hijita en los momentos en que nacía su hijito Martín.

Venciendo las rudas desconfianzas que en su estado de enferma contagiosa agitaron su espíritu, hizo llamar a Felisa, que venciendo a su vez las naturales resistencias que el llamado provocó en sus íntimos, fué a verse con su amiga, moribunda casi.

—No te acerques mucho—le dijo al verla— porque podrías contagiarte—y como Felisa dejara ver el propósito de avanzar, se irguió en su cama y casi gritando le agregó— : ¡ No !... ¡ No te acerques !... ¡ Por Dios !... ¡ Desde ahí no más !... Oyeme : Yo me muero, sin remedio... pero, mira... tú eres buena, tú me quieres... por eso te he llamado... ¿me entiendes?... Bueno : allá... en el fondo... con la muchacha sirvienta... ¡ pobre !... pobrecito... allá... está mi hijito... que se quedará solo... solito en el mundo... nadie le dará de comer... cuando yo me muera...

—¡ Yo !—gritó Felisa en un alarido desgarrador—, yo, yo le daré, como a otro hijo mío.

—¡ Ya lo sabía !... ¡ Ah !... ya lo sabía... mi querida... Dios te bendecirá... ¿ Anda, quieres ?... y llévatelo, para que no me vea muerta... ¡ pobre !... ¡ pobrecito !... Mi hijo querido...—y cayó sobre la almohada, rugiendo llanto, al mismo tiempo que Felisa, recostada en el marco de la puerta, lloraba también, convulsivamente.

La enfermera que cuidaba a la moribunda no pudo contener algunas lágrimas y permaneció de pie a mitad de camino entre aquélla y su amiga, sin saber a cuál ni para qué ofrecer sus pobres consuelos, hasta que de pronto oyó en el patio el balbucear y el reír de Martincito, llevado de la mano por la sirvienta, que accedía al afán de dar pasitos, despertado frenéticamente en él, y pasando por el lado de Felisa se asomó a la puerta del dormitorio, y le dijo a la sirvienta, bajando todo lo posible la voz :

—Llévelo... llévelo para allá.

—¡ No !...—gritó la madre alzándose penosamente sobre el lecho— ; ¡ no ;... que no lo lleve... ¡ Si es Dios que se lo trae a su nueva madre, buena !... que lo asome a la puerta... que me lo muestre... por última vez... ¡ Ahí !... Ahí está... míralo, Felisa... tómalo... ¡ es tuyo !... ¡ llévatelo !...

—Ma...má... ma...má... — moduló el nene agitando los deditos de su mano izquierda, e inclinando la cabecita sonriente en dirección a su madre.

—Llléveselo, señora—dijo a Felisa la enfermera.

Y ella, obedeciendo al consejo, lo tomó en sus

brazos, acariciándolo, contemplada por la madre, que sin decir ni una palabra ni derramar ni una lágrima, la miró con los ojos enormemente abiertos y fijos, mientras se apoyaba en los brazos rígidos, rígidos y fríos, como si por ellos hubiese empezado a triunfar la muerte.

—Llévéselo, señora—volvió a decir la enfermera en tono aún más insinuante, empujando suavemente a Felisa, que sin poder resistir, cedió unos pasos en tren de alejarse, como lo hizo diciendo a su amiga, con la voz entrecortada:

—Ahora vuelvo—y partió, estrechando entre sus brazos al niño, que le pellizcaba las mejillas, riéndose como cuando lo tenía su propia madre.

Esta permaneció en la misma actitud, mirando hacia la puerta vacía, hasta que al aproximársele la enfermera, hizo un ruido sordo con la garganta, como si se ahogara, dió luego un alarido estentóreo y abriendo aún más los ojos, cayó muerta.

*

* *

Por sólo complacer a sus padres—en una rectitud que había de repetirse después para con él mismo—, Alcides Cortés había cursado los estudios de derecho hasta doctorarse en ellos con notas de calificación nítidamente reveladoras

de aquella decisión, pues siendo inteligente y capaz de los mejores éxitos intelectuales, no pasaban de lo indispensable para ganar promociones: «bueno por mayoría.»

Cuanto más avanzaba en sus estudios menos amor por ellos sentía, no por lo que le enseñaran o dejaran de enseñarle, sino porque tuvo desde niño decidida inclinación a los trabajos de campo, contraída en sus primeros años pasados en él.

Su padre había adquirido al ínfimo precio de las épocas pasadas una importante extensión de campo en el partido de 25 de Mayo y había fundado en él un establecimiento ganadero, que aumentaba de importancia a medida que el tiempo transcurría y que sus haciendas procreaban y, sobre todo, a medida que nuestro país avanzaba en el camino de sus fabulosos progresos de todo orden.

El día en que Alcides Cortés salió de la universidad con el diploma de doctor en la mano, no encontró nada más lógico que regalarlo a su padre en acto de filial ternura y obediencia, pues se encontraba con que casi no sabía derecho y con que seguía no siéndole atrayente.

—Lo he complacido, tata, concluyendo mi carrera; ya soy doctor; aquí tiene mi diploma, pero mi deseo, mi inclinación y mi porvenir bien entendido me impulsan a creer que más me conviene trabajar en la estancia.

—Embrutecerte en la estancia, dirás — le contestó su padre, que soñaba para su hijo úni-

co, una brillante figuración en el escenario de la vida pública.

—No, tata; estudiaré siempre, mejorando mis conocimientos; pero créame que yo no he nacido para pleitos... y que, en cambio, podré hacer adelantar la estancia dedicándome a atenderla.

El doctor en leyes ganó su pleito en todas las instancias hasta obtener sentencia favorable ante la «corte suprema»: su señora madre le dió la razón; pero con cargo de que en la puerta de la casa paterna pusiese las chapas de «Doctor», y así se hizo, como en una especie de transacción.

Desde que se pusieron, ni el padre ni la madre pasaron la puerta de calle sin dirigirles una dulce mirada de tierna complacencia, rumiando mentalmente la sonora palabra: «Doctor», y ni una sola vez dejaron de designar así a su legítimo dueño cuando hablaban con las personas del servicio:

—Avise al «Doctor» que está la comida.

—¿Ha salido el «Doctor»?

Entretanto el «Doctor» se consagró a las tareas del campo, consiguiendo, en efecto, que la estancia paterna prosperase y diera frutos más abundantes y menos amargos que cuantos las lides curialescas podrían haberle aportado quizá.

Bajo su vigilancia y dirección la estancia se convirtió en un verdadero modelo en su época entre las muy contadas comarcanas, y en momentos en que se acentuaba en tal carácter murieron sus dueños, quedando el doctor Alcides

Cortés en posesión exclusiva, como hijo único, de la herencia paterna que su buen juicio cuidó y acrecentó con merecido éxito.

Poco tiempo después contrajo enlace con la señorita Felisa Calvo, que a la belleza de su tipo y a su ilustre abolengo unía una cultura intelectual poco común entre las muchachas de su condición y de su tiempo.

De la feliz unión de Felisa con Alcides nació Eva, que, a los dos años de edad, se encontró con que la suerte — o la fatalidad, más bien—, le ponía en Martincito un hermanito postizo al lado.

Para el doctor Cortés la conducta de su esposa en el caso de Martincito, había merecido los más férvidos plácemes, no sólo por autorizarla en acto de cariñoso afecto, sino porque él, como ella, tenía un corazón lleno de nobles, de grandes y de generosos sentimientos.

En medio de la íntima satisfacción con que habían adoptado al huerfanito les dolía el alma por las tristísimas causas que lo llevaron a ellos y de esa extraña mezcla de dolores y de complacencia se formó la profunda ternura con que lo acariciaban y con que cuidaron de él desde el primer momento en que lo tuvieron al lado de Eva.

Ocultándose mutuamente el mismo sentimiento, Felisa y su marido sentían algo como un imperioso deber moral de no poner a Martincito por debajo de Eva en el afecto de ellos, y de ahí que las caricias, los juguetes, los cuidados, los mimos si no eran por idénticas mitades

repartidos, era acaso porque en alguna medida daban un poquito más al pobre huerfanito.

Y lo hacían sin comunicárselo entre ellos, casi ocultándoselo más bien el uno al otro, como si temieran provocar algún reproche en defensa de los derechos de la hija, pero gradualmente y en pocos días la conducta de entrambos mereció la recíproca aprobación hasta llegar un momento en que de común acuerdo daban a Martincito cierta dulce y humanitaria preferencia, guiados por un pensamiento realmente sublime: evitar al huerfanito el dolor posible del propio estado.

Cuando Martincito se quedaba dormido sobre un carnero de juguete o simplemente sobre la alfombra, lo contemplaban en actitud de anhelosa expectativa, espiando el más leve gesto de su carita por descubrir si, en medio de su divina inocencia e inconsciencia, soñaba en la madre muerta, sufriendo la pena de no verla, y no se atrevían a levantarlo del suelo por no provocar el triste despertar de no encontrarla a su lado.

Si en el curso de sus juegos con Eva, lloraba por cualquier motivo, ellos creían que extrañaba a su pobre madre en su llanto, y se miraban en silencio mutuamente como consultándose sobre la forma de evitar el lacerante recuerdo en la almita dolorida del huerfanito.

Si en cambio le reía a Felisa mientras lo bañaba, lo vestía o le daba alimento, ella creía ver en la angelical risa del nene una expresión de misericordiosa burla hacia ella empeñada inútil-

mente en hacerle olvidar con sus afanes el recuerdo inextinguible de su madre.

Y al mismo tiempo Felisa y su marido se envidiaban recíprocamente cada vez que en brazos de uno Martincito los tenía al otro como si realmente fuese capaz de tener preferencia por ella o por él.

La principal preocupación en ellos estribaba en conseguir que el huerfanito no sufriera; que olvidase, si por un misterio la recordaba, su tremenda desgracia, y que siquiera en sus primeros años llegase rápida, rápidamente a creer que ellos eran sus verdaderos padres y que él no era huérfano.

Como la epidemia arreciara y no obstante lo difícil y peligroso de la empresa en aquellos tiempos, el doctor Cortés decidió irse con todos a la estancia estimulado también por una reflexión de su esposa que preocupada con el «estado moral» que creía comprobar en Martincito, a pesar de no tener más que dos años escasos, le había dicho:

—En la estancia va a extrañar menos el nene... ¿no te parece?... Yo creo que es mejor sacarlo de aquí donde puede ser que muchas cosas se la recuerden a la pobre...

El doctor Cortés compartió la ilusión de su mujer, y en alguna medida ello contribuyó a decidirlo para el viaje que tenía para él misteriosos encantos y que por tantos motivos se imponía en aquellos momentos.

La vida en la ciudad importaba para el doctor Cortés una exigencia de orden social a cuya

satisfacción se consideraba conminado por muchas vías y cumplía rectamente con ese deber, pero abrumado sin tregua por la nostalgia de la vida en la estancia.

Si hay casos en que el hombre nace con un destino prefijado, el doctor Cortés lo encarnaba como arquetipo de hombre campero, pues, aunque todo se había conjurado para lo contrario, al través de todo, el campo lo subyugaba con implacable imperio.

Hombre de sociedad y de buena cultura intelectual y aun de gustos refinados en su época, los mil detalles del campo asaltaban su imaginación en medio de las situaciones más precisas de la alta vida social. Si en el teatro oía a una cantante eximia, al instante le sugería el recuerdo de algunos de los peones de la estancia cantando en la guitarra bajo un ombú, o sobre el recado al tranquear del flete ; si asistía a una recepción social de alto fuste, no podía eludir la visión de la pulpería en un día domingo, concurrida por el paisanaje franco y alegre entregado a las carreras por andarivel, y cuando le era dado observar una reunión popular o el desfile de alguna manifestación política o sectaria se acordaba de las majadas o de las tropas de haciendas conducidas hacia los mercados de consumo, al grito monótono de: «¡ ...acá !... acá !...» lanzado sin cesar por los arrieros.

En su profundo amor al campo, los rasgos más vigorosos o más acentuados en éste, constituían los motivos de su predilección, y así, por ejemplo, teniendo un olfato delicadísimo y ha-

bituado a los perfumes más selectos, el olor al «tambo» de la estancia formaba el primero entre sus preferidos.

Con ser un olor tan característico le ofrecía los más variados matices aromáticos, y para él cada hora del día, y en cada día distinto, el olor del «tambo» era tan diverso que a ojos cerrados podía decir la hora y el estado del tiempo con sólo percibir el olor que el «tambo» exhalaba.

En las mañanas ofrecía para él una especie de condensación que lo hacía más sabroso, en las horas de sol se ponía más liviano, en las de la noche se amortiguaba hasta hacerse casi im perceptible, y en los días de lluvia tomaba un matiz de humedad que lo hacía particularmente grato, porque sin disputa ningún sitio del campo producía un olor tan definido como el «tambo» de la estancia.

Este se encontraba ubicado a continuación del galpón de la lana que a su vez estaba situado después de las caballerizas y cocheras; lo constituía un pequeño corral de «palo a pique» destinado a los terneritos y no tenía más techumbre que las copas de unos paraísos plantados personalmente por el viejo Cortés en los primeros días que consagró a instalar la estancia, como precursor de los pobladores del 25 de Mayo.

Con las primeras vislumbres de la aurora las vacas lecheras se encaminaban solas al «tambo» y cada una se colocaba en el sitio de su predilección en el que esperaba a veces impacientemente que fueran a extraerle la leche cuyo caudal acumulado en la noche llenaba las ubres y po-

nía rígidas las tetas que a veces semejaban los dedos rectos y tiesos de una gruesa mano enérgicamente abierta.

Cuando la operación de ordeñar se demoraba, cada vaca protestaba con mugidos de dolor, lanzados hacia arriba, como un ruego, al abrir enorme la boca por uno de cuyos lados caía la lengua, pendiendo temblorosa como una lágrima que no pudiera desprenderse del párpado.

En coro con ellas, sus respectivas crías lanzaban también sus lastimeros gritos temblones en que parecían fundirse la congoja por la materna angustia y el propio interés en aliviarla del martirio, tras la larga abstinencia de la noche pasada en el breve espacio del corralito de palo a pique.

Mansas y buenas las vacas del «tambo», no necesitaban ser maneadas, por más que a veces, las más cariñosas con sus crías, exigían algún chaguarazo para alejarlas del corralito por sobre cuyos palos se entretenían en lamer el lomo de sus hijos cautivos.

Al pie de la vaca que se ordeñaba, sin necesidad de que el ternero auxiliase con sus enérgicas topadas, se ponía el balde en el que caían los chorros alternados o simultáneos del ordeñar «a dos manos» hasta que luego de llenado era reemplazado por otro y se le colocaba a cierta distancia, en el sitio en que se ponían los baldes llenos y cuando se había sacado hasta el apoyo un grito bastaba para que la vaca se alejase castigándose lentamente la propia ubre con las tetas lánguidas y vacías que el respectivo

ternero succionaba sin resultado, prendido a ellas por entre las patas de la madre, que regresaba a su potrero pellizcando al pasar los pastos crecidos del camino.

Más de una vez una mosca brava provocó una patada que dando contra el balde volcaba su contenido, que se tendía por el suelo como una sábana, acentuando con su perfume el olor característico del «tambo» en la madrugada.

Para el doctor Cortés, aspirar ese olor era saturarse del ambiente campero, propicio a la salud con más eficacia que «todos los tónicos de la botica», y como para él la salud moral, la alegría, se nutría en la salud orgánica, robustecer ésta valía por ganar y afianzar a aquélla.

Sano y fuerte, felizmente, era Martincito; pero si su pobre almita sufría, si una inconcebible aberración de la naturaleza le permitía sentir la ausencia de su propia madre, el panorama campestre, el aire vivificante del campo y el olor a «tambo», especialmente actuando en su organismo y vigorizándolo, darían a su espíritu nuevas energías y borrarían en él, sin duda, hasta la más tenue sombra de dolor.

Por todo eso, una mañana, pero tiempo después de aquella tarde tristísima en que Martincito quedó huérfano: una mañana en que los tintes rosados del naciente se entretejían con el vaho violáceo que se alzaba de los campos; una mañana tibia y húmeda en que las vacas y los terneros habían llenado el ambiente con gritos más intensos, más frecuentes y como hasta menos tristes que de ordinario; una mañana en

la que parecía que desde el cielo bajaba una inmensa bendición sobre la estancia de los esposos Cortés, se vió a éstos llegar al «tambo» llevando Felisa a Martincito en los brazos y su marido a Eva en los suyos.

Iluminada la carita por la luz auroral y besados los rulitos por la suave brisa, la carita de Martincito perdió rápidamente el gesto de somnolencia con que había llegado al «tambo», y dejando de restregarse los ojitos con los dedos, miró a las vacas con expresión de asombro al compararlas tal vez con las que le habían llevado de la juguetería, y contemplándolas azorado exclamó repetidas veces :

—¡ Mú !... ¡ Mú !...

***

Salvo los meses más crudos del invierno, el resto del año lo pasó en la estancia la familia del doctor Cortés durante el tiempo transcurrido hasta cumplir ocho años Eva y Martincito.

Criados a campo, eran «unos robles» y en la continuidad de la vida íntima que hacían empezaba a diseñarse en ambos el curioso fenóme-

no de la recíproca adopción de gestos y actitudes que acaban por engendrar cierto parecido facial aun entre personas del más variado tipo físico.

Eva y Martín eran dos niños en quienes el parecido intelectual era mucho más acentuado que el fisonómico, sin ser éste poco visible, pues las facciones eran bastante análogas, como que tenían fina la nariz ; delgados, más bien, los labios ; grandes los ojos, negros en ella como el cabello, y pardos en él como sus crespos.

En ambos se revelaba cada día más vigorosa una inteligencia feliz, que se manifestaba en los juegos y en las mil observaciones y reflexiones de la vida diaria, propendiendo a marcar el parecido que los vinculaba con rasgos más acentuados a medida que desarrollaban la inteligencia precoz que los distinguía.

Ese parecido adquirido por contagio provocó en muchos el explicable error de creerlos hermanos, y cada vez que durante aquellos primeros años de vida común, alguien expresaba ese concepto ante ellos, el doctor Cortés y su compañera eludían la rectificación por no herir el corazoncito de Martín con el tremendo desengaño que experimentaría al saber que ellos no eran sus padres.

Martín había llegado a tener ocho años convencido de que los padres de Eva eran también de él y que ella era, naturalmente, su hermanita, y el engaño en que vivía obligaba a mantenerlo el mayor tiempo posible, pues la realidad de su estado, frente a los padres de Eva,

engendraría una triste desilusión, y produciría en el pobre Martincito una angustia desgarradoramente dolorosa: saber que era huérfano, saber que sus padres habían muerto.

Felisa había llegado a querer tan entrañablemente a Martincito, que muchas veces acarició en secreto la idea de reclamar sus derechos de madre espiritual de él, y darle el apellido de su esposo que tan leal y sinceramente compartía también en secreto las tiernas ideas de ella.

No lo habían engendrado, ella no lo había nutrido con lo mejor de su sangre buena y pura; pero fuera de eso, ¿qué le faltaba para sentirse madre, madre con toda el alma, madre amantísima de Martincito?...

¿La madre desamorada, la que olvida al hijo, habría de tener más derecho a ser considerada madre, que ella misma en el caso de aquel niño?

¡Ah! ¡Sí! ¡Ella debería tener el derecho de convertir a Martincito en hijo suyo y a convertirse ella en su madre augusta! ¡Sí!... pero su propio noble corazón de madre le reprochaba en su profunda ternura la idea de conquistar el amor de Martincito usurpando a su verdadera madre el título de tal y despojándola del amor del hijo huérfano, porque esta condición no debería borrar en el espíritu del hijo el culto hacia la verdadera madre.

Era, en cambio, misericordioso mantener el engaño en él, mientras viviera la vida infantil, aplazando para cuando estuviese en mejores condiciones de energía moral y mental el cono-

cimiento exacto de su situación en la casa de la familia Cortés.

Ni él, ni Eva, pensaron en que podían no ser hermanos, pues como hermanos vivían, y como hermanos se valían de las mismas palabras —«papá y mamá»—, que Eva empleaba para nombrar a sus padres.

Felisa no podía ni calcular siquiera qué fórmula debería emplear cuando llegara el momento de que al oírse llamar mamá por Martincito tuviese que decirle: «No, hijito; yo no soy tu verdadera mamá. Dios se la llevó cuando tú tenías apenas dos años, y como yo la quería mucho porque era muy buena, porque era una santa, te trajimos a vivir con nosotros como si fueras otro hijo nuestro y te hemos criado así y así te queremos y te querremos siempre; pero tu verdadera mamita está con tu papá en el Cielo, porque Dios se los llevó, y ahora vamos a rezar por ellos... ven... híncate aquí... a mi lado... junta las manitas... «Padre nuestro que estás en los cielos...»

Para el aplazamiento de ese instante se oponía una causa que podía, empero, permanecer detenida durante algún tiempo por un concepto educacional en el espíritu del doctor Cortés. Aquel aplazamiento tendría que terminar con la ineludible matrícula escolar de Martín, pues habría que inscribírsele con su verdadero apellido y sabría entonces que no era hermano de Eva; pero el doctor Cortés no era partidario de apurar a los niños en sus primeros estudios, y al contrario: se sentía inclinado a postergar

en todo lo posible el momento de convertir un niño feliz en un estudiante reglamentado.

La permanencia en el campo cada día más grata al doctor Cortés, propendía a mantener la situación creada, pues en los pocos meses que la familia pasaba en Buenos Aires las escuelas tenían cerrada la inscripción matricular, que sólo se habilitaba en los primeros meses del año, precisamente cuando ellos se encontraban en la estancia, y, como si lo hicieran a propósito, ¡ se olvidaban de hacerles sacar la matrícula, por alguno de los parientes o amigos de la ciudad !...

Entretanto, arbitraron un medio substitutivo, consistente en poner a Eva y a Martín bajo la dirección de una excelente maestra de primeras letras, que se encargó de enseñarles a leer, escribir y contar, según el plan de estudios infantiles en aquellas épocas del pasado en que «con libros chicos se formaban grandes hombres».

Durante los meses de verano la maestra tenía forzosas vacaciones en la estancia, pues a medida que ésta prosperaba y que la fortuna de sus dueños crecía, éstos se empeñaban en compartir los halagos del veraneo en el campo con muchas personas de la familia o de la amistad de ellos y el consiguiente concurso de niños hacía imposible la acción docente de la maestra.

Cuando Eva y Martín tuvieron nueve años, cumplidos a fines de 1878, sabían leer y escribir en tan marcado progreso, que después del examen de fin de curso tomado al lado del «tambo» de la estancia, ante una mesa examinado-

ra formada por el doctor Cortés como presidente, su esposa y la maestra, se decidió cerrar los libros y abrir las puertas.

Para festejar el éxito estudiantil—al menos así se dijo entonces—, el presidente de la mesa examinadora decidió llevar a la estancia un gran número de visitantes, entre los que fueron de todas las edades: desde bebés de pecho hasta abuelos setentones; pero como era natural, en el numeroso conjunto se destacaban como predilectos de Eva y de Martín las personitas de la edad de ellos, que fueron al principio de aquel año (1879) tres chicas primas de Eva, y virtualmente «primas» de Martín.

Ernestina Zaldúa, Jacinta Carranza y Marcela Valencia, se llamaban aquellas tres chicas que unidas a sus «primitos» correteaban el día entero persiguiendo mariposas o vacas, y jugando a las muñecas o a las escondidas, y metiéndose en los sembrados, en los galpones y «en todo».

En el feliz quinteto cada personaje ofrecía nítidos perfiles de temperamento peculiar, señalándose particularmente Martincito, cuyo carácter, sin dejar de ser infantil, era cada día más enérgico, más recto, casi grave.

No acusaba en ello ni el más leve asomo de terquedad ni de intolerancia por capricho, no; era un «hombre de carácter», nada más. Antes de tomar una decisión de cualquier orden, la rumiaba a su manera hasta decidirse, y una vez hecha su resolución, la mantenía serenamente.

Decidió, por ejemplo, en aquella ocasión acos-

tarse a las nueve de la noche y levantarse a las cinco de la mañana, y desde aquel momento se levantó a las cinco y se acostó a las nueve. Resolvió leer en los ratos de la siesta, y mientras hasta los gallos dormían en las horas de más fuerza solar, Martín se entretenía en leer, trabajosamente ; ¡ pero leer lo que encontraba a la mano : un libro de cuentos... el código de comercio... una revista ganadera... cualquier cosa, pero leía.

Mientras no encontrara un motivo respetable para cambiar una actitud, se mantenía en ella, y así durante el tiempo en que resolvió recogerse a las nueve fueron inútiles los ruegos de que continuara jugando a la mancha, o cosa análoga, formulados por sus «primas» en las divinas noches de luna. Martincito se acostaba a las nueve, y con la última campanada de las cinco salía al corredor y se entregaba a sus juegos y a observar cuanto hacían los peones en las tareas diarias de la estancia.

Era en sus nueve años eximio jinete capaz de sostenerse en un redomón, y a esta cualidad debió el placer de que su «papá» lo hiciese su compañero en las jiras matinales que efectuaba casi diariamente recorriendo el campo, los puestos, etc.

Naturalmente, el niño Martín era conocido en toda la comarca, de la que él a su vez conocía hasta los detalles más insignificantes, y su condición de acompañante de su papá y de conocedor de todo cuanto con la estancia se relacionaba, constituía para sus primitas un verda-

dero motivo de casi respetuosa admiración hacia él.

De su misma edad sus primitas, eran, como Eva y como él, inteligentes, vivarachas, perspicaces y traviesas, particularizándose en este sentido la chica de Carranza, hija de una hermana de Felisa. En opuesto sentido se señalaba también la chica de Valencia, que, tan «chica» como las otras, era menos movediza, menos inquieta, menos desparpajada, acaso.

En cambio, la de Zaldúa se acercaba a Jacinta en sus expresivas manifestaciones de temperamento vivaz y mujeril, estimulado por el más perturbador de los perstigios, pues no sólo era la más bonita de las cuatro, sino que era algo más que la promesa de una belleza encantadora.

Tenía, además, un encanto de orden superior : tenía trenzas largas, tan largas que casi le llegaban a la cintura, y con esa instintiva coquetería de la mujer, por el solo hecho de nacer mujer, Ernestina solía presentarse, después del baño, con su cabellera suelta, copiosa y volante como las crines de un potro en libertad.

Con la cabellera suelta y un ligero recogido de pelo sobre la parte superior de la cabeza, parecía una chica mucho mayor que las otras y provocaba las más frenéticas envidias de Jacinta, que no sólo carecía de cabellera para competir con Ernestina, sino que veía perfectamente la superioridad abrumadora de la belleza de su prima.

Contribuía a exacerbar la emulación en Ja-

cinta el hecho de que Eva y Marcela no la compartían y más bien revelaban cierta amable complacencia cuando más arreglada y más bonita aparecía Ernestina entre ellas.

Y contribuía también a los afanes de Jacinta una consideración realmente fenomenal en el grupo de aquellas cuatro criaturas angelicales, puras y en la inmaculada castidad de los nueve años; una causa capaz de trastornar todo argumento en defensa de la inocencia infantil; un motivo en el que nadie, ni ellas mismas, podían pensar: ¡la presencia de Martincito!...

***

La única facción exagerada en la carita de Ernestina Zaldúa era la boca; pero el relativo defecto le servía para lucir su dentadura perfecta, cuando sonreía no más, porque al soltar todo el trapo de sus estrepitosas carcajadas, dejaba ver hasta el sitio en que alguna vez le habría de salir la muela del juicio.

Rubio el cabello, con acentuado tinte castaño; castaños los ojos, en los que solían brillar destellos de picarescas ideaciones, como suele verse en el horizonte fugaces relámpagos pre-

cursores de remotas tempestades en marcha; blanco el cutis hasta confundirse con el de la blanca blusa; decidida la nariz, ligeramente abultada; gruesa, sin llegar a «gorda», ni mucho menos; manos y pies de breves proporciones; bien torneada la pierna en la sección visible entre el límite de la bota y el ruedo de la pollerita: ágil como una ardilla, alegre como una flor, graciosa como una curva y linda en su conjunto como todas las primaveras, Ernestina Zaldúa era en el grupo de aquellas cuatro primas la más linda, la más graciosa y la más alegre.

En pequeñas proporciones reducidas era como ella Marcela Valencia; pero tenía muchísimo más chica la boca, más obscuro y más corto el cabello, más grandes los ojos y más aniñados, menos alegre el carácter y más medidas las palabras.

En las modalidades de su temperamento se acercaba a Eva y a Martincito, pues Marcela ofrecía el aspecto de discreción y de mesura—relativas, por supuesto—, que caracterizaban a aquéllas aun en medio de sus juegos más infantiles, y precisamente la llaneza y el descuido personal con que los efectuaban servían para acentuar la distinta condición que a Eva y Marcela las diferenciaba de Ernestina y sobre todo de Jacinta.

Tenían, desde luego, rasgos comunes de familia y de edad; pero al través de ellos se distinguían los del temperamento personal de cada una, y así, por ejemplo, ni Eva ni Marcela

daban al traje, al largo de la pollera o los movimientos en sus juegos, la trascendencia que Ernestina y especialmente Jacinta.

Esta última era la más distinta y la más traviesa en el grupo de las cuatro primas; delgadita de cuerpo—porque «las picardías no la dejaban engordar», según decía su propia abuela, la venerable señora del comodoro Carranza—, nerviosa, como una viborita, casi no tenía instante de reposo; negro el cabello como sus ojillos vivísimos; afilada la nariz; fina la boca y charlatana hasta «por los codos», Jacinta era la directora de los juegos, entre los que prefería el de las «escondidas», y de ella partía toda iniciativa en la composición de los programas diarios.

A los ocho días de estar en la estancia, Jacinta conocía a todo el mundo, conocía todos los rincones y todos los nidos de todos los árboles, hasta cuyas ramas más altas subía sin dificultades y sin más preocupación que la de no permitir que Martincito permaneciese al pie del árbol por el cual trepase ella.

Martincito satisfacía sin reparos tales exigencias, así como resistía la de jugar a las escondidas con Jacinta, pues cada vez que le tocaba esconderse con ella decía, más o menos:

—Con Jacinta no... Con «vos» no me escondo...

—¿Pero, por qué, pavo?—le replicaba ella, y él se limitaba a responder, con su habitual firmeza:

—Porque no... Con «vos» no.

—Bueno—intercedía Ernestina— ; entonces conmigo.

—¿Con «vos»? ¡Ah! no... Con vos tampoco.

—¿Qué, te crees que nos van a encontrar?...

—Bueno... no juego más—exclamaba Martincito poniendo fin al diálogo, y agregando a veces :

—Si quieren, juguemos a la mancha.

La proposición no siempre se aceptaba, porque en este juego él era superior a ellas, por la mayor agilidad, lo que no impedía que cuando por casualidad era «tocado», Jacinta y Ernestina se le pusiesen lo más cerca posible para que él las persiguiera.

Entre los motivos de su prestigio ante sus «primitas» ocupaba el primer lugar uno que era superior a todos : Martincito sabía manejar hasta dos caballos, y no sólo eso, sino que le permitían salir con el breack de la estancia a pasear por el campo manejando él solo.

La serenidad de su conducta constituía la mejor prueba del buen juicio que le asignaba su «papá», y de ahí que le permitiera salir «a dar una vuelta» llevando a sus primitas, que casi siempre provocaban el mismo conflicto : Ernestina y Jacinta querían ir en el pescante...

Martincito se imponía y las chicas se resignaban al lugar interior que él señalaba a cada una, con previa prevención de que no se movieran de sus asientos, pues no las volvería a sacar, y ayudado por Eva y Marcela los paseos se realizaban con bastante buen juicio, por par-

te de las primas más inquietas, que así y todo más de una vez tuvieron altercados de amenazantes consecuencias.

—Déjame manejar un poquito, ¿quieres, che? —le decía en uno de aquellos paseos Ernestina, que tenía la sensación de su superioridad sobre las otras chicas.

—No, no, estate quieta, porque si no me vuelvo a las casas—repuso Martincito.

—¡ A mí!... ¡ a mí!... che... ¿me dejas manejar?—exclamó Jacinta.

Y antes de que el grave cochero respondiese, dijo Ernestina, con una sonrisa tan burlona como se lo permitían sus nueve años :

—¡ Qué rica «tipa» !... ¡ No me deja a «mí»... y te va a dejar a «vos» !...

—Si él quiere, me puede dejar manejar... ¿sabes, che?...

—¡ Ja... ja !

—¿Verdá, Martincito, que si querés me dejás manejar?...

—Sí ; pero no quiero.

—¡ Ja !... ¡ já !...

—¡ Pava !... ¡ pava !... y ¡ pava !...—rugió Jacinta, y el episodio terminó por la intervención eficaz y conciliadora de Eva, que les dijo :

—¡ Pero si ni a mí me deja manejar !... y eso que esta yunta es tan mansa.

El entredicho tenía su más natural y lógica explicación desde que toda persona, aunque sólo tenga nueve años, aspira a captarse las simpatías y hasta la predilección de aquellos o de aquel con quien alterne en el trato frecuente, y

para el caso Martincito debía ser forzosamente el motivo estimulante de aquella tendencia en sus «primitas» por lo mismo que siendo varón era distinto a ellas y sobrado motivo tenía para interesarlas.

Tales afanes provocarôn más de un choque entre Ernestina y Jacinta, que revelaban más empeño que Marcela en ganar la predilección de Martincito, y casi siempre aquéllos eran provocados por Ernestina con sus arreglos del peinado y sus blusas adornadas con flores en el pecho, y sus polleras puestas lo más abajo posible, como si quisiese hacer creer que se vestía de largo...

—¡Chica más pretenciosa!...—exclamaba al verla Jacinta, en sus confidencias con Marcela— ; ¿viste cómo se ha puesto la pollera?... ¡Casi le arrastra, che!... ¡y muy de flor en el cinturón!... ¡qué «tipa»!...

—¿Y a ti qué te importa?... Déjala que se arregle como le dé la gana... y hacé lo mismo.

—¡No soy tan cache!... che... para «hacerme» la «grande»... Y ¿no viste cómo se paseaba con Eva por el jardín?... ¿y el modo de mirar a Martincito?...

Las excelentes condiciones de éste lo hacían naturalmente el centro de las solicitaciones de sus «primitas», pretendiendo cada una vencer a las otras y ganar para sí la infantil predilección de Martincito, que pasaba entre ellas tan ajeno al interés que provocaba, como ajena en la apariencia se mantiene la flor ante las mariposas que revolotean sobre ella.

*
* *

Como se juntan en un ramo de flores de distinto color, como se juntan claveles punzoes, rosados, gualdas y blancos, así las circunstancias reunieron, en la estancia de los esposos Cortés, a Ernestina, a Jacinta, a Marcela y a Eva, que siendo iguales en la edad y en la cultura, y en la inocencia y en la perspicacia, eran de tan diversa índole como distintos en sus matices aquellos cuatro claveles.

Las características señaladas en ellas asumían cada vez relieves más acentuados, pues si Eva era la misma de siempre y si Marcela se conservaba medida y discreta, en cambio Ernestina se ponía hora por hora más coqueta, y Jacinta más decidida, más irascible, más pujante.

El divino duelo entre estas dos, era observado de lejos por Marcela, que no perdía del todo el punto de ataque hacia el que sus otras dos primas dirigían las visuales. Las tres, cada una en la medida de su respectivo temperamento, giraban alrededor de la misma plaza sitiada, sin que las impulsase otro estímulo que el del amor propio, y no otro amor.

Cada una quería ser la preferida de Martincito, al solo objeto de triunfar sobre las otras, y nada más, como que no podían sacar sus pensamientos fuera del campo de una inocente emulación infantil. Con la misma intención con que se peleaban por determinado asiento en el coche, o en el corredor de la estancia; con la misma inocencia con que discutían la posesión de un nido; con la misma ingenuidad con que cada una sostenía que saltaba más tiempo en la cuerda, así, exactamente así, monologaba cada una sobre la merecida preeminencia en el afecto especial de Martincito.

La sorda lucha se intensificaba entre la inmutable impavidez con que él las trataba, aun en los casos en que procuraron hacerle llegar los ecos de los combates a que daba lugar; pero en el fondo de aquellos corazoncitos sanos, inocentes y purísimos, iba acaso incubándose tenuísimamente el germen de posibles pasiones ulteriores, tal como la imperceptible chispa causa es a veces de colosales incendios.

Al llegar los primeros días de marzo de aquel año, se recibió en la estancia la noticia de que uno de los muchos amigos del doctor Cortés—el doctor Marcial Hurtado—aceptando una invitación para pasar el carnaval en aquélla, había decidido ir con una de sus niñas, y al efecto pedía que oportunamente se le mandara el coche a la estación del ferrocarril, distante entonces muchas leguas de molesta travesía.

Ernestina y Jacinta pensaron simultáneamente en lo mismo:—¿Cómo será la hija del

doctor Hurtado?—pues no obstante la estrecha relación entre las dos familias—de Cortés y de Hurtado—ellas no conocían a la de éste.

El lacónico anuncio telegráfico no determinaba nombre, de modo que ni Felisa, ni nadie podía calcular con cuál de sus hijas iría el nuevo visitante, hasta que por fin llegó el día de su arribo.

Fué de noche; después de comer y cuando empezaban a sentirse inquietados por la tardanza, pues habitualmente el coche, con los caballos que llevó y con los caminos en el estado en que se encontraban, llegaba a las casas de la estancia al ponerse el sol.

En momentos en que el capataz y un peón se disponían a salir en busca de los viajeros, dijo aquél:

—Allá viene, patrón; ¿ve?...

—No alcanzo a distinguir nada—repuso el doctor Cortés, que se encontraba rodeado por todas las personas que veraneaban en la estancia, y antes de recibir algún dato que le permitiera orientar la vista, vió que el capataz y el peón desensillaban sus caballos, ante la certeza de que los viajeros llegaban.

—«Ahorita» no más, va a ver, patrón, el «farolcito»... lo que tuerzan «pa» la tranquera—y continuó desensillando, para concluir diciéndole al peón— : «Tomá, lleválo»—al entregarle el cabestro de su caballo.

Media hora después—que a Jacinta le pareció eterna—el coche entraba al patio de la caballeriza con el doctor Hurtado y su hija Silvia.

A la menguada luz de un farol se saludaron los conocidos y fueron hechas las presentaciones de estilo, y fué en ese instante cuando Jacinta vió que la nueva visita era de su mismo alto y tres veces más gruesa que Ernestina.

Aprovechándose de las sombras del local y ocultándose tras los grupos que conversaban sobre el viaje y las causas de su demora, Jacinta dijo a Marcela:

—¡ Qué chica tan gorda!... Con razón tardó tanto el coche...

—No seas burlona.

—¡ Ah!... Che... No puedo de risa... ¿su papá la traerá para que tome campo?...

¡ Ah!... A la pálida luz del farol de la caballeriza, Jacinta había visto que Silvia era, a pesar de su extremado grueso, la más linda de todas ellas, y ¡ se reía de su gordura!

El numeroso grupo marchó hacia la casa en cuyo comedor Eva y la mucama disponían rápidamente lo necesario para la comida de los viajeros, y en cuanto entraron éstos y Felisa le sacó el sombrero a Silvia, Jacinta vió que ésta lucía una copiosa y renegrida cabellera, que le pareció excesiva y ridícula «para una chica como ésa»...

Ernestina y Marcela acosaban a preguntas a Silvia; Jacinta la observaba, sintiendo nacer en su espíritu un sentimiento de antipatía inexplicable hacia la «nueva amiga», en la que todo le parecía ridículo o impropio, desde su cabellera hasta la forma de hablar con Martincito, unido, naturalmente, al grupo de las chicas.

Silvia era, en efecto, demasiado gruesa, casi deforme, pero en cambio tenía pequeñísimos los pies, sobre los cuales se alzaban en amplias curvas las hermosas pantorrillas; tenía diminutas las manos de finos dedos y rosadas uñas; el cabello renegrido abundoso, ligeramente ondulado y muy largo, debía pasarle de la cintura; blanco el cutis; retintos los ojos rasgados y grandes, con largas pestañas crespas y brillantes; delicada y perfecta la nariz; magníficamente dibujada la boca, y sobre todo, divinos los dientes nacarados.

A Ernestina, pero menos que a Jacinta, le fué también antipática, y sólo Marcela se aplicó a la tarea de hacer resaltar los rasgos más bellos de Silvia, en la que, con todo, notaba demasiada soltura y francachela al hablar con Martincito.

Si linda les pareció esa noche, tras un largo viaje con calor y tierra, al día siguiente, cuando Silvia se les presentó después de haber descansado y de haberse dado el baño matinal, les pareció, a Jacinta sobre todo, atroz, detestablemente hermosa.

—Comprendo, ché, que es bonita; esto parece una mujer enana... no tiene expresión de chica... y ese modo de andar... tan orgullosa... Yo no sé qué me parece—decía Jacinta a Marcela comentando desde lejos a Silvia, que más niña aún que las otras, corría con Martincito por entre los canteros del jardín.

—Te parece no más; a mí me ha sido muy

simpática... ¡ y mirá que es linda !—le dijo Marcela.

—¿Linda?... ¿Pero de veras?... ¿Linda la encuentras?...

—¡ Muy linda !... ché... es una chica preciosa... ¡ y qué ojos !...

—¿Pero qué le encuentras a los ojos?...

—A mí me parecen lindísimos... ¡ y qué lindo pelo !...

—¡ Te parece lindo ese pelo tan negro !...

—¡ Cómo no !... Y tan abundante...

—No sé que sea un mérito tener mucho pelo...

Y viendo en ese instante que Martincito y Silvia se alejaban por el monte de frutales, Jacinta salió corriendo a saltos cruzados y fué a juntarse con ellos, a los que momentos después se unía Ernestina, y en pintoresco grupo se les veía aparecer y desaparecer entre los troncos y los ramajes recogiendo pastitos secos y buscando nidos con pichoncitos, guiadas por Martincito, tras del cual corrían todas, no siempre aventajando en ligereza y agilidad a Silvia.

Pasados los primeros momentos de la incorporación de ésta, fué acentuándose el acercamiento hacia ella, que poco después, y durante la temporada de aquel verano, fué tan amiga de Jacinta y de Ernestina, como de Eva y Marcela ; pero así y todo, Jacinta, especialmente, la habría preferido menos «confianzuda» con Martincito.

*
* *

La inteligencia y el carácter de Martincito se desarollaban en gradual y armónico paralelismo, acentuando día por día los rasgos de su estructura moral vigorosa y sana, nutrida por el ejemplo y por la cultura que el doctor Cortés y su noble esposa prodigaban al idolatrado hijo adoptivo.

Habiendo empezado a quererlo por conmiseración, fué él captándose el cariño de ellos, que acabaron por considerarlo tan acreedor al afecto que le profesaban como si en verdad fuese tan hijo como la misma Eva.

Esta se había habituado lógicamente a considerarlo como hermano desde que nada ni nadie podía sugerirle la sospecha de que no lo fuera, y él, por su parte, veía en ella a una hermanita como veía en los padres de ésta a sus propios padres.

A base de un tierno sentimiento candoroso y puro, Felisa había creado una situación que llegó a ser causa de hondas perplejidades ante la ineludible necesidad de concluir con ella, ya que desechaba, por inadmisible, la idea de conservar a Martín en el dulce engaño de su verda-

dero estado, y ya que había cumplido diez años y era tiempo de inscribirlo en la escuela.

Era necesario acometer, pues, la torturante empresa de hacer saber a Martincito que sus verdaderos padres «estaban en el cielo», y que ellos los habían reemplazado con todo cariño y con toda sinceridad, y que siempre seguirían siendo para con él igualmente cariñosos y tiernos.

¿Cuál sería la forma menos cruel de decírselo? ¿Cuál la palabra menos dura? ¿Cuál el momento más propicio para que la tremenda desilusión fuese menos dolorosa?

Largas conversaciones sostenía Felisa con su marido tratando de solucionar el arduo problema; pero cuantas veces creyeron arribar a una forma aceptable surgía de pronto la alarmante sospecha: ¿y si se impresiona demasiado?... ¿y si se enferma por eso?...

Ellos calculaban que Martincito pensaba y sentía o podía sentir y pensar como ellos y que las congojas y los temores que los asaltaban agitarían también su almita sensible y tierna; ellos creían que la conciencia repentina de su orfandad produciría en el querido hijo adoptivo una emoción, un dolor tan profundo, que acaso podría poner en peligro hasta su misma salud; ellos se acusaban mutuamente por no haber dejado sospechar en él la verdadera situación en que se encontraba, y finalmente, para que todas las tribulaciones que los aturdían asumieran el carácter de un tremendo conflicto moral, les asaltó de pronto el temor de que la nueva

situación que engendrarían con sólo aclarar el dulce misterio que rodeaba a Martincito, produjera en Eva una emoción demasiado intensa y le ocasionara también una perturbación de dolorosas consecuencias.

Este temor se fundaba en la naturaleza demasiado sensible de Eva, y en su condición femenina y, por lo mismo, más accesible a las perturbaciones que una intensa emoción podía producir. A ello se agregaba, desde luego, el hecho de que para ella Martín era un hermanito; como a tal lo consideraba y en tal concepto lo quería con la máxima ternura posible en su almita inocente y feliz.

Su vivacidad y su inteligencia, común, por otra parte, a la mayoría de las niñitas como ella, contribuyó a despertar sus naturales precocidades, y, no obstante sus escasos diez años, era, en toda la extensión de la palabra, una mujercita capaz de los sentimientos más delicados y de las vibraciones morales más profundas.

¿Quién podría calcular las consecuencias de la tremenda sorpresa que Eva experimentaría al saber que Martincito no era su hermano? ¿Qué clase de turbulencias la asaltarían al querer fijar la causa y el alcance de aquel misterioso estado en que ese niño había vivido en su casa?

Sus padres sentían los más extraños temores ante las perspectivas que se les presentaban o que creían prever para el día fatalmente ineludible y cercano en que «esos dos angelitos» su-

pieran que no los unía el vínculo fraternal cultivado entre ellos con tiernísimo amor de hermanos, y contribuían a exacerbar aquellos temores la plena conciencia de la sensibilidad de Eva y la del enérgico y altivo carácter de Martín.

Cada uno de los niños, por distinto motivo, causaba, pues, todos los sobresaltos que el doctor Cortés y su noble compañera experimentaban al discutir o comentar la situación que habían producido y en la que parecían dos delincuentes conducidos a la ineludible confesión de un delito.

—Nosotros tenemos la culpa—le decía Felisa—, porque desde chiquitos no les dijimos la verdad... Y ahora yo no sé cómo vamos a hacer con estos angelitos... ¿Qué irán a pensar?... ¡Vaya que se enfermen por la emoción!...

—No, hija; no pienses en eso; se sorprenderán, sin duda; pero son lo bastante inteligentes para darse clara cuenta de lo que ha sucedido... y de la conducta que hemos observado con ellos.

—¡A mí se me ocurre que tú podías emplear un procedimiento que me parece muy bueno! —exclamó de pronto Felisa, dando a su cara la expresión de la más viva alegría, al golpear una con otra sus delicadas manos, en el gesto de quien encuentra algo ansiosamente esperado.

—¿Qué procedimiento, hija?

—¡Mira! ¡Excelente!... que tú les hagas un cuento, como si lo hubieses leído en algún libro, o lo inventaras no más; pero que nuestros «hi-

jos» pudieran pensar que ellos se encuentran en ese caso; ¿qué te parece?...

—¡Hum!... no es tan fácil... como tú crees... y, además, que no ganaríamos nada, porque si han de llegar a saber que ellos son los personajes del cuento, se les produciría la situación que tememos.

—¡Eso no!... porque tú les mostrarías el caso con consecuencias felices... que siguieron viviendo juntos, como si realmente fueran hermanos; que los protectores del niño lo quisieron cada día más... que lo educaron maravillosamente... y... (fíjate en lo que acaba de ocurrírseme; a ver qué te parece), y que después... cuando fueron grandes...

—¡Se cansaron!—le interrumpió vivamente el doctor Cortés.

—¡Cómo adivinaste!... ¡Eso es! Porque, en realidad, si Martincito llegara a ser lo que promete, ¿qué mejor marido podríamos encontrar para nuestra hijita?...

—¡Pero, hija!... ¡es mirar demasiado lejos!... Ya habrá tiempo de pensar en eso.

—¡Oh!... ¿Y si yo lo pienso ya?... ¿qué hay de malo?...

—Nada de malo... pero, ¿quién puede calcular en un niño de diez años lo que será quince años después?...

—Eso no; porque con la educación que nosotros podemos darle, felizmente, y con los ejemplos que recibirá, tendrá que ser una persona excelente... y ya se ve lo que será Martincito.

—Es realmente un muchachito encantador... ¡Tan serio!... y tan hombrecito, en todo.

—Bueno, ¿quedamos en que les contarás la historia del huerfanito?

—¡Tengo que pensarla antes!

—¿Pensar qué?... Cambias los nombres y les refieres la verdad; lo que ha sucedido; ¡si no tienes nada que inventar!

—Si te parece tan fácil, ¿por qué no se la cuentas tú?...

—Mejor sería... que fueras tú...

—No veo la razón...

—Porque... yo... ¡vaya que me equivocase!...

—¿Cómo te podrías equivocar?

—Si viera que empezaba a desconfiar...

—¡Mejor que mejor!... Sí, mi hija; tú los llamas después del almuerzo... ¿no te parece?... buscas un pretexto cualquiera para contar cuentos, y... ¡zas!...

—Siento un temblor por todo mi cuerpo... ¿quieres creer?... ¿Y si se dan cuenta... y me preguntan que por qué no les digo la verdad no más?...

—Pues en ese caso les dices también la pura verdad; que quisimos ir preparándolos.

—Bueno; mira, lo mejor es que se lo cuente yo misma—dijo Felisa, como sintiéndose poseída de la inspiración necesaria, y como si temiese que ella pudiera desvanecérsele después:

—¡Perfectamente!... Yo los voy a llamar; espéranos aquí.

Felisa quedó sentada a la sombra de los paraísos, junto al «tambo», en el que una vaca ne-

gra se había quedado como distraída moviendo de un lado al otro la cola en rítmica armonía con sus enormes mandíbulas, frotadas entre sí como si paladease el sabor de un exquisito bocado de alfalfa.

*
* *

El doctor Cortés encontró a Eva ocupada en vestir una muñeca y a Martín haciendo un botecito para echarlo a la pileta, y en cuya proa había escrito el nombre de su «hermanita».

Solicitados para oír el cuento brincaron de contentos, y Eva, de la mano de su padre, y Martín a saltos delante de él, fueron en un periquete a ponerse al lado de Felisa, bajo los copudos paraísos del «tambo».

—¡ A ver !... ¡ A ver !... ¡ Mamá, el cuento !... —exclamó Martincito, provocando un hondo sacudimiento en Felisa, que creyó notar cierta acentuación extraña en la palabra «mamá», dicha en aquel momento, y cambió con su marido una mirada en que parecía decirle :

—¿No ves?... ¿Has oído?

En el preciso momento en que ocupando cada uno su sitio se dispuso Felisa a dar comien-

zo a su narración anhelosamente esperada por los dos niños, la vaca negra volvió la cabeza hacia el grupo ; lo contempló abriendo más que de costumbre los dulces ojos ; lanzó un estridente mugido melancólico y, batiendo sin cesar la cola, se alejó pausada y gravemente, moviendo la cabeza de arriba abajo, como en un gesto de aprobación para la escena que veía ante sus ojos.

—Mira, mamá—dijo Martín, que como todos los del grupo viera a la vaca pasar de largo—, ¡ no quiere oír el cuento !...

—Puede ser porque ella lo sepa ya.

—¡ Papá !... ¡ Papá !... ¡ Qué gracioso lo que dice mamá !... ¡ Como si los animales supiesen cuentos !...—exclamó riéndose Martincito, que daba así salida al contento que lo embargaba ante la deliciosa perspectiva del cuento prometido.

—¿ Y quién nos dice que las vacas no les cuenten cuentos a sus terneritos ?—le respondió el doctor Cortés, golpeándole cariñosamente la mejilla con la palma de la mano.

—La verdad...—moduló Martincito, como si hablase consigo mismo y como si aquella observación le hubiera sugerido la idea de que tal pudiese ocurrir.

—Bueno : ¡ el cuento !... ¡ el cuento !...

—Muy bien—empezó diciendo con incontenible emoción Felisa—, éste es un cuento que es medio triste al principio ; pero que después es muy lindo. ¿ Conque ya saben, eh ? Bueno : era una vez, que era una muchacha lo más buena... ¡ y el padre y la madre la querían !... ¡ que ya no

podían quererla más!... En eso conoció a un señor extranjero... que era de otro país... y se casó con él, al mismo tiempo que una amiga que tenía y con quien eran muy amigas desde el colegio, se casaba también.

—¡ Qué casualidad, mamá !, ¿eh?—dijo Eva.

—Bueno ; pero no me interrumpan, porque me pueden hacer olvidar de cómo es. La amiga se casó con un señor argentino que, además de ser buenísimo también, tenía varias propiedades... tenía casas en la ciudad... ¡ y tenía campos con estancias... y todo!

»Este señor se llamaba Juan y su señora se llamaba Juana ; y la amiga de ésta se llamaba Pepa.

—¡ Y el marido Pepe !—interrumpió riéndose Martincito.

—¡ Silencio !... Y si no, no sigo—repuso Felisa frunciendo el ceño en cómica actitud, y continuó— : el marido se llamaba... ¿Cómo se llamaba?... ¡ Señor !... Bueno, no me acuerdo : era un nombre raro. Andando el tiempo Juana tuvo una hijita y al mes Pepa tuvo un hijito que se criaron lo más lindos... hasta que cuando iban a cumplir dos años sucedió una epidemia espantosa... que murieron muchísimas personas... ¡ muchísimas ! tanto que murieron los padres y casi todos los parientes de Pepa. . y hasta su esposo también se murió, dejándola con su hijito.

—¡ Pobre !—moduló Martincito, casi con imperceptible voz, haciendo palidecer hasta la li-

videz a Felisa, que cambió con su esposo una mirada de profunda emoción.

—Eso no es lo peor ; lo peor fué que ella también se murió.

—¿Y el hijito, mamá?—le preguntó Eva anhelosamente.

—Lo recogió Juana... que la quería mucho a la pobre Pepa, y desde entonces lo criaron en su casa junto a la hijita que ellos tenían... y se salvaron de la epidemia porque Juan se los llevó a una estancia que él tenía muy lejos. Bueno : allí estuvieron mucho tiempo y las dos criaturas se criaron como si realmente fueran hermanos, porque tanto Juana como Juan los cuidaron y los querían igualitos a los dos... y hasta un poquito más al hijito de Pepa.

Andando el tiempo y cuando eran ya crecíditos, tuvieron que ponerlos en la escuela y entonces fué necesario darle su apellido al hijito de Pepa, como es natural... y recién entonces él vino a saber que no era hijo de Juan y Juana ni hermano tampoco de la hija de éstos.

—Y... después... mamá... ¿qué hicieron con él?—preguntó Martincito.

—¿Después?... ¡ Ah ! Cada día lo quisieron más... y él también cada día quería más a Juan y a Juana y a la hija de éstos ; y lo educaron lo más bien ; ¡ lo hicieron «doctor» y lo querían !... ¡ Qué !... más que si fuera hijo, si es posible.

—Mamá — preguntó Martincito por natural curiosidad infantil— ; ¿y dónde sucedió eso?...

—Aquí, no les he dicho—respondió ella alu-

diendo a los antecedentes que había dado; pero Martincito exclamó estupefacto:

—¿Aquí?... ¿en la estancia?...

Felisa experimentó un sacudimiento perturbador al oír esas palabras, y al mirar a su esposo vió que éste tenía húmedos los ojos y los levantaba hacia el horizonte como disimulando su emoción.

—Aquí... en nuestro país... ¿No les dije que ellos y Pepa eran argentinos?...

—¡Mamá!...—exclamó Eva alarmada—. Mira: ¡papá está llorando!...

El doctor Cortés se pasó en silencio los dedos por los ojos; pero Felisa, que había estado sintiendo las sucesivas emociones que su propio cuento le producía, no pudo reprimir el violento sacudimiento que la actitud de su esposo le ocasionó, y dejó caer algunas lágrimas al decir:

—¡Qué va a llorar!... ¿Por qué va a llorar?...

—«Vos» también... mamá... estás llorando... —dijo Eva en visible camino de hacer lo propio.

Y por una de esas tremendas intuiciones inexplicables en que suele parecer que el alma se anticipa a lo que ha de venir o desentraña la más misteriosa verdad oculta en el fondo del pasado, Martincito dijo, profundamente pálido:

—Me parece que ese cuento... es mentira... eso... ha sucedido... ¿No es verdad... «mamá...» que es cierto?...

—¿Por qué dices eso?—preguntó Felisa conteniendo cuanto pudo su profunda emoción.

—Porque es... Yo conozco... que es...

—¿En qué conoces... mi querido?

—En que ustedes lloran... A lo mejor... resulta que... que...—y no pudo seguir hablando Martincito, que, como impelido por una fuerza superior, se arrojó en las faldas de Felisa y se puso a llorar. Ella y su esposo se miraron absortos, procurando rememorar todo el pasado, por si encontraban alguna alusión que hubiese podido servir de sospecha a la visible actitud de Martincito, hasta que Felisa le dijo, ya decidida a confesarle toda la verdad :

—¿Qué es eso?... ¿Por qué lloras?...

—Resulta... que... que... soy yo...

* * *

La noticia de que «el niño Martincito» no era hijo del «patrón» produjo una verdadera sorpresa entre todas las personas de la estancia, que nunca sospecharon ni remotamente en tal cosa, y ése fué un nuevo motivo de contrariedad para Felisa, no sólo por la situación creada a Martincito, sino por la que ella misma creía descubrir hacia su persona.

En sus cavilosidades le parecía notar que los peones la miraban de distinta manera, como si creyesen que ella se había resignado por fin a

consentir en una situación tolerada en sus comienzos por una debilidad de su carácter, y más de una vez la torturó la sospecha de que aquel cálculo tornara hacia su marido, adjudicándole a ella la secreta maternidad del niño y a él la consiguiente resignación.

Contribuía a semejante tortura el hecho de que cada una de las personas del servicio, al informarse de lo sucedido, formulaba casi invariablemente el mismo comentario:

—¡Y tan parecidos que son!... ¡Quién iba a pensarse de que no fuesen hermanos!

En la mayoría de los casos se decía esto sin la más leve intención de una presunción depresiva; pero Felisa no podía desprenderse del temor de que se diera a lo hecho una interpretación torcida, y, siendo incapaz de guardar para sí lo que pasaba en su espíritu, lo confió a su marido, que recibió la confidencia riéndose de buena gana.

—¡Qué loca!—le dijo acariciándola—. ¿Quién va a pensar de ti semejante absurdo?

—Los peones.

—Los peones son incapaces de eso, y te conocen perfectamente, y saben muy bien lo que eres y quién eres...

—Pueden pensarlo de ti...

—¡Jamás, hija!... Abandona esas preocupaciones, y piensa que ni siendo como somos podríamos librarnos de que algún perverso hubiese pensado eso antes de saber que Martincito no es hijo nuestro...

—¿Antes?... No tenían por qué; pero aho-

ra nosotros les hemos dado motivo para que puedan pensarlo, y tanto es así que no se les cae de la boca la idea de cómo se parecen Eva y Martín, y de que quién iba a sospechar que no fueran hermanos.

—¿A ti te lo han dicho?

—Lo dicen todos... a cada rato... y hasta me parece que ya no son con Martincito tan cariñosos y respetuosos como eran.

Esta sospecha produjo en el noble corazón del doctor Cortés una impresión mucho más intensa y aguda que todo cuanto su compañera le había dicho de ellos mismos, pues en la dignidad y en la nobleza de sus pensamientos ni tenían cabida ni tenían importancia los burdos comentarios de baja estofa que su mujer o él pudieran motivar, por cualquier causa, en el espíritu ruin o perverso de algún deslenguado; pero, en cambio, a la idea no más de que Martincito pudiera ser víctima, aun en la más mínima medida, de la desconsideración o de la irrespetuosidad de alguien, su espíritu se sublevó indignado y prorrumpió en una exclamación salida del fondo de su alma:

—¡Eso sí que no!... ¡Y como sepa yo que alguno se permite mirar en menos a Martincito, le rompo el alma a palos!

—No te alteres; yo no te lo puedo asegurar... me ha parecido no más...

—Y así ha de ser; si te ha parecido es porque lo habrás notado en alguien, ¿no?... ¿en quién?... ¡Dime!...

—En ninguno, hijo; bien pueden ser cosas mías, no más.

—Bueno; mira, Felisa—dijo él, tras un instante de reflexión—, desde este momento Martincito será quien dé todas las órdenes en la estancia para todas las cosas; tú te encargarás de repetir cuantas veces sea necesario la historia de sus padres y de la forma en que vino a nuestro lado; yo haré lo propio, y desde hoy no habrá más jefe en la casa que él, y lo que él haga estará bien hecho, y lo que él ordene se cumplirá sin chistar, desde nosotros hasta el último peón del último puesto... ¡No faltaba más sino que el pobrecito tuviera que sufrir la más pequeña desconsideración de nadie!... ¡Cuando, si no es hijo nuestro, nosotros lo consideramos y lo queremos como si lo fuera!... ¡Como si lo fuera!...

Al terminar estas palabras la voz del doctor Cortés se había puesto temblante, pero no de indignación, sino de ternura hacia su idolatrado hijo adoptivo, y los ojos de su esposa, que lo contemplaba embelesada, se empañaron ligeramente, y abriendo, tendidos, los brazos, los dirigió hacia él, que estaba de pie a pocos pasos del sofá que ella ocupaba, y le dijo, casi sin poder hablar:

—¡Qué bueno... qué bueno eres...! Alcides!...

Y él cayó en los brazos de ella estrechándola efusivo, y así, abrazados en silencio, lloraron de amor hacia el hijo adoptivo.

En esa situación los encontraron Eva y Martín, atraídos por las voces dadas con cierta ener-

gía por el doctor Cortés, y al verlos llorar, abrazados, corrieron hacia ellos los dos niños, exclamando:

—¿Qué tienen?

—¿Qué sucede?

—Nada, hijitos—les contestó el doctor Cortés, incorporándose algo y atrayendo hacia sí a Martincito, al mismo tiempo que Felisa hacía lo propio con Eva, formando en conjunto un magnífico grupo, y agregó— : Nada que no sea muy lindo; llorábamos de alegría... llorábamos de felicidad... porque Dios nos ha dado en Martincito otro verdadero hijo, al que queremos cada día más... como él nos quiere también... ¿no es cierto?...

—Ya lo creo que es cierto—respondió el niño escudriñando en los ojos de sus protectores, como si necesitara cerciorarse de la profunda verdad que escuchaba.

—Sí, pero—dijo en tono confidencial Eva, mirando a Martincito—, ¿ustedes no saben lo que él me ha dicho recién...?

—¿Qué te ha dicho?—le preguntó la madre ligeramente sobresaltada.

—¿Les digo?—preguntó Eva a Martincito.

—Decíles...—repuso mirando al suelo, mientras permanecía al lado del doctor Cortés, por sobre cuyo cuello había apoyado un bracito como en retribución al que su protector tenía en el de él.

—¿Saben...? me dijo... que a mí ya no me va a decir por mi nombre... y que yo tampoco le diga Martincito...

—¿Y si no...?—preguntóle la madre.

—Me dijo... que él me va a decir «Hermana...» y que yo... le diga «Hermano» cuando hablemos entre nosotros.

—¡Muy bien!... ¡Qué buena idea!—exclamó el doctor Cortés.

—Y también me dijo otra cosa. ¿Les digo?

—Decíles...

—Me dijo que a «vos», papá, y a «vos», mamá, ya no les va a decir de «tú», sino de «usted».

—Eso no está bien, Martincito; tú debes seguir tratándonos como siempre, y, sobre todo, ¿qué razón tienes para el cambio?...

—Eva no les dijo que yo siempre les voy a decir también «papá» y «mamá».

—¡Bueno fuera lo contrario!... Pero, ¿por qué tratarnos de «usted»?...

—Porque es de más respeto...—moduló Martincito.

—¿Y si nosotros no lo queremos?...

—Pero... es mejor...—insistió el niño.

—No lo contraríes—intercedió Felisa—; quién sabe por qué piensa eso ahora; después se le pasará.

—No... no se me pasará...

—Sí... sí, se te pasará, mi queridito—le dijo Felisa, sacándolo de los brazos de su esposo y pasándolo a los de ella—; se te pasará cuando veas que cada día te queremos más... más... y más... ¡hasta que no haya en el mundo un hijo más querido que tú!

—Más de lo que me quieren no me pueden querer... y yo tampoco...

—Bueno—intercedió el doctor Cortés— ; no hablemos más de eso... Ahora hablemos de otra cosa, y seas tú, Felisa, la encargada de decirle lo que hemos resuelto con respecto a él. Dile.

—Muy bien ; pues has de saber que tu papá ha resuelto que desde hoy tú seas el verdadero patrón y dueño de todo aquí ; que lo que dispongas se haga... que lo que ordenes se cumpla... que todo el mundo, hasta él mismo y yo también, todos estemos a las órdenes tuyas, y, en fin, que el verdadero «patrón» seas tú... ¿Qué te parece?...

Martincito, que desde la escena del cuento en el «tambo» estaba cargado de emociones y que las sentía en su espíritu entremezcladas en forma de recelos o cosa parecida, que no podía explicarse a sí mismo, oyó cuanto Felisa le decía ; comprendió instantáneamente el alcance de sus tiernas palabras, le pareció descubrir en ellas que era «eso» precisamente, lo que su alma atribulada precisaba, y, abrazándose a Felisa, ocultó en su seno la cabeza y se puso a llorar ¡ como un niño !

*

* *

En posesión de las atribuciones que se le habían conferido y a las que se proponía hacer cumplido honor, Martincito se decidió a vigilar personalmente todas las faenas de la estancia y

la conducta de los peones como un verdadero mayordomo diligente y celoso de los intereses del patrón; pero desgraciadamente para él, sus proyectos fracasaron porque coincidieron con una situación política a la cual se debía entero el doctor Cortés y que lo determinó a trasladarse a Buenos Aires, con toda su familia.

Corrían los primeros días de 1880; Buenos Aires encabezaba la resistencia a una política de imposición presidencial y se organizaba en tren de llegar a todos los extremos decorosos para concluir con la conculcación de los derechos electorales. Las fuerzas cívicas, representadas por la juventud porteña de más noble cuna, se disponían a la lucha tranquila de las urnas electorales o a la batalla desgarradora del combate armado.

Todo dejaba pensar que en este último extremo encontraría el derecho su postrer refugio, y, así, la juventud se organizaba, con toda la ocultación posible de sus santas intenciones, constituyendo el Tiro nacional, que construyó un stand en Palermo—donde después se formó el Tiro Federal—y al que se concurría con el declarado propósito de ejercitarse para defender la patria contra una posible agresión extranjera, alentando en secreto el propósito, en verdad, de defender la patria, pero defenderla de la torpe agresión interna de lo que se llamó en la época Liga de gobernadores confabulados para servir las ambiciones personales del presidente de la república, afanoso por imponer uno de sus ministros como sucesor en el mando pre-

sidencial de la república—como lo hizo, en definitiva, al imperio brutal de las armas.

Los miembros del Tiro nacional organizaron un verdadero batallón con el nombre de Rifleros y que vestían pintoresco uniforme civil compuesto de traje azul obscuro de saco cruzado; sombrero de forma chambergo, pero de copa y alas duras; cinturón de hule negro y fusil. Organizados militarmente, los Rifleros tenían todas las autoridades propias de un verdadero batallón: jefe, segundo jefe, capitanes, oficiales, etc., formando entre éstos el doctor Alcides Cortés, que no podía permanecer en su estancia en aquellos momentos y que al primer llamamiento voló a tomar su puesto de ciudadano, armado contra los gobiernos electores.

La actitud decidida y viril de aquella resistencia exacerbó al «gobierno» de la época, que, entre otras providencias, tomó la de impedir por la fuerza la concurrencia del Tiro nacional a su stand de Palermo, a cuyo efecto lo hizo ocupar militarmente por una fuerte división del ejército, compuesta de las tres armas.

El brutal reto importaba la amenaza de una batalla campal, en que los Rifleros serían anonadados por la mayor fuerza y los mayores elementos organizados y diestros, de modo que por decisión de los hombres más representativos de la oposición se resolvió abstenerse de concurrir, al stand, convertido en campamento militar.

Cuando esta decisión fué conocida por la «autoridad» nacional se dió orden a la división que lo ocupaba que regresara a la ciudad con desti-

no a sus cuarteles, e instantes después, en larga columna, la tropa se puso en marcha... precedida momentos antes por el «ministro de guerra y marina» que, montando un caballo de poca alzada y acompañado por sólo un ayudante, avanzó a gran galope, destacando su inmensa estatura, con rumbo a la ciudad, para comprobar por sí mismo la exactitud de una información llegada a Palermo y según la cual el pueblo se había posesionado de las azoteas y sitios adecuados para impedir la entrada del ejército en la ciudad.

Era, sin duda, hermosa la silueta gigantesca de aquel hombre—realzada por la menguada cabalgadura de que disponía—, al verlo avanzar erguido, pero pálido, con la vista fija hacia la ciudad querida, temeroso, sin duda, de que la noticia fuese exacta, no porque pudiera dudar del resultado, sino porque en su gran alma de porteño ansiaba ahorrarse el horror del combate entre hermanos. Servía él a una política oligarca, y equivocado, pero sincero, la servía lealmente, calculando que hasta los procedimientos extremos eran lícitos para conjurar las consecuencias de una resistencia armada.

En ésta formaban todos los elementos que luchaban por el advenimiento de la libertad del sufragio conculcada por los gobiernos electores de esa época, y ¡ curiosa coincidencia !, en oposición al candidato del «oficialismo nacional» levantaban la candidatura, también «oficial» a su manera, del gobernador de Buenos Aires, to-

mado, con poca suerte, como bandera cívica para combatir imposiciones «oficiales»...

Las barricadas anunciadas en aquellos momentos no existían, felizmente, y comprobado así se reiteró la orden de que la división de Palermo continuara avanzando... Era un día sereno de febrero (15), en que la Naturaleza parecía brindar horas de paz ; el camino del bajo reseco bajo la influencia del verano estaba cubierto de fino polvo que se alzaba a los costados y por entre la columna en marcha, como un velo que cubriera un rubor o como una plegaria colectiva que se corporizara en formas tangibles ; al frente la enorme ciudad gruñendo entre dientes ; dentro de ella la iracunda protesta reprimida y aplazada ; por sobre una y otra el relámpago de una amenaza fatal, y algo como el eco lúgubre de un tremendo sollozo de dolor...

Aquellos jefes y aquellos soldados ciegos de disciplina se arrojarían, cuatro meses después, frenéticos de coraje, contra las filas de los ciudadanos en los tristísimos combates del 20 y 21 de junio, en que Buenos Aires tiñó con sangre de sus hijos su frente heroica, pero insultada.

Aquella columna a cuyo frente marchaba un prestigioso general que había ganado sus galones en las guerras contra el extranjero invasor y contra los indios salvajes, y cuya estatura física contrastaba acentuadamente con la del ministro que lo había precedido a caballo ; aquel heroico general, a quien sus compañeros de armas designaban cariñosamente con el apodo de «Chiquitúa» y que en los campos del Paraguay

se había llenado cien veces de gloria; aquel soldado incapaz de temblar ante las balas, aquel hombre de corazón de acero sentía que su corazón temblaba de pena ante el fantasma de la guerra civil en perspectiva, provocada por el «jefe supremo» de la nación, y marchaba al frente de sus soldados decidido al más desgarrador sacrificio que la disciplina militar puede imponer: fusilar al pueblo que reclama sus derechos...

Avanzaba lentamente la larga columna de tropa con rumbo a la ciudad, dejando en el flanco izquierdo los alfalfares de Palermo (1) y sobre el flanco derecho la fatídica ex maestranza del tirano Rosas, situada frente a frente de aquéllos, y al llegar a la intersección de la avenida de las Palmeras con el «camino del bajo» (2) el trompa de órdenes tocó «¡ alto y pie a tierra!», y la columna se detuvo.

El general jefe aproximó su caballo a la acera del edificio ocupado por el colegio militar de la nación (3), y bajó para conferenciar con el general, director del colegio, que era un noble veterano a cuyas órdenes había servido antes el que en aquel momento iba acaso a buscar su consejo.

El general bajo cuya dirección estaba entonces el colegio militar era un hombre de alta ta-

---

(1) Donde se encuentran el jardín de invierno y los lagos.

(2) Actual avenida Vértiz.

(3) Donde se alza hoy la estatua de Sarmiento.

lla y de una belleza física que parecía trasuntar la inmaculada belleza moral de su carácter.

Blanco y ondeado el cabello; blanca, y más que la nieve, su barba entera; profundos y serenos los ojos, que no podían ser ni más dulces y apacibles en las calmas de su espíritu, ni más enérgicos y dominadores en las lides del mando; erguido y gallardo en el andar; afable en el trato; bondadoso en los juicios, y leal hasta el sacrificio con sus propias ideas, su consejo debía ser lógicamente buscado en aquellas circunstancias.

Tras largas conferencia, el jefe de la columna volvió a su caballo y continuó la marcha hacia la ciudad, a cuyas puertas cuatro meses después combatirían aquellos dos generales desde filas contrarias: el que solicitó la entrevista atacando a Buenos Aires; el que la concedió, defendiéndola.

Entretanto la columna siguió su marcha, y al llegar a la altura del Retiro, Martincito, que por inspiración propia observaba los acontecimientos, al verla avanzar tranquilamente emprendió, para llevar la para él grata noticia, desenfrenada carrera hacia el comité en que el doctor Cortés se encontraba; salvó en pocos minutos las cuadras del trayecto, y en mérito a su poca edad pudo entrar en el local en el que se discutían actitudes en momentos en que su «papá» decía, rodeado por un grupo de adictos:

—Las líneas están tendidas: ahora creo en el triunfo de nuestra causa porque si nuestro pue-

blo puede ser a veces cobarde en la paz, es siempre heroico en la guerra.

—¡ Pero si hay guerra, «papá», yo quiero estar a tu lado !—le dijo Martincito.

*
* *

Después de un breve veraneo en la estancia, durante el cual Martincito ejerció con perfecto juicio las tareas directivas que un año antes le habían sido conferidas, se dispuso lo conducente para estar en Buenos Aires el primer día de clase en la escuela elegida para él.

Durante aquel veraneo, Martincito realizó notables progresos en sus estudios personales, hechos bajo la juiciosa dirección de su «papá», y no los hizo menores en la guitarra, enseñada por los peones, y en el piano, instruído por su «hermana». Con ingénitas calidades de artista, con una sonora voz bien timbrada y con un oído muy fino, pudo vencer fácilmente las primeras dificultades musicales, llegando a ejecutar trozos muy presentables en la guitarra y en el piano, en el que con Eva tocaba, a cuatro manos, sencillas piezas, que para los peones constituían un motivo de sin par embeleso, compartido sin ambages por los dueños de casa.

Las aptitudes musicales de Martincito se revelaron también por un hecho casual, que sirvió de natural asombro en la casa, pues un día hizo con un pedazo de caña, agujereada con un clavo calentado al rojo, una flauta que no sonó por casualidad, sino porque él la hizo sonar con plena conciencia de lo que hacía.

El hecho fué que a los pocos días de hecha la flauta, Martincito, acompañado al piano, vencía en su sencillo instrumento las más arduas dificultades de ejecución, provocando en su «mamá» las más frenéticas explosiones de entusiasmo y las más firmes ilusiones de tener en su «hijo» al futuro primer músico del mundo.

—Pero fíjate, Alcides ...¡ qué maravilla !—exclamaba Felisa oyendo a Martincito al acompañar a Eva en la ejecución de cualquier bagatela— ; en cuanto lleguemos a Buenos Aires tenemos que ponerle maestro de flauta.

—¿A mí?... No, mamá... Yo no quiero ser músico... Yo toco así no más... por broma...

—¡ Que no, hijito !... Si es una maravilla cómo tocas... ¡ y lo que llegarás a ser con maestro !...

—De flauta, no—refunfuñaba Martincito, y como su «papá» lo conocía perfectamente, cada vez que se producían aquellos o análogos diálogos intercedía para decir a su esposa :

—No insistas, hija... Si ya te dice Martincito que él no quiere estudiar flauta.

El doctor Cortés daba así la mejor satisfacción al carácter de Martincito, en quien las resoluciones adoptadas eran siempre el fruto de un ra-

zonamiento respetable, y fué debido a ello, exclusivamente, que se resolvió apresurar el regreso a Buenos Aires, desde que él no quería faltar ni a un día de clase.

Las perspectivas de la vida escolar no alteraron su invariable serenidad de espíritu, pues sabía, por lecturas, y por referencias de sus «padres», lo que era una escuela y se encontraba en perfectas condiciones para ingresar como alumno sin los sobresaltos ni las tribulaciones comunes en los chicos que de la noche a la mañana se truecan en escolares.

Y así fué, en efecto. Ni la escuela, ni el director, ni el maestro, ni los chicos, le produjeron emoción alguna, y fué al primer día de clase con tal aplomo y con tal tranquilidad, que los demás escolares lo contemplaban con envidia, como a un niño prodigioso, y cuando menos se decían unos a otros :

—Ché... «ése»... ¿ha estado antes?...

—A mí también se me hace que debe haber estado...

—Sí, ché... ha de haber estado...

—Es un chico grande... se ve...

—Ha de fumar... ¿eh?...

—Parece... pero cállate, que el maestro está mirando.

Durante la primera hora de clase, Martincito fué el único niño que hizo preguntas para que se le diesen explicaciones claras sobre algo ; fué el único que supo contestar a las preguntas del maestro, y aun llegó a una actitud que produjo en éste muy grata impresión, pues en cier-

to momento levantó la mano, se puso de pie y dijo:

—Señor: aquel niño se está comiendo las uñas—y volvió a sentarse tranquilamente.

Antes de que el maestro dijera nada, el chico aludido, rojo de vergüenza o de rabia, exclamó:

—¡Mentira!... ¡Es mentira... señor!...

—Yo no miento nunca—moduló Martincito.

—¿Y por qué me has dicho eso, Martín?—le preguntó el maestro.

—Primero, porque es verdad, y después porque no se debe hacer eso.

—¡Es mentira... señor... mentira!...

—Que le muestre las uñas—dijo Martincito dirigiendo la mirada al maestro, y ante esa indicación el aludido no encontró más defensa que decir:

—Antes me las comía... pero... ya no me las como...

Martincito no insistió y el maestro tomó la palabra para disertar olímpicamente sobre los inconvenientes de comerse las uñas y sobre el mérito de decir siempre la verdad; pero en lo mejor de su peroración estaba cuando sonó la campana y se interrumpió diciendo:

—Salgan a recreo, y jueguen... «con juicio».

Martincito fué el primero en salir tranquilamente al patio, viéndose en seguida rodeado por sus condiscípulos que lo aturdían a preguntas sobre sus estudios anteriores, las escuelas en que debía haber estado y las mil curiosidades que asaltan a los pequeños escolares en análogas

circunstancias, hasta que uno más corajudo se le acercó y confidencialmente le preguntó:

—Che, ¿vos fumás?

—Ni fumaré en mi vida—contestó.

—¿No fumás?...—moduló aquél con acento de desilusión o de asombro.

Y volviéndose hacia los que tenía más cerca, repitió en el mismo tono:

—No fuma...

—Y parecía que fumaba...—agregó el más chico de todos, uno de esos chicuelos de ojos vivísimos, de movimientos nerviosos, que se destacan en todo grupo escolar como promesas de grandes mentalidades o de grandes pillerías.

Llamábase Javier Rolón y fué el único que se apresuró a comunicar a Martincito su propio nombre a manera de puente tendido para trabar amistad.

—Ché—le dijo—, yo me llamo Javier Rolón, ya sabés...

—¿Javier Rolón?... Está bueno.

—¿Y vos, ché, cómo es que te llamás?

—Martín Martén.

—¡Lindo nombre tenés, che; lindo nombre!... Y mirá che, Martín: ése con cara de pavo... ¿ves?... que está ahí... se llama Eduardo Miró... ¡Qué nombre, eh!... A los otros no les sé el nombre todavía—agregó para explicar su falta de informaciones.

Eduardo Miró tenía, en efecto, una expresión de tristeza que si no lo hacía atrayente entre los chicos lo hacía simpático o interesante en su tipo de niño melancólico. Era una de esas

criaturas que parecen heredar el alma enferma y cansada de algún viejo antepasado; era indiferente ante los juegos infantiles; casi no hablaba con nadie y rara vez se sonreía, haciéndolo, aunque apenas, con visible esfuerzo y con profundo desgano. Cuando sonreía su expresión melancólica se tornaba más intensa por el contraste con la tenue alegría que flotaba fugaz en su semblante triste.

No ofrecía ningún estigma de degeneración fisiológica; no tenía ningún rasgo revelador de un mal orgánico; era más bien de contextura fuerte; pero Eduardo Miró era un niño triste, profundamente triste. ¡Y quién habría podido negar el hecho de que por su exterior apacible y tranquilo se captó en seguida las simpatías de Martincito!...

Este se sintió inclinado a Eduardo, desde aquel primer día de clase, y atraído asiduamente por Javier, que desde el primer instante resolvió convertir a Martincito en su amigo, consiguiéndolo en buena medida acaso porque «los extremos se tocan».

A los pocos días de escuela Martincito ocupaba un sitio de honor en el concepto de todos y gozaba de las gratas consecuencias a que su conducta lo hacía acreedor; pero ello no impidió que un día cometiera la grave falta de contestar groseramente a una amable admonición de su maestro, que en justo castigo decidió dejarlo privado del «recreo largo», como se designaba el que durante media hora interrumpía la dia-

ria tarea para dar un descanso reconfortante a los chicos de la escuela.

Así que entre éstos circuló la noticia de la penitencia impuesta a Martincito, decidieron intervenir colectivamente en su favor, y como una bandada de chingolos volaron a la sala del director para impetrar el condigno indulto, mientras los más apenados circulaban por delante de la puerta del aula en que penitenciado y solo estaba en su banco Martincito con un libro delante.

Por respeto a la disciplina el director empezó por someter la generosa demanda al maestro que había dictado la sentencia; pero éste tuvo también la generosidad de apresurarse a consentir en que el castigado diera por compurgado el delito y saliera a jugar con todos en el recreo largo.

Movido de un noble sentimiento de consideración hacia el más digno y estimado alumno de la escuela, el director quiso dar personalmente la grata satisfacción al penitenciado, y, seguido por los maestros y los alumnos, fué al aula en que Martincito estaba y le dijo:

—Por pedido de todos tus condiscípulos, por bondadosa voluntad de tu maestro, por justa resolución mía y por tus méritos y tu conducta ejemplar, se te levanta la penitencia impuesta, para que salgas a jugar con tus compañeritos.

—¡ Bravo!... ¡ Bravo!... ¡ Viva el señor director!... ¡ Y el señor maestro!... ¡ Viva!... ¡ Vivaaa!...—gritaron aturdidoramente los chicos en el aula y en el patio.

Pero la alegría se trocó en inenarrable estupor cuando, acallada aquella vocinglería, oyeron que Martincito, con la voz entera y tranquila como si estuviese recitando la lección, dijo:

—¡Gracias, señor director, y a usted también, señor maestro, gracias; pero no voy a salir al recreo!

—¿Por qué, Martín?—le preguntó con cierta energía el director.

—Porque yo he cometido una falta y tengo que cumplir el castigo.

—¡Pero si se te perdona!...

—No importa; yo no me perdono; muchas gracias, señor.

Y como fué inútil cuanto se hizo para disuadirlo, y como, aun cuando todos se retiraron del aula, Martincito no se movió de su sitio de penitenciado; los chicos no jugaron a nada, ocupados en comentar la enérgica actitud de Martincito, y fué aburrido, casi triste y abrumadoramente largo en aquella ocasión el «recreo largo» de aquella escuela.

*

* *

El mismo día que Martincito, Eva ingresó en la escuela elegida para ella y en la que tuvo de entrada el consuelo de encontrarse con sus tres primas, Marcela, Jacinta y Ernestina, y con

dos amigas muy estimadas, Silvia y una chica, Leticia Estévez, cuya familia, con la de Eva, tenía estrecha relación, de padres a hijos, como se observaba en la época.

Leticia era nacida en Montevideo; pero su padre se había radicado en Buenos Aires, y, naturalmente, en esta ciudad educaba a sus hijos, que sólo la temporada veraniega la pasaban en la hermosa capital uruguaya.

Físicamente, Leticia se parecía a Ernestina en sus facciones y en su temperamento; pero se diferenciaba en el tipo de sus cabellos y de sus ojos, tan negros como los de Silvia, y en el conjunto de todas esas chicas se destacaba Leticia por su precocidad más desarrollada que en las otras juntas, y por lo ardiente de sus tendencias, en verdad excesivas para una chica de doce a trece años.

En el tiempo transcurrido desde el veraneo que hicieron ellas, menos Leticia, en la estancia del doctor Cortés, y el momento en que volvieron a encontrarse reunidas en la escuela, se habían acentuado marcados progresos en lo físico y moral de cada una.

Eva y Marcela eran más tranquilas y reposadas; Ernestina más «señorita»; Jacinta más delgada y más inquieta; Silvia más gruesa, más alta y mucho más linda: Silvia llamaba la atención por la calle.

Jacinta se sentía molesta en presencia de Silvia, que cada día era más «confianzuda» con Martincito, y se sentía incómoda también frente a Ernestina, que había asumido un chocan-

te aspecto de «señorita» ; pero más que ante ellas se sublevaba con Leticia, que tenía «¡ unos modos !»... y «¡ unas maneras !»... «¡ qué chica tan metida y... tan antipática !»...

Era la menos estudiosa y hasta en esto aventajaba a Jacinta, que después de Leticia era la más desaplicada ; pero, por razones de temperamento, Leticia intimó con Ernestina, formando un dúo que enloquecía de envidia y de rabia a Jacinta, especialmente cuando se ponían a hablar de modas, de tertulias, de trajes y sobre todo de Martincito...

Eva y Marcela tenían el asombroso tino de estar bien y hasta de acuerdo siempre «con las chicas», como se designaban entre sí al hablar de ellas mismas, y formaban la pareja saliente por la mesura, el juicio y la bondad de que hacían gala en todo momento.

Silvia era también muy buena, pero su bondad era deprimente y chocante para «las chicas», porque era una bondad de superioridad sobre ellas, y Jacinta se encargó de hacerlo notar insistiendo en que Silvia era puro orgullo y que las miraba a ellas «como si fuese una reina»...

Sin duda, en el grupo Silvia era la más satisfecha de sí misma, no sólo por su belleza y sus trajes, sino porque a la salida de la escuela era la más celebrada por los grupos de jovencitos que concurrían todas las tardes a verlas salir de clase y que se embelesaban especialmente ante ella, contribuyendo en el éxito la robusta am-

plitud de sus formas, que ellos conceptuaban del más fuerte y supremo atractivo.

Después de Silvia, los juveniles sufragios se repartían proporcional y gradualmente entre Leticia, Ernestina, Eva, Marcela y uno que otro: «adiós, ricura», caído sobre la nerviosa silueta de Jacinta, que al instante, en breves saltitos se acercaba a Silvia, especialmente, y le decía:

—¿Oíste, chè, lo que me dijo ese «mozo»?...

—¿Qué te dijo?...

—¡Ah!... ¿no oíste?... ¡Si vieras, che!...

Y al volverse, invariablemente, para mirar al amable galán, Jacinta se encontraba con la nutrida escolta de las sirvientas que iban a buscarlas y que casi sin excepción hacían escala en casa de Eva porque quedaba de paso... porque las chicas la preferían para tomar el te... y porque la buena y santa Felisa se complacía en comprobar la ternura y la impecable consecuencia con que el grupo de primas y amigas distinguían a Eva entre todas las que lo formaban, y se empeñaba tenazmente en que fueran todas las tardes a tomar el te con ella y con Martincito, y «las chicas» la complacían...

La asiduidad de éstas arrancaba a Felisa frecuentes expresiones de viva complacencia que transmitía a su noble esposo diciéndole:

—¡Qué encanto de chicas!... ¡Si tú vieras cómo la quieren a Eva!... ¡Si se la disputan!... Y por venir a tomar el te «con ella» son capaces de renunciar a una fiesta.

El te en lo de Cortés era preparado personal-

mente por la señora, que lo disponía en la mesa del comedor cubierta de golosinas delicadas y en la que tomaban asiento Martincito en la cabecera y las chicas a sus lados, sin que ninguna tuviese derechos adquiridos a lugar determinado.

Cuando algunas de ellas disentían chacotonamente por estar más o menos cerca de la cabecera, intervenía Felisa para apaciguarlas, diciéndoles :

—¡ Juicio, niñas !... ¡ Si todos los asientos son iguales !... Y todas no pueden estar al lado de Eva.

La maternal intervención era aprovechada por Jacinta para ubicarse en el primer sitio a la derecha de la cabecera, dejando el de la izquierda a la pericia de Ernestina y Leticia que más de una vez, en el apuro de las circunstancias, lo ocuparon para quedar las dos sentadas a medias en la misma silla.

La que resultaba triunfante miraba a Jacinta como atribuyendo el triunfo a la intervención, más o menos espiritual, de Martincito ; pero Jacinta hacía un mohín de burla y revolvía su exquisito te con algún bizcocho o con sólo la cucharita como para expresar indiferencia por todo lo ocurrido.

En esos casos, es decir, durante las reuniones del te, sólo Eva y Marcela caían en la inconveniencia de tratar temas escolares delante de Martincito, pues las otras chicas se consideraban disminuídas en importancia planteando cuestiones de cualquiera de las diez y ocho asig-

naturas que estudiaban en el plan oficial de la escuela a que concurrían.

En los estudios Eva y Marcela descollaban sacando diez y ocho notas de «diez puntos» ; las seguía Ernestina con algunos «nueves» y «ochos» ; a ésta Silvia, a ésta Leticia y a ésta Jacinta con notas máximas de «cuatro» en sus mejores días. Las de Martincito eran iguales a las de Eva y Marcela ; pero a todas las aventajaba en las notas de conducta que eran siempre óptimas, sin perjuicio de lo cual en los resultados de los exámenes finales fué derrotado por sus «primas» y amigas que en la distribución de premios efectuada en esplendoroso acto social obtuvieron cada una «diez y ocho medallas de primer premio por aplicación» ; cada una «dos medallas de primer premio y tres medallas de honor» por «cultura», «educación», «inteligencia», «buenas maneras» y «asistencia a clase» y una «medalla de distinción» a cada una en premio a la «buena memoria», amén de varios diplomas por diversos títulos.

A la hora del te en lo de Cortés, el día de la distribución de premios, se sirvió en justificada substitución un suculento chocolate, necesario como nunca para reponer las fuerzas de las chicas que apenas pudieron llegar hasta la mesa aplastadas bajo el peso de las veinticuatro medallas y los rollos de diplomas que en buena lid se ganaron en la escuela que las educaba para la vida, para el hogar, para la ciencia y un poco también pra la humanidad.

Felizmente una sensata disposición de esa es-

cuela daba a sus propios premios un carácter precario de prestación a veinticuatro horas, pues «las chicas» fueron notificadas de que al día siguiente de aquel tocante acto deberían volver las medallas a la escuela para ser conservadas en su archivo.

Sensata y juiciosa esa disposición respondía al propósito de que las niñas no se envanecieran viendo constantemente ante sus ojos los premios merecidos, y sólo por eso, y nada más que por eso, la escuela los readquiría después de pavimentar brillantemente el pecho de sus alumnas en tocante acto público.

La fiesta íntima en lo de Cortés asumió caracteres de acto social, pues fueron invitadas las familias de «las chicas» y Martincito llevó a Eduardo y a Javier a tomar «el te» en su casa con la natural aquiescencia de Felisa y su esposo.

La presencia de los dos amigos de Martincito produjo una perturbadora emoción en «las chicas» al ser presentadas a ellos ; pero Jacinta pasó un mal rato ante ellos y sobre todo ante Silvia, porque al verla Martincito le dijo riéndose :

—¡ Tú también con medallas !...

—¿ Y qué te crees?... ¿ Que Silvia no más puede sacar premios ?

—¿ Y a mí qué me importa de Silvia?...

—Bueno ; Ernestina, entoncés... o Leticia... —le dijo Jacinta.

—Lo mismo me da—respondió Martincito.

Y dirigiéndose a Eduardo agregó :

—¡En la escuela de «éstas» les dan premios por todo!

—No lo crea, Miró; no lo crea; nos dan a las mejores.

—En la de nosotros no dan a nadie—contestó Miró apaciblemente—. ¡Cuando no le dan a Martín!...

—¿Es el mejor de la clase?...

—De toda la escuela.

—¡Mirá Martincito!...—le dijo Jacinta en tono zumbón.

—¿Has visto?—se limitó a replicarle, y el diálogo se cortó porque se les llamó a tomar chocolate.

Al sentarse a la mesa Jacinta tuvo la indecible satisfacción de quedar entre Eduardo y Javier, que atolondrado ante tanta gente y en una primera visita, se condujo con tal corrección que nadie lo habría reconocido. Jacinta, que estaba en antecedentes de la habitual conducta de Eduardo, le dijo al final de la mesa:

—¡Y me habían dicho, Rolón, que usted es tan travieso!...

Después de salir del comedor y de ir a jugar al fondo, Jacinta modificó su juicio sobre Javier, y hablando con Leticia le dijo:

—Qué chico tan simpático es Rolón, ¿eh?...

—Yo no me fijé, che; pero, en cambio, ¿qué me decís de Miró?... ¡Es peor que Martincito... ché!...

—¿De veras?...

—¡De veras!...

*
* *

Con excepción de Leticia que veraneó en Montevideo, y de Jacinta, cuyos padres no quisieron que fuese a la estancia con sus otras primas, las chicas pasaron en ésta una deliciosa temporada de vacaciones que sólo para Martín lo fueron en parte, pues a las tareas, cada vez más conscientes de su mayordomía, agregó su afán de avanzar en sus estudios a los que dedicaba una buena parte de cada día.

Las chicas habían intimado tanto en la vida escolar que no se avenían a estar separadas, y con tiempo gestionaron los permisos necesarios para que Marcela, Ernestina y Silvia pudiesen ir con la familia del doctor Cortés a reponer fuerzas en la estancia del 25 de Mayo.

Todos los tenaces trabajos hechos para obtener el mismo permiso en favor de Jacinta fueron estériles, pues su mamá se opuso tenazmente a la idea de separarse de ella ni aún para que fuese a estar al lado y bajo la vigilancia de su tía Felisa.

—Déjela, tía—le decía Eva coreada por las

otras chicas—, déjela que vaya con nosotras; todas la vamos a cuidar mucho.

—No, hijita—respondía inalterable la madre de Jacinta—, ella irá cuando yo pueda ir, y en este año no podemos salir de Buenos Aires; otra vez será.

—¡Déjela tía!... ¡no sea así!...

—Ya han pasado todo el año juntas.

—¡Por lo mismo!... ¡tía!... ¡déjela!...

—Y este año lo volverán a pasar juntas, desde que se abra la escuela.

—¡Pero, cómo es tía!... ¡Parece mentira!... ¡Déjela!... ¡no sea así!...

Todo fué inútil, y era curioso el hecho de que durante aquellas gestiones varias veces emprendidas, Jacinta asistió a ellas sin desplegar los labios, sin aportar ni un argumento, sin hacer ni un gesto que no fuese de conformidad semivelada, empero, por un ligero tinte de tristeza...

Su madre no habría podido concretar en una razón respetable o fundada la resistencia que oponía a consentir en el viaje a su hija; pero con esa fina intuición de algunas raras madres había sospechado que podría ser inconveniente para la salud moral de Jacinta una estada en demasiada libertad en la estancia de su hermana.

Jacinta revelaba una precocidad alarmante y un temperamento demasiado ardiente, que si no se traducían en formas precisas y claras se podían comparar a los acordes desordenados e incoloros de una orquesta en la tarea inicial que precede a una gran sinfonía. Era como una reproducción a la inversa en cierto sentido, del

fenómeno psíquico que Eduardito Miró presentaba; era algo así como el alma de una mujer, puesta en el cuerpo de una niñita, con todos los instintos de la una y todos los peligros de la inexperiencia en la otra.

El alejamiento de las chicas trasladadas a la estancia fué para Jacinta un motivo de perpetua tortura no sólo por lo que significaba verse privada de los goces infantiles que aquéllas disfrutarían hasta el hartazgo, sino porque aquéllas pasearían en el «breack», correrían por entre los frutales, jugarían a las escondidas y a la mancha y a todo, en envidiable unión de Martincito...

En las horas de la noche Jacinta se desvelaba imaginando lo que «las chicas» habrían hecho durante el día; se las imaginaba después de comer, jugando a las escondidas entre las plantas del jardín; la veía—¡ah!... ¡la veía!—a «la antipática Silvia» perderse de la mano de Martincito al ir a esconderse en la glorieta del fondo, gritando: «¡Ya!... ¡Ya!...» y veía a las otras chicas recorriendo durante largo rato el jardín sin poder encontrarla...

Y no se podía dormir.

Con las primeras luces del día se despertaba creyéndose en la estancia afanosa por levantarse primero que las chicas para conversar con Martincito antes que ellas y «decirle cosas» en los corredores, a la sombra de los árboles, en todas partes; pero la volvía a la realidad la vibrante corneta del cochero de un tranvía que pasaba al trote de sus caballos, por delante de su casa, o

cualquier eco análogo de la ciudad, y entonces se reanudaba el desfile de sus visiones y veía salir por una puerta, en puntas de pie, a Ernestina mirando a todo rumbo ; por otra a Silvia en la misma actitud ; por la de más allá a «la hipócrita» de Marcela...

Y no se podía dormir.

La mayor parte de los días empleaba largas horas en forjar cartas dirigidas a Eva con la ingenua ilusión de que las leyese Martincito ; pero casi invariablemente renunciaba a enviarlas temiendo que no le «salieran bien» o que se le escaparan algunas faltas de ortografía...

Así y todo un día se decidió a escribir y a mandar una carta, más que nada movida de un legítimo resentimiento : ninguna de «las chicas» se había dignado tomarse la molestia de enviarle unas líneas diciéndole que la extrañaban o que la recordaban, siquiera, y lo que más la decidió a poner en limpio el borrador que había hecho y a remitirlo, fué el último párrafo en el que la explicable ausencia de signos de puntuación daba margen a ser interpretado de dos maneras distintas.

Cuando Jacinta lo leyó olvidada del recto sentido con que lo había escrito, sintió que su corazoncito daba un brinco de alegría, pues el feliz párrafo decía : «Bueno ya basta de carta. Muchos recuerdos para tu mamá y tu papá lo mismo que a Martincito con un beso un abrazo y muchos cariños para las chicas y para vos con el cariño de siempre se despide tu prima que mucho te quiere y no te olvida nunca, Jacinta.»

La falta de «punto» en la palabra «Martincito» resultaba encantadora, pues podía entenderse que era para él todo lo que después de su nombre, iba destinado a las chicas, y Jacinta leía y releía el párrafo encantada a la idea de que Martincito lo leyera también equivocadamente y tuviese la feliz inspiración de poner el «punto» en la palabra «cariños».

Desde que la carta salió para su destino, Jacinta experimentó la sensación de que ella misma se aproximaba a la estancia; que Martincito iba a hablar con ella; que lo iba a ver, como ella lo veía en sus crueles devaneos infantiles, y se alegraba y sufría al mismo tiempo.

Abrumada por la tremenda desgracia de anticiparse a vivir la adolescencia, torturada por la situación en que se veía puesta lejos de los motivos que exaltaban su imaginación, su sensibilidad y su tendencia afectiva, Jacinta experimentaba, sin notarlo, un paulatino descenso de todas sus energías y un gradual y casi imperceptible desfallecimiento de su relativo vigor moral y físico.

Largos e inacabables pasaron los días antes de llegar la ansiada contestación a su carta, hasta que por fin una mañana, a la hora de almorzar, golpeó tres veces el llamador de la puerta el cartero, y desde el zaguán, por entre la puerta de hierro, que lo limitaba sobre el patio, gritó con voz de trueno:

—¡Señorita Jacinta Carranza!

Y con el brazo metido por entre los barrotes de la puerta levantaba en alto el sobre, tras del

que como una exhalación se lanzó Jacinta, lo arrebató y sin moverse del sitio lo rompió violentamente y anhelante y nerviosa sacó la carta.

Su mamá, que la observaba por entre las plantas que llenaban el patio, la vió palidecer intensamente, al correr la vista por el pliego abierto, y temiendo que la carta fuese portadora de alguna triste noticia, se aproximó rápidamente y sin poder reprimir la emoción de su alarma, le dijo:

—¿Qué es eso?... ¿Qué sucede, hijita?

Jacinta, que había esperado una larga carta de Eva con circunstanciadas noticias de todos y aun con algunas afectuosas líneas de cada una y... de Martincito también, respondió en el tono de quien recibe una tremenda decepción:

—Es de... tía Felisa...

—¿Y qué te dice?

—Nada... que me contesta ella... en nombre de las chicas... porque... las chicas han salido a pasear con el «breack»... Tomá la carta... mamá... tomala...

Y por mucho que abrió sus ojitos, más hundidos que nunca, no pudo evitar que los empañara el velo de su primera lágrima de amor.

*
* *

—No embrome, amigo... «Ande» va a compararlas... ¡si ni «pa» empezar!

—¿Ni «pa» empezar, dice?

—¡ «Ta» claro!... ¿Ande va a hallar «nadies» una chica más viva?... ¡Si es una luz!... ¡Lo que irá a ser cuando sea más grandecita!... ¡Dios nos libre!...

—Así será entonces... ¡cuando «usté» lo dice... pero mire : yo he visto muchas chicas, ¿me comprende?... pero como la niña Silvia... ni qué hablar... ¡hombre!... ¡ni qué hablar!...

—A mi ver la niña Ernestina le da cara vuelta y la gana al freno... ¡qué chica!... ¡Bien haiga!... Parece un «dotor», cada que se pone a conversar... ¡y las agachadas que sabe tener!... Los otros días, no más, fué y le dijo a la niña Eva que no jugaran tanto a las escondidas porque un derrepente se iban a esconder... ¡que nadies los iba a hallar!... ¡Fíjese!...

—¡Si yo le contase todos los dichos que le he oído decir a la niña Silvia!... Y como linda, ¡ninguna!... ¡Porque miren que se ha puesto linda!... ¿No?...

—En ese punto no digo lo contrario... porque lo que es como linda, ¡es linda!... Pero como agraciada... ¡ni la cola le hace a la niña Ernestina!

Dialogaban así dos peones de la estancia, comentando a la hora de almorzar las condiciones y atractivos notados en las «chicas», y lo hacían en rueda en la cocina, poniendo cada uno sus mejores argumentos en favor de la chica respectiva.

Aquellos dos hombres parecían padre e hijo, apreciados por el aspecto físico ; pero oyéndoles hablar nadie sospecharía diferencia alguna en-

tre ambos, como que lo igual de vida, la analogía de tareas, la identidad de condición social los nivelaba—como ocurre con los reyes, que cual sea la propia edad, el monto de los súbditos, la extensión de sus dominios, se tratan de igual a igual y los mismos honores reciben, sólo porque son reyes...

Aquellos dos paisanos y los que con ellos estaban se trataban entre sí de iguales a iguales también—como verdaderos reyes—y se trataban del mismo modo con todos los hombres del país, por la sencilla razón de que cada uno se sentía cuando menos igual al que tenía o se le ponía delante : igual en el coraje, igual en las calidades, igual en la libertad, que es la única verdadera igualadora de los hombres.

El partidario de Silvia era un hombre de cincuenta años posiblemente, de apelativo Cardoso ; el defensor de Ernestina era un bravo mocetón de treinta años más o menos, casado con Napoleona Tapioca—la cocinera de la estancia —y que tenía cuatro hijitos. Se llamaba Ramón Montenegro, y tenía fama de ser uno de los hombres más guapos, el más sereno, y el mejor «cuerpeador» de la comarca.

La discusión entre ellos sobre aquel tema fué interrumpida por la repentina presencia de Martincito, que se acercó a la cocina «por ver qué estaban haciendo».

—¿ Sabe, niño Martín—le dijo Cardoso—, que estamos hablando de esas niñas que han vuelto este año con la niña Eva, para pasear con ella ?

—¿Eso hablaban?...

—Eso, niño, porque yo le decía al amigo Montenegro que, en mi sentir, «dificulto» que haiga otra niña que me la aventaje a la niña Silvia.

—¿Que la aventaje en qué?...

—Por «ande» la busquen : porque si es como chica diabla, no se diga, y si es como linda... por lo consiguiente.

—Está bueno.

—¿Y usted qué dice, niño Martín?—le preguntó Montenegro, escarbándose los formidables dientes con la punta del cuchillo.

—¿Yo?... nada... ¿qué quieren que diga?...

—«¡Vealon» cómo había sido niño!... Gambetero como charabón...—exclamó Cardoso riéndose.

Pero en ese instante intervino Napoleona para decir :

—No les haga caso, niño ; estos hombres, cuando no saben qué hablar, hablan hasta de lo que no saben.

Y se frotó las grasientas manos con el delantal que tenía puesto.

—Usted dirá, que no sabemos, amiga ; pero sabemos ; y... mire : no hay hombre que no sepa lo que le interesa.

—¿Y de ahí?... ¿qué les interesa a ustedes de esas niñas?... ¡Vamos a ver!

—¿Y de no? No es un decir de que me interese a mí ; pero le interesa, digamos, a los patrones y viene a ser por lo consiguiente.

—No le entiendo, Cardoso, y se me hace que no ha nacido el que le va a entender.

—Será porque no quiere... ¿No le parece, niño Martín?... porque cuando una mujer no quiere... entender... no entiende, que de no... ¡ven bajo el agua!... ¡Dios nos libre!...

—Explíqueme, entonces, viejo pícaro, si quiere que le entienda—insistió Napoleona.

—¡Vea, amiga, si es muy fácil!... Vaya que el niño Martín—no digo que hoy día—cuando se haga más mozo—vaya y se enrede con una de esas niñas que saben venir ahora y le entre por casarse.

—¿Y de ahí?...

—¡Aguárdese!... No galope, que hay «aujeros»... Como le iba diciendo: el patrón «quedrá» que el niño Martín haga una «eleición» de mi flor.

—Muy natural...

—¡Lo que decía!... Entonces a mí se me hace elegir mujer—yo digo no más, porque nunca me dió la loca por elegir «pa» mí—viene a ser como elegir caballo «pa» su silla y de ahí que a mí «dentré» por apartarle lo mejor...

—¡Pero no se ponga a decir esas cosas delante del niño Martín, viejo hablador!...

—Yo no le falto, amiga, y por el contrario, mejor que él oiga cara a cara, y no que se ande hablando por detrás... ¿No le parece, niño?

—Me es igual.

—¿Cómo ha de ser igual?... Los hombres deben hablar delante de los hombres, y usted, ni-

ño, es bastante hombrecito ya para comprender lo que estoy diciendo.

—Pero hasta ahora—volvió a decir Napoleona—, no sabemos dónde está el interés que usted decía.

—Está, mi amiga, en lo consiguiente: porque lo que interesa al patrón tiene que interesarnos a nosotros también por fuerza y por eso decía de que el niño tiene que mirar mucho antes de ensartarse, y de que si por mí fuese yo iría y le diría: por aquí, niño; atropelle que es buen campo, guiñándole «pal lao» de la niña Silvia... ¡Qué quieren!... ¡yo soy así!...

—Pues vea, viejo, yo estoy por la niña Ernestina, por todo lo que le decía más antes—insistió Montenegro.

—A mí se me hace—dijo Napoleona, sonriéndose—que el día que llegue ese día, el niño Martín... y la niña Eva... ¿Qué dice usted, niño?...

—¡Yo!—le preguntó Martincito—no les entiendo nada de lo que están hablando... ni me importa nada tampoco... y ahora me voy a dormir la siesta: hasta luego.

Y jugando con una ramita de cardo, que alzó del suelo, se fué hacia la casa, persiguiendo a una mariposa que volaba delante de él.

Así que se alejó dijo Cardoso:

—Se me hace que no le gustaba al niño lo que le decíamos; pero, miren: no es malo que un niño así, sepa lo que se habla porque algún día puede que le sirva de algo... porque, miren: uno no sabe cuándo empezó la experiencia que tiene cuando es viejo... ¿me comprenden?... y,

por lo que yo veo, al niño Martín lo codician ya por demás esas chicas... y no sea el diablo que... cualquier día... porque hoy los chicos nacen con los ojos abiertos...

—Y usted, viejo pícaro—le dijo Napoleona fregando una sartén—. ¿Cómo los tenía cuando nació?...

—Como los voy a tener dentro un ratito... porque yo también voy a sestear un poco; si quiere vaya a verme...

—¡ Su agüela!...

*
* *

Al iniciarse el curso de 1882 Martincito se encontró con la sorpresa de que estaba promovido en un grado más de su escuela en mérito a su aprovechamiento, a su aplicación y a su conducta; pero en medio a la natural complacencia de tal éxito sintió la pena de verse separado de los compañeros con quienes había estudiado durante el año anterior.

No era Martincito, por su carácter, muy dado a intimar con los chicos con quienes alternaba, especialmente en la escuela, pues se había formado instintivamente el concepto, no

muy desacertado por cierto, de que esas amistades suelen ser fugaces entre chicos que la casualidad unía en los primeros grados de una escuela inicial y que luego se diseminarían a todos los rumbos de la vida y de la suerte.

Con todo, se había vinculado bastante a Eduardito Miró y a Jàvier Rolón, que eran entre sí profundamente antitéticos, pero éste por su vivácidad y aquél por la dulce apatía de su espíritu, lo cautivaron en cierta medida, y lamentaba no continuar sentado con ellos en la misma aula.

Cuando al caer la tarde de aquel primer día de clase llegó a su casa apurado por dar la grata noticia de su progreso como estudiante, tuvo la indecible satisfacción de que se le disipara otra pequeña nube de su espíritu, pues al pesar de no seguir con sus condiscípulos del año anterior se le agregaba el de aparecer aventajando demasiado a su «hermanita», por quien cada día tenía mayor y más acendrado cariño.

En su casa, pues, y antes de que él dijera ni una palabra, se le adelantó Eva a recibirlo, y en el tono de quien da forzosamente una noticia ingrata, le dijo :

—¿Sabes, «hermano», lo que me ha sucedido hoy en la escuela?

—¿Qué, hermanita? — le preguntó sobresaltado.

—Fíjate, qué fastidio : la directora me pasó al grado superior...

—¡ Ah ! ¡ Qué suerte !... ¡ qué suerte !... ¡ Ahora sí que me alegro !...—exclamó en forma inu-

sitada Martincito, abrazando efusivamente a Eva.

—¿Por qué, che?... ¿por qué?..

—Porque a mí también me pasó el director al grado superior...

—¡Ah!... ¡Qué suerte!... ¡Qué suerte!... Ahora sí que me alegro—dijo Eva, empleando hasta las mismas palabras, insubstituíbles para expresar la misma emoción.

—Y a Marcela, también.

—¿A Marcela, también?... Me alegro.

—Pero a las otras chicas no... y a mí me parece que les ha dado un poco de rabia, che; ahí están adentro con mamá, menos Jacinta, que se fué a su casa porque no estaba bien.

—¿Estaba enferma?

—No sé... creo que no; pero... ¡si vieras cómo está de flaca!... ¡Lo que se ha adelgazado esta chica en estos meses!...

Y juntos llegaron a la puerta del comedor, donde recibió Martincito una salva de felicitaciones por la noticia que Eva les dió a boca llena.

—Ya me habría sorprendido lo contrario, hijito—le dijo Felisa, besándolo larga y estrechamente en la frente, y pasándole el brazo por sobre el cuello, agregó— : ven, vamos a decirle a tu «papá»—y juntos se dirigieron al escritorio del doctor Cortés, donde éste había estado leyendo en *El Nacional* de ese día un artículo de su redactor principal.

Era éste—y esto expresa un rasgo de aquellas épocas—, un hombre más bien de baja estatura; de facciones poco atractivas; de mane-

ras no muy amables; que había viajado por todo el mundo; que había sido hasta maestro de escuela y que se llamaba: Sarmiento.

Cuando Felisa, abrazando a Martincito, entró en el escritorio de su marido, se encontró con que Eva se les había anticipado y le había dado la grata noticia. Al verla su mamá le dijo:

—¡Pero hijita!... ¡has dejado solas en el comedor a las chicas!

—¿Yo?... No, mamá; tú las has dejado... porque yo salí antes que ustedes.

Y salió de nuevo golpeándole al pasar la mejilla a Martincito y diciéndole:

—¡En el mismo grado!... ¡Qué lindo, eh?...

El doctor Cortés abrazó encantado a su «hijo» y le ofreció en premio, el que más complacencia podía producirle: un reloj con cadena.

Al dirigirse con Felisa al comedor le dijo Martincito, sin poder contener su entusiasmo:

—Mamá... y me ha dicho que... con cadena...

—Sí, mi hijito querido: con cadena.

—¿Cuándo me lo comprará?...

—¡Mañana mismo, sin falta!

—¿El qué?... ¿El qué, mamá?—le preguntó Eva, que oyó sus últimas palabras, dichas al llegar al comedor.

—¡Nada!... ¡Es un secreto!—respondió la excelente señora.

Pero al mismo tiempo que ella exclamó Martincito sin poder reprimir su alegría:

—¡Un reloj!... che, que papá va a comprarme.

La noticia produjo una gran sensación entre

las chicas y especialmente en Leticia, que había regresado de Montevideo y que desde el año anterior se veía en aquel momento por primera vez con Martincito, pues en el breve instante en que él estuvo en el comedor al entrar ella había estado en el cuarto de Eva, sacándose el sombrero... arreglándose un poco el peinado... y, aprovechándose de las circunstancias, poniéndose un poquito del polvo de la polvera de Felisa...

—Che—le dijo Leticia a Martincito—, con reloj vas a necesitar pantalones largos...

—No ; hasta el año que viene no voy a ponerme pantalones largos...

—¿Por qué?... ¡pavo!... ¡si te quedarán lo más bien!

—Aunque me queden.

—Martincito tiene mucha razón—intercedió Silvia, que siempre coincidía con sus opiniones—porque... ¡si no le gustan!...

—A mí me parece—volvió a decir Leticia—, que con pantalón largo quedará «¡lo más rico!»

—«¡Lo más rico!»... qué modo de decir—dijo Marcela, que casi nunca intervenía en las conversaciones de ese carácter, y Leticia poniéndose roja al extremo que quedaron demasiado visibles los polvos de sus mejillas, repuso :

—En Montevideo se dice así.

—Me parece muy raro...

—Aunque te parezca, che, Marcela : así se dice.

—No me parece... y qué colorada te has puesto...

—Bueno ; basta de discusión—exclamó Felisa en el preciso instante en que Leticia fulminaba con los rayos de sus ojos a Marcela, que continuó revolviendo tranquilamente el te de su taza, mientras Silvia se reía de las dos y mientras Martincito hacía una observación realmente extraordinaria al notar que Leticia se había puesto muy linda, y así se lo transmitió en voz muy baja a Eva, diciéndole :

—Che : qué bonita está Leticia... ¿eh?...

—Muy bonita, ¿has visto?—le contestó, pero en seguida sintió algo raro... algo como un remordimiento por haber emitido ese juicio confirmatorio del de Martincito, y durante toda la mesa estuvo sintiéndose agitada por el deseo de que llegase el momento de encontrarse sola con él para preguntarle «por qué le había dicho eso»...

En todos los chicos se notaban los progresos del desarrollo físico, conquistado durante el año transcurrido, y especialmente durante las vacaciones, tan propicias en la edad en que ellos se encontraban ; pero el cambio en Leticia se hacía más notable no sólo porque lo era en efecto, sino porque la ausencia de casi cuatro meses le daba natural realce.

Había crecido bastante ; su busto empezaba a diseñar futuras formas mórbidas ; su cabellera había aumentado y sus ojos adquirido una intensa expresión picaresca que la hacían, en su conjunto, fuertemente simpática.

Como ella, Ernestina también se había desarrollado lo bastante para dejar entrever con bue-

na base el tipo físico de mujer que sería en pocos años más, y lo propio había ocurrido, naturalmente, con Silvia, que al crecer había perdido en algo lo excesivo de sus líneas, ganando en esbeltez y en belleza.

En las tres el cambio favorable no era distinto al presentado por Eva y Marcela; pero las condiciones morales de éstas no les permitían, como a las otras, dar a todo ello el relieve de la gracia y de la gallardía casi agresiva que sobreabundaba en aquéllas.

Por otra parte, Martincito las había visto diariamente, con excepción de Leticia, de manera, pues, que puesto nuevamente frente a ella, pudo apreciar sin esfuerzos el cambio producido y aun sentir la emoción que inocentemente transmitió a su «hermana».

Para ésta, Ernestina en primer término, luego Silvia y finalmente Leticia empezaban a constituir motivos de incipientes desazones, pues había creído notar que la primera especialmente era demasiado efusiva y demasiado insinuante con Martincito...

En las manifestaciones del temperamento, seguían una gradación ascendente Silvia, luego Ernestina y sobre todas Leticia, en quien dijérase que, naturalmente, en la relatividad de todas las cosas, tenía por dentro un volcán... en acción.

Contrastaban singularmente con ellas Eva y Marcela, cuyos caracteres tranquilos y apacibles contribuían a dar realce a las fogosidades inocentes, pero expresivas de aquéllas, y eran

estas manifestaciones las que ponían a Eva en actitud de interponerse entre todas y Martincito que no sospechaba siquiera ser motivo de todo eso.

La ausencia de Jacinta la había substraído al campo de observación de Eva; que de lo contrario habría sido su principal factor de contrariedad, porque participaba del temperamento de Leticia y sentía por Martincito un sentimiento afectivo mayor que la suma de los de todas juntas.

Cuando después del te y de jugar por los patios y en el fondo, quedaron solos Eva y Martincito, ella lo llamó a su cuarto, para mostrarle unos «deberes» que le habían dado en la escuela, según le dijo a gritos; pero en cuanto lo tuvo al lado le preguntó:

—¿Por qué me dijiste eso de Leticia?...

—¿Qué cosa?...

—De lo bonita que se ha puesto...

—¿Y no es cierto?

—¿Y a ti que te importa?

—A mí no me importa nada.

—¿Y entonces para qué me dijiste?

—Te dije no más... por nada.

—¿...?

—¿Qué me miras?...

—Nada... Bueno; mirá los deberes que me han dado.

*
* *

La debilidad que sufría Jacinta y un repentino crecimiento que se complicó con aquélla, puso su salud en malas condiciones para la regular o asidua concurrencia a las clases de su escuela, privándola al mismo tiempo de las gratas reuniones a la hora del te en la casa de Eva.

Tenía, en cambio, una compensación relativa, porque como faltaba a la escuela hasta varios días seguidos durante los cuales no se veía con «las chicas» y, sobre todo, con Eva, solía permitírsele que fuese a pasar con ésta los domingos, en los que se encontraba sola con ella y Martincito o iban juntas al circo de pruebas.

Las otras chicas no iban, naturalmente, a pasar los domingos con Eva, sino por excepción; pero, en cambio, Jacinta se ingeniaba para acentuar su mal en los últimos días de la semana, a fin de hacer méritos para poder ir el domingo correspondiente a pasarlo con su prima preferida.

Otro motivo justificaba esas visitas, pues habiendo sido promovida Jacinta al grado superior, sin suficiente base para cursarlo, buscaba en Eva el concurso de su mejor preparación pa-

ra resolver las dificultades que sus nuevos estudios le presentaban. No era tampoco la de Eva una base tan amplia que le permitiera a Jacinta solucionar con su solo concurso todas las perplejidades que sus tareas estudiantiles le producían, especialmente en las cuestiones aritméticas; pero, como en éstas suplía la mejor aptitud y preparación matemática de Martincito, Jacinta tenía en estos casos la dulce alegría de que se convirtiera en su maestro.

En tales circunstancias, Eva se molestaba en buena medida, porque había llegado a sospechar que a Jacinta la movía algo más recóndito que el afán de instruirse en teoremas aritméticos, y cuando Martincito los explicaba a su «discípula», ella se mantenía a su lado, aunque se la llamara en otra dirección.

Los sentimientos que empezaban a sobresaltar el alma inocente y pura de Eva no eran producto ni de su temperamento ni de su sola inspiración, sino el resultado lógico de las asechanzas y de las insinuaciones de que Martincito era objeto por parte de Ernestina, de Silvia y, sobre todo, de Leticia.

Eva había comprendido que «las chicas» pretendían disputarse o robarle acaso la predilección y aun el cariño de Martincito, y se dispuso a la defensa, empleando los recursos que su creciente ternura hacia él le sugería, empezando por conservarse al lado de él siempre que cualquiera de las chicas estuviese presente.

Martincito, en cambio, vivía completamente ajeno al drama infantil que provocaba y te-

niendo como tenía su exclusiva predilección por Eva, ni siquiera podía ocurrírsele pensar que las chicas no lo supieran y no lo respetaran; de modo que las amabilidades de éstas las tomaba como meras expresiones del afecto que él a su vez sentía por ellas, entre las que pasaba tan sereno e indiferente como un astro por los campos de los telescopios que lo observan...

La enérgica rectitud de su carácter y el claro concepto de su situación en la vida y la apacible imperturbable inocencia de su espíritu, consagrado a sus estudios, al culto de sus protectores y a sus instintos honorables lo substraían a todo pensamiento que no encuadrara estrictamente en aquellas condiciones, y todo ello reunido lo mantenía en la excelsa pureza de su alma virginal y profundamente infantil. Era, en verdad, Martincito un niño con el carácter de un hombre y la rectitud de un viejo...

En cambio, en el alma dos veces enferma de Jacinta, su precocidad realmente morbosa iba destruyendo hora por hora el encanto de la inocencia en que se nutre la felicidad de los niños, y día por día aumentaba el sentimiento de perturbadora pasión que sentía por Martincito y que se exaltaba ante la actitud de las otras chicas, ante la condición de Eva, puesta al lado de él y ante la inconmovible indiferencia con que él la hablaba, y, sobre todo, con que él la escuchaba y más que todo con que él la miraba...

Ella no podía atribuir la conducta de Martincito a la influencia exclusiva de sentimientos

inocentes—en ella desvanecidos—, sino a que él debía tener decidida su predilección por alguna otra de las «otras chicas»... ¿Eva?... ¡quizás!... ¿Ernestina?... ¿Silvia?... ¡tan antipática!... ¿Leticia?... ¡la metida!...

¡Ah! ¡Si ella pudiese saber cuál de «las chicas» la desalojaba del afecto de Martincito sería capaz... de matarla!

Sumergida en esos y otros pensamientos análogos, escuchaba un día las explicaciones de Martincito sobre una cuestión de «quebrados» que ella no había entendido en clase ni entendía en aquel momento, cuando Eva fué llamada por Felisa para que atendiese una visita, de cierto fuste, mientras ella se bañaba.

Eva no podía resistir a la orden materna, pues le estaba vedado dar la única razón que habría invocado, y Felisa estaba bien lejos, por cierto, de sospechar que Jacinta fuese a la casa por otro motivo que el de estar con Eva.

Esta pidió tenazmente a Jacinta que la acompañara a sobrellevar la abrumadora función de hacer los honores de la casa; pero, naturalmente, sin éxito, y no sólo sin éxito sino con un motivo de intensa contrariedad, pues Martincito, ajeno a la situación que engendraba, le dijo en el tono de la más sensata decisión:

—No, «hermana»; déjala a Jacinta conmigo, para que le explique esto; después irá—y lo dijo sin levantar la cabeza de la pizarrita que tenía delante y en la que con un «lápiz manteca» trazaba cifras y signos con verdadera maestría.

Jacinta sintió en ese instante que el pequeño corset le quedaba más estrecho que nunca; se puso intensamente pálida, y no se atrevió a mirar a Eva porque le pareció sentir sobre sí la presión ardiente de una mirada fulminatriz.

Pálida también, intensamente pálida, redoblante el corazoncito como agitado por una horrenda amenaza; palpitantes los labios, como indecisos entre una blasfemia y un ruego, Eva permaneció de pie junto a la puerta y hubo en el cuarto un silencio solemne, que fué interrumpido por la voz de Felisa:

—Vamos, pues, Eva: ¡apúrate!

—Voy, mamá—repuso.

Y salió para la sala; pero antes de entrar en ésta se volvió de pronto y fué corriendo en puntas de pie hasta ponerse junto a la puerta del cuarto en que estaba Jacinta con Martincito y oyó que éste decía:

—¿Ves?... y se pone por denominador el mismo denominador de los sumandos.

Y se volvió corriendo a la sala.

Por mucho que lo hizo cautelosamente, Jacinta alcanzó a oír, afinado como tenía el oído, la suave carrerita de Eva, y comprendió en el acto lo que había sucedido.

Apoyada la cabeza en la mano izquierda, cuyo codo tenía sobre la mesa; caído en todo el largo el otro brazo; anhelosa la respiración contenida; preñados de indescriptible unción sus ojos hundidos y lúgubremente ojerosos, Jacinta contemplaba en silencio a Martincito que levantando la vista le preguntó:

—¿Has entendido?

—No—repuso ella, forzando una inspiración profunda, como un suspiro, y sonriendo dulcemente, sin cambiar de actitud.

—¿Por qué no has entendido?

—Porque no te atendí...

—¿Y por qué no me atendiste?

A esta pregunta, hecha en tono de reproche cariñoso, siguió una pausa que a Jacinta le pareció demasiado breve para tomarse el tiempo necesario en buscar una contestación presentable, hasta que, sosteniendo la mirada apacible de Martincito, repuso:

—...Por mirarte...

—¿Qué tengo... que te ha llamado la atención?...

—Nada...—y acentuó su sonrisa y la intención afectiva de su mirada.

—¡Pero, che!... ¿Estás loca?...

—¿Loca?... No sé... no sé, Martincito—contestó ella poniéndose blanca como un papel y cambiando instantáneamente de expresión—; pero... mirá: ¿si yo te preguntara una cosa me contestarías?...

—¿De aritmética?...

—No... no, Martín...

—¿Y de qué entonces?...

—¿Me dirías la verdad?

—Si sé lo que me preguntes, claro que sí; pero si me haces una pregunta difícil...

—No es difícil; es muy fácil—repuso Jacinta, mirando hacia la puerta y dejando ver la tre-

mienda, la inexplicable, la brutal emoción que agitaba su almita trastornada.

—¿Es de geografía, entonces?...

—¡No, Martín... es... de ti!

—¿De mí?...

—¡Sí!... ¡de ti!—le dijo, golpeándole la mano izquierda, que él tenía sobre la mesa, con la derecha que levantó nerviosa y repitió— : ¡de ti!... ¡de ti!...

—¿Y qué es?... ¿Qué es lo que quieres preguntarme?...

—No te vayas a enojar, ¿eh?...

—¿Por qué voy a enojarme?...

—Bueno, dime : ¿A cuál de las «chicas» quieres más?...

—¿De qué chicas?

—De todas nosotras.

—¿Yo?... A Eva.

—¿Y después de ella?...

—¿Después?... A todas iguales.

—Eso no puede ser cierto.

—Sí... es cierto.

—Bueno, Martín... este... Mirá : ¿y cuál creés que te quiere más de todas?

—¡Qué sé yo!... También, todas iguales.

—Bueno... mirá... este... ¿Quieres que yo te diga una cosa?

—¿Qué?...

—¿No te vas a enojar?

—Pero, ¿por qué voy a enojarme?...

—Porque... la que... te quiere más... más que todas... y más que a todos... y más que a Dios... ¡soy yo!... Martín.

—¡ Qué gracioso !... ¿Y por qué es eso?...

—Yo no sé... yo no sé ni por qué es ni cómo es... pero es... ¡ Es así !... Y si yo llegase a saber que querías a otra más que a mí... ¡ yo me moriría, Martín !

—¡ Qué gracioso !... ¡ Las cosas que se te ocurren !...

Jacinta se había puesto el pañuelo en la boca como para sofocar la emoción que la ahogaba ; de sus ojos caían algunas lágrimas que el pañuelo absorbía, en tanto que al través de ésta repitió en tono casi lúgubre :

—...¡ Yo... me moriría... Martín... me moriría !...

*
* *

La madre de Jacinta vió comprobadas las sospechas, en virtud de las cuales no la dejó ir a la estancia con las otras chicas y llegó a tener la casi persuasión de que en el alma de su hija se había despertado con estupenda precocidad una pasión desenfrenada por Martincito.

Naturalmente, las visitas de Jacinta a la casa de Eva fueron cada vez menos frecuentes, porque así lo impuso su mamá, y porque, desgraciadamente, su salud languidecía hasta el extremo de que casi nunca podía ir dos días seguidos a la escuela.

Su asistencia a ésta le aportaba el relativo consuelo de verse con las chicas, y especialmente con Eva, en quien encontraba una especie de

prolongación de Martincito, del cual pedía noticias con todo el disimulo de que su ingenio era capaz.

La presencia de Martincito ocasionaba en Jacinta situaciones de ánimo que así podían ser benéficas o perjudiciales; pero que servían a levantar el espíritu de ella, siquiera fuese momentáneamente. Para su mamá estos estados transitorios eran causa de hondas perplejidades, pues si bien veía que su hijita se entonaba y se ponía más alegre después de encontrarse con Martincito, en cambio, el decaimiento subsiguiente le parecía cada vez más agudo, en la inconcebible depresión moral que aquella pobre criatura sufría, victimada por una monstruosa aberración de la Naturaleza.

La situación se hacía cada vez más grave; Jacinta no se alimentaba; casi no dormía; su palidez iba poniéndose extremadamente cerosa y el debilitamiento general de su organismo iba degenerando en una alarmante forma de anemia progresiva.

La asistencia a la escuela se tornó imposible y Jacinta pasaba los días tomando baños de sol en las plazas o leyendo versos entre las cuatro paredes de su casa, en la que la visitaban frecuentemente las chicas, pero a la que no iba nunca Martincito.

Las chicas comentaban la enfermedad de Jacinta, sin pensar ni remotamente en la causa que la había engendrado, y se disputaban el misericordioso afán de acompañarla y de distraerla en las horas que les dejaban libres las tareas

escolares ; pero el mal que aquejaba a la pobre enfermita, provocó en ella una actitud que debió ser respetada por Leticia, expresó que le desagradaba la presencia de ella y la de Ernestina, y, finalmente, la de Silvia, a quienes se les insinuó la necesidad de que se abstuviesen de visitarla.

Esta indicación produjo en el espíritu de ellas una emoción muy intensa y no atinaban a explicarse la causa a que podía responder el extraño repudio que sufrían, como que ninguna había descubierto o sospechado el carácter del mal que aquejaba a la pobre Jacinta.

Para ésta sólo quedaba, en realidad, Marcela como única simpatía ; y si aceptaba a Eva era porque seguía cumpliéndose con ella la dulce ilusión de que lo reflejaba a Martincito, a quien cada vez veía más tarde en tarde.

Para los padres de Jacinta éste constituía el más triste motivo de encono, pues le adjudicaban la causa inicial en la dolencia moral de Jacinta puesta en ese estado, durante aquellas vacaciones que juntos vivieron en la estancia.

La cruel sospecha fué comunicada a los padres de Eva, para que pusiesen a ésta a cubierto de la vituperable conducta supuesta en Martincito ; pero ellos se afanaron por desvirtuarla proclamando la decencia moral y de carácter que él acusaba invariablemente.

Esta actitud, tan natural y tan fundada, dió margen a un resentimiento entre las dos familias y al consiguiente alejamiento de Eva, quedando así Jacinta reducida a las visitas de Mar-

cela, en quien la pobre enfermita condensaba todo el caudal de su afecto, hasta hacerla confidente de sus torturantes devaneos.

Esas confidencias habrían bastado para que «las chicas» supiesen fácilmente toda la verdad del tremendo drama que dilaceraba el corazón de Jacinta, pues, naturalmente, Marcela se las habría confiado; pero era que por mucho sigilo que los padres de Jacinta emplearon en aquel triste episodio, no impidieron que Eva lo conociese, y por ella Ernestina, Leticia y Silvia.

¡El único que permanecía ignorante de todo era el causante de todo!

Martincito creía inocentemente que el alejamiento de los que no iban a casa de Jacinta respondía al hecho de que estuviese atacada por alguna enfermedad contagiosa, como la viruela o el terrible «crup», que elegía sus víctimas entre los niños; pero, en cambio, «las chicas» estaban enteradas de todo, porque Marcela se encargaba de informarlas, refiriéndoles las confidencias que la pobre enfermita le hacía.

El misterio para ante Martincito nacía de un sentimento que cargaba de tintes el cuadro de dolor, en cuyo centro se destacaba la macilenta silueta de Jacinta: cada una de las chicas estaba o se sentía expuesta a la misma enfermedad; cada una, en medida más o menos grande, sentía por él algo muy parecido a lo que «ella» sentía; cada una de ellas, acaso sin excepción, admitía la posibilidad de que aquella enfermedad no prosperase y de que Jacinta volviera a ser lo que antes, y, finalmente, cada una

de ellas pensaba que si Martincito se informase de lo que sucedía en el alma de Jacinta, sintiera por ésta un afecto de reciprocidad...

¡ Ah !... la tesis del viejo Cardoso, cuando decía en la estancia que nadie puede establecer a que edad, ¡ empieza a recogerse experiencia ! ¡ Ah !... Del mismo modo, nadie puede decir tampoco a qué edad empieza a manifestarse en el alma humana el cruel y divino egoísmo del amor...

Aquellas chicas, capaces de dar hasta sus muñecas al primer pordiosero que encontrasen, capaces de darse entre ellas cuanto tenían, aquellas chicas, uniformemente se interponían silenciosas entre Jacinta y Martincito para que éste no supiera que ella sufría por él...

Entretanto, la enfermedad avanzaba ; los más enérgicos tónicos resultaban impotentes para reavivar aquel endeble organismo, que se marchitaba como una flor ; las facciones tomaban aceleradamente la rigidez precursora de la rigidez final ; la nutrición se hacía hora por hora más difícil ; la frente de Jacinta parecía burilada en mármol ; sus labios se habían puesto casi del color de su frente, como sus mejillas ; un círculo negro violáceo rodeaba sus ojos ; pero en sus ojos se había refugiado el resto de vida que le quedaba ; sus ojos se habían agrandado ; ¡ sus ojos estaban hermosos !...

El médico que luchaba por vivificar aquel espectro, cuya vitalidad orgánica quedaba reducida al ritmo intermitente del corazón, habló un

día con los padres de Jacinta y les pidió una junta de médicos para salvar su responsabilidad.

La exigencia fué atendida en el acto y solicitada la concurrencia de cuatro grandes especialistas, citados para las cinco de la tarde siguiente.

Si Martincito ignoraba el mal que había causado en el alma impresionable, inocente y precoz de Jacinta, ésta ignoraba también que se encontraba bajo la garra de una enfermedad fatal, y así, cuando sus padres le dijéron que la iban «a ver unos médicos muy buenos, en junta» con el que la asistía, exclamó con visible angustia :

—Entonces... mamá... ¿yo estoy muy enferma?

—No, hijita ; pero, como estás tan débil, van a buscar la forma de robustecerte un poco para que podamos ir a pasar una temporada a la estancia de Felisa.

—Entonces... papá — insistió penosamente, dirigiéndose a su padre—, ¿yo no estoy muy grave?...

—No, hijita ; ¡ qué esperanza !—le respondió él sentándose junto al sillón en que, en la sala, ella estaba arropada aquella tarde tibia y divina de septiembre.

En la antesala se reunieron los médicos a recibir antecedentes del de cabecera, que los informó detenidamente de la marcha de la aguda anemia que consumía a Jacinta, y después de tales explicaciones se dispusieron a pasar a verla.

El sillón que ocupaba ella fué acercado un po-

co más a la ventana de la calle y su mamá le dijo:

—Ya están ahí los médicos que van a curarte, mi queridita.

Jacinta no contestó; la puerta de la antesala se abrió, y los cinco médicos avanzaron hacia la enferma, cuyos ojos tomaron de pronto una estupenda lucidez de vida.

Llegados al lado de Jacinta, dijo uno de ellos:

—No ha de ser nada... esta señorita se ha de sanar muy pronto.

Y tomando una silla se le sentó cerca; los otros médicos de pie, frente a ella, que los examinaba en silencio y con una fenomenal expresión de horror en la mirada.

En momentos en que el médico que se había sentado sacaba el reloj y le pedía la mano para tomarle el pulso, Jacinta buscó, azorada, con la vista, a sus padres, y al encontrarlos, inclinó suavemente la cabecita hacia la derecha; entornó algo los ojos, dejando caer los párpados superiores, y moduló lentamente, en gradación descendente, como si empleara el único resto de voz, de vida y de pensamiento que le quedaba:

Mamá... Papá... Mar...tin...ci...to.

Dobló del todo la cabeza, que, como destroncada, cayó sobre el hombro, giró hacia adelante y quedó inmóvil sobre el pecho; sus pobres padres dieron un alarido desgarrador; los médicos se alejaron diciendo al mismo tiempo: ¡Pobrecita! Horas después, amortajada de blanco, dormía para siempre rodeada de flores y muerta de amor...

*
* *

La muerte de Jacinta impresionó intensamente a Martincito cuando supo la verdad de lo ocurrido y lo relacionó con lo que ella le había dicho aquel día en que le declaró su cariño.

Sin que su pena lo atribulara demasiado, lo acompañó durante mucho más tiempo que a las demás personas del círculo en que ella había vivido, y casi no veía alguna chica sin que le diera motivo para recordar a Jacinta con verdadero dolor y sincera ternura; pero nadie más que él sabía eso, porque, consecuente con sus formas habituales, era cada día más serio, menos comunicativo y más reconcentrado.

En los exámenes de fin del curso—en que salió sobresaliente en todo — el recuerdo de Jacinta lo acompañó sin cesar, y cuando veía a las otras chicas, aun a Eva, brincar de contento por los éxitos escolares que conquistaban en aquellos exámenes, sentía impulsos de reprocharles tales expansiones, en las que no percibía ni el más leve recuerdo para la que había sido amiga y compañera de todas ellas.

El no hacía ostentación de sus piadosos re-

cuerdos, pero tampoco le correspondía hacerlo; ellas, en cambio, debían tener la obligación moral de recordarla, siquiera fuese porque les faltaba el aplauso que les habría prodigado...

Estas reflexiones se renovaron más acerbas cuando las oyó hacer cálculos sobre las deliciosas vacaciones que pasarían en la estancia, sin que ni remotamente descubriese en las «chicas» el más tenue recuerdo para la muerta...

Tanta indiferencia y tanto olvido provocó en él un movimiento de piedad que se propuso hacer efectivo en el acto, y sin meditarlo más se acercó a Felisa, y le dijo, formulando el primer pedido hecho a ella desde que vivía a su lado:

—Mamá; ¿quiere darme cinco pesos?...

—¡Cómo no, hijito! todo lo que quieras; ¿pero para qué necesitas dinero?

—Para comprar unas flores—repuso sin hesitar, habituado como estaba a decir la verdad siempre.

—¿Unas flores?...

—Sí; unas flores, mamá.

—¿Se puede saber para qué?...

—Sí, mamá; pero no lo diga a nadie, porque no hay necesidad. Como mañana hará tres meses que murió Jacinta, quiero ir a la Recoleta a ponerle unas flores... como recuerdo... de los exámenes... que la pobre...

—¡Hijito mío!—exclamó Felisa abrazándolo efusivamente—. ¡Qué bueno!... ¡qué noble eres!... Yo también iré contigo, si quieres.

—No hay necesidad, mamá; yo sé dónde es.

A la mañana siguiente una colosal tormenta

se alzaba sobre Buenos Aires en el horizonte sur; el sol se había levantado tras de un velo punzó que parecía aumentar el disco rojo de aquél; la atmósfera sofocante, y en el aire inmóvil, el polvo en suspensión. Era una verdadera mañana de fuego, y las calles, poco menos que desiertas, contribuían a dar al panorama ese aspecto típico que toman las cosas al través del vaho caliginoso del verano.

Hasta el penoso rodar de los carros por el irregular empedrado daba a sus tumbos sonoridades de truenos que enmudecían instantáneamente en cuanto el respectivo vehículo pasaba la breve zona del «pavimento», para rodar sin ruido sobre la tierra reseca, envuelto en el polvo del camino, a través del cual solía percibirse el silbar melancólico del carrero o el chasquido vibrante del largo látigo, cuya punta iba a dar con inerrable precisión sobre el anca del indolente cadenero.

Bien temprano salió Martincito de su casa, con rumbo a un jardín situado en la calle Junín, a pocos pasos de la de Santa Fe, en el que Felisa había comprado plantas muchas veces, pues tenía un gran «criadero», que ocupaba cerca de tres manzanas de terreno, y su dueño las vendía a muy acomodado precio.

Llegado a la tranquera que daba acceso al jardín, Martincito golpeó las manos sin atreverse a entrar, pues vió a poca distancia dos enormes mastines que, sin abandonar la cómoda postura en que estaban echados, lo miraban con expresión nada amable.

—Entre, no más, niño—le gritó la italiana, esposa del dueño.

Los perros levantaron las cabezas como para ver quién hablaba, y las volvieron a reposar sobre las manos, dejando entender a Martincito que podía entrar, en efecto, sin peligro alguno.

—Vengo a comprar unas flores.

—¡ Ah !... Yo no entiendo de flores ; para eso tiene que ver «al» mi marido, que está... allá... ¿ve?... después de los tomates... Yo no entiendo «que de» verduras—agregó como para justificar su aparente descortesía.

Martincito siguió bajo aquel sol de fuego el camino indicado por la quintera, y al cabo de tres cuadras de andar entre verduras y plantas encontró al jardinero, italiano, como su esposa, que por los cinco pesos (1) le hizo un buen ramo de diversas flores rodeadas por «jazmines del país», y que luego de ponerle éstos, le dijo :

—Ahora, «vamo de allá» para «dornarlo» con «una poca» de diosma que le hace «venir» una linda vista... ¡ verá !...

El sol quemaba ; la tormenta permanecía inmóvil ; Martincito, con su gran ramo, pasó la tranquera, y recostándose cuanto pudo al cerco de «cina-cina» y «pita», siguió la pequeña senda apenas diseñada entre el pasto de la que, con archibuena voluntad, podía llamarse la acera.

En el profundo silencio de aquella calle, semicubierta a trechos de pasto y de pantanos, sólo

---

(1) Equivalentes a veinte centavos de la moneda actual.

oía Martincito el cantar de los pajaritos en los cercos y uno que otro trueno lejano.

Con la cara como un tomate y empapado en sudor, llegó a la Recoleta, delante de cuya puerta había un coche de plaza. Los truenos se hacían más frecuentes ; la pesadez atmosférica era cada vez más intensa, cuando Martincito franqueó la puerta y se detuvo un instante a su sombra, para avanzar en seguida hacia el sepulcro de Jacinta.

Al desembocar en la calle donde éste se encontraba, vió de pronto que junto a la puerta del sepulcro estaba de pie el padre, e hincada, orando, la madre de Jacinta. Al verlos, retrocedió de nuevo unos pasos, perplejo sobre lo que debía hacer, hasta que decidió esperar a que ellos se alejaran para cumplir él su piadoso propósito.

Oculto casi en la puerta de una bóveda permaneció sentado con el ramo en la mano, como para cubrirse la cara con él en caso necesario, y observando hacia el otro camino se puso a pensar...

Mucho rato estuvo en esa actitud, hasta que por fin vió que, abrazados, y visiblemente llorando, pasaron los padres de Jacinta hacia la puerta de salida en el preciso instante en que grandes y sonoras caían las primeras gotas de la ansiada lluvia y se oían truenos tan cercanos que parecían estallar sobre las mismas copas de los cipreses del cementerio.

Aproximándose a las bóvedas para guarecerse de la lluvia que arreciaba por momentos, salió

Martincito al camino de acceso al sepulcro de Jacinta; pero la lluvia, casi torrencial en ese instante, caía en la precisa dirección de ese camino, de modo que en él no podía encontrar reparo contra el agua que le batía con violencia las espaldas.

Corrió; llegó al sepulcro; vió el cajón en que Jacinta dormía, que lo reconoció por ser «nuevo» y tener unas flores frescas encima; se sacó el sombrerito; metió, forzándolo un poco, el ramo por entre la reja de la puerta; estiró cuanto pudo su bracito chorreando agua, y dejando caer el ramo sobre el cajón, dijo en voz baja:

—Soy yo... Jacinta... soy yo...: Martín... que te traigo esas flores... para ti.

Y el estallido aturdidor de un rayo llenó el espacio con su trueno como un colosal alarido de alegría y con su luz blanquísima, como un beso del cielo, caído sobre la cabeza empapada de Martincito.

***

Terminado el último curso primario en los estudios de Martincito y de Eva, la familia se trasladó a la estancia en unión de toda la parentela y amigos que pudieron llevar, formando a la cabeza Ernestina con los suyos, Marcela con

los de ella, y Silvia, acompañada de su hermana mayor, a espera de sus padres, que irían en febrero.

Camila, la hermana acompañante de Silvia, era una muchacha «inocentona», a pesar de sus treinta años de soltería, y acaso por eso mismo, pues cultivaba la bondad, la temperancia, los buenos modos y hasta la inocencia en forma de que a no ser su volumen y el número de sus hermanos menores, con Silvia a la cola, pudiera creérsela una nena desarrollada. Sus amables calidades asumían ribetes de divina ingenuidad cuando se encontraba frente a un tipo del género masculino, sin distingos de edad, y hacia la misma conquista se aplicaba con un cincuentón como con un púber incipiente.

Para su temperamento bondadoso y dulce, tan interesante se le presentaba en la estancia Cardoso como Martincito, y las mismas zalamerías les dirigía, y las mismas atenciones les brindaba y en las mismas inocentadas incurría, ante ellos, que naturalmente festejaban la rara ignorancia de las cosas del mundo que a cada instante revelaba Camila.

Sus formas tomaban particular realce frente a las de su hermana, por lo mismo que ésta se encontraba en la edad de saber y de adivinar todo, en tanto que Camila se mostraba a cada paso perpleja ante problemas tan arduos como el de saber de dónde salían los terneritos o por qué el gallo andaba constantemente tras las gallinas.

Era, en definitiva, Camila la perfecta encar-

nación de la inocencia, de la cortedad, de la dulzura y de la pusilanimidad, prolijamente manejadas con la sólida experiencia de sus largos treinta años, y así de todo se sorprendía; todo la tomaba de nuevo; no se animaba a salir sola al jardín de miedo a los sapos; no hablaba sino melosamente, pudorosamente ante pantalones de cualquier largo, y tenía siempre en la punta de los labios un expresivo y gracioso gritito de azoramiento ante una lagartija o ante una amabilidad de origen masculino...

Había ido a la estancia para cuidar disimuladamente a Silvia; pero se ingenió de modo que «todo el mundo» viviera aplicado a cuidarla a ella, mientras ella competía en infantilidades con Martincito, del que se había convertido en compañera, en admiradora y en su sombra.

Al fin la diferencia de edad entre él y ella no era tanta, y poseyendo ligeras nociones sobre los orígenes del mundo, se hizo una reflexión consoladora: el Sol es mucho más viejo que la Tierra y la Tierra vive del cariño del Sol...

¡Bien podía ella ser el Sol en la vida de Martincito!... y la comparación le servía admirablemente para convertirse en tierra así que se encontraba frente a un viudo o a un solterón cincuentenario, porque las comparaciones suelen tener esa ventaja o ese inconveniente, por lo común.

El hecho fué que ella vivió entonces, y hasta que se murió, aplicándose aquella comparación, girando alrededor de chicos y grandes, molestando a unos y otros, provocando a veces repug-

nancias, malgastando su tiempo y perdiéndolo estérilmente en vez de coser para los huérfanos o barrer la casa.

Contribuía a que resultara más ridícula su conducta el hecho de que alternaba con las «chicas», pretendiendo ser como ellas al competir en gracia con Ernestina, en modestia con Marcela, en sencillez con Eva, en todo con su misma hermanita, a la que doblaba la edad y casi el peso.

Las chicas, entretanto, habían dado un paso interesante en la vida juvenil: al volver a reunirse en la estancia para hacer vida común con los dueños de casa, y al verlas en conjunto más crecidas, más desarrolladas y hasta más lindas que bonitas, la buena Felisa pronunció una palabra que sonó gratísima en los oídos de ellas—como habría repercutido en los de Leticia si no se hubiese ido a veranear, como de costumbre, a Montevideo—, de donde, por otra parte no había de regresar hasta pasados varios años—Felisa, pues, había dicho simplemente, en cierto momento:

—Llamen a las «niñas» que vengan a la mesa.

Ernestina y Silvia se miraron. Ya no les decían: las «chicas» sino las «niñas»... Y si de «chicas» a «niñas» el camino había sido relativamente largo, de «niña» a «señorita» no había más que un paso: lo dieron en un brinco y se creyeron «señoritas».

Al fin y al cabo, habían terminado los estudios primarios; tenían mucho más largos que antes

los vestidos; habían abandonado el peinado de trenzas o cabellos sueltos; usaban el corset entallado; los mozos las miraban en la calle, en la iglesia, en el circo, ¡qué más!...

Fué discreto entonces renunciar a los juegos infantiles de la «gallina ciega», la «mancha», el «salto en la cuerda», y, sobre todo, las «escondidas»—que fué lo más sensible, porque siempre habían tenido particular preferencia por ese juego.

Todos ellos fueron cambiados por otras formas de matar el ocio, con más compostura, y se dedicaron a leer, en grupo, a poner «charadas» que de cuando en cuando alternaban con el juego de las «cunitas», en el que Martincito no pudo pasar de sacar el «espejo», porque después se le enredaban los hilos.

La actitud de las «niñas» acentuaba la transformación operada en el físico de ellas, pues Ernestina y Silvia se hicieron más ceremoniosas y más señoritas en sus maneras y conducta, al extremo de que ellas, al empinarse, y Camila, al encogerse, llegaron a casi parecer tres muchachas de la misma edad...

Sobre todas triunfaba Silvia por la belleza cada día más saltante de sus facciones, pues el crecimiento contribuía a adelgazarla bastante y darle algo de la esbeltez que le faltaba.

Ernestina la seguía como tipo de belleza, aunque tenía demasiado grande la boca, y se había obscurecido mucho su cabello, sin dejar de ser castaño; pero, en cambio, disfrutaba de una gracia y de un garbo tan elegante que recono-

ciéndosela menos linda que Silvia, se llevaba todos los sufragios de quienes la trataban.

Eva y Marcela, aquélla más bien gruesa y ésta delgada, seguían tan paralelamente en el crecimiento físico y moral—si así pudiera decirse—, que parecían, en verdad, dos hermanas, y hacia ellas o a cualquiera de ellas se dirigía Martincito, como a un refugio para su espíritu, cada vez que caía en los dominios de Silvia, entre las redes de Ernestina o entre las garras enguantadas de Camila.

Martincito empezó a sentir una irreprimible repugnancia hacia Camila, cuyas hipocresías pudo descubrir sin esfuerzo desde que la veía, a cada rato, en público y en privado, contribuyendo a que le fuese más desagradable el hecho de que tenía engañadas a todas las personas de la casa, empezando por el doctor Cortés, que festejaba ingenuamente todos los asombros, los aspavientos y los «grititos» de Camila.

Ella contribuyó, en cambio, a despertar los sentidos y la conciencia de Martincito, pero sin conseguir torcer su conducta o su criterio, que cada día eran más ajustados a los ejemplos que recibía y a las tendencias ingénitas de su carácter, que sólo ante una consideración cedió de sus propios impulsos : él quería dedicarse a las tareas del campo y su «papá» quería que estudiase para tener una carrera.

Sin vínculos de ninguna clase, que pudieran señalar una causa común o un origen explicable, reproducíase entre ellos el mismo cuadro que veinte o más años antes ofrecían el doctor Cor-

tés y su padre, y, como entonces, las ideas paternas triunfaban, no por la fuerza de la autoridad o de la lógica, sino por el tierno asentimiento del «hijo».

El doctor Cortés hacía largas jiras por su campo, en unión de su hijo adoptivo, incitándole a que continuase los estudios para fundar más sólidamente su porvenir, y en una de esas conferencias celebradas de igual a igual, como que así lo trataba a Martincito, le decía :

—Un título profesional te dará más fuerza, más autoridad y te abrirá las puertas de cualquier camino, y es por eso que insisto en que te consagres a los estudios, ya que felizmente puedes hacerlo en condiciones muy ventajosas por tu inteligencia y por todos los medios de que dispones, pues sabes perfectamente que cuanto tengo me será poco para formar tu porvenir.

—Demasiado lo sé, «papá» ; porque usted no puede ser conmigo más bueno de lo que es ; pero, con lo que he estudiado y un poco más que estudie podría ayudarlo aquí, sin necesidad de que usted trabajara tanto... y al fin, ¿para qué quiero una carrera de abogado?... ni nada... si trabajando aquí podría pagarle algo de todo lo que le debo.

—Tú no me debes nada ; tú eres y serás siempre para mí un hijo, como Eva, y yo, en cambio, tengo el deber de asegurar tu porvenir dándote la educación que mereces.

—Pero vea, papá ; a mí no me da mucho por el estudio... no crea... yo estudiaba para saber algo... no más... y ya soy bastante grande pa-

ra trabajar con usted... y aquí en la estancia hay mucho que hacer...

—Ya basto y sobro, hijito, para todo eso, a más de que en cuanto acabemos de alambrar, y ya falta poco, todo va a ser más fácil. Lo esencial ahora es que tú estudies y tengas una carrera.

—¿Pero, en cuántos años, papá?... Ni en diez años la tendría y usted tendría que seguir cargando conmigo... hasta que yo terminara una carrera cualquiera... y al fin, ¿para qué?... ¿De qué le ha servido a usted?... ¡Ya ve!...

—Me ha servido de mucho, hijito, y sobre todo no me ha perjudicado en nada, y yo quiero darte una educación lo más completa que sea posible.

—Si usted me lo exige, papá, yo lo haré... pero no porque me guste... ni crea que no pueda ponerme a trabajar desde ya, para ayudarlo en todo lo posible.

—Bien sé yo de lo que eres capaz, y por lo mismo, quiero que emplees tus aptitudes en algo superior a estas tareas, que cuando no se tiene una cultura sólida, resultan embrutecedoras.

Tras mutuas exigencias quedó resuelto que Martincito continuaría sus estudios en el colegio nacional, con rumbo a la universidad, y a ese efecto quedó decidido el regreso a Buenos Aires en cuanto terminase el período de aquellas vacaciones, pero en el alma de Martincito permaneció resuelto el propósito de abandonar los estudios en la primera oportunidad, para dedicarse al trabajo.

En los días aquellos se aplicó con mayor ahinco a las tareas del campo, haciendo algunas observaciones muy atendibles y que iban destinadas a demostrar las posibles ventajas de su actuación en el carácter que se le había asignado y en que se le conservaba cada vez más firmemente: él era el verdadero «patrón» en la estancia.

Las exigencias de las funciones administrativas a que estaba consagrado lo substraían el mayor tiempo del día al trato de las muchachas; pero la misma índole de aquellas tareas contribuía a despertar y robustecer sus sentimientos de hombría, que se revelaban en todos sus actos y en todas las manifestaciones de su conducta reposada y juiciosa.

Gozaba por todo ello del mayor ascendiente entre el personal de la estancia y entre los parientes y amigos que veraneaban en ella y que compartían los justos entusiasmos de los dueños de casa cada vez que se hablaba de Martincito.

Sus enérgicas calidades morales y de carácter se adunaban íntimamente con su aspecto físico, realzado por la vestimenta que usaba en la estancia y que su «papá» le proporcionaba de la más rica calidad posible: botas claras de cuero de chancho; amplios pantalones de hilo blanco, puestos bajo la bota, que llegaba a la rodilla; cinturón de cuero; blusa de hilo crudo, camisa blanda, chambergo gris o riquísimo «panamá» y guantes de gamuza; fornido de cuerpo y más bien alto, para su edad, era realmen-

te un lindo muchachón y una inequívoca promesa de un espléndido hombre para el mañana.

Naturalmente, las «muchachas» se lo disputaban, empleando diversas formas: Marcela, sin hacer nada que dejara pensar lo que acaso pensaba; Ernestina y Silvia, peinándose de alto, o adornándose con flores, «emperifollándose» a cuál más; y, por fin, Camila... ¡casi a tirones!, pues a cada momento propicio le decia:

—Martín: ¿vamos a juntar unos duraznos?...

—Martín: ¿acompáñame a ver las palomas?...

—Martín: ¿llévame a dar una vuelta a caballo, quieres?...

En sus explicables ingenuidades, Martincito hablaba de las «cosas» de Camila, en conversaciones confidenciales mantenidas con el capataz o el peón que lo acompañaba en sus recorridas por el campo, y en una de ellas hecha con el viejo Cardoso, éste, que lo había escuchado, observándolo de reojo y viendo comprobada alguna sospecha mantenida «entre pecho y espalda», le dijo:

—Usted ya es... un mocito... niño Martín... porque, ¡mire que se ha puesto mozo!...

—¿Y?... ¿qué tiene?...

—¡Que yo... a su edad!... ¡niño Martín!... Bueno, que entonces, ¿sabe? nos criaban de otro modo...

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Yo decía... ¿sabe? porque si la niña ésa... que ha venido para este año... la niña Camila...

¿no?... va y lo busca... y le pide que la lleve en «la anca»...

—¡Eso no me ha dicho!...—exclamó Martincito riéndose a carcajadas al echar el cuerpo hacia atrás y tender rígidas hacia adelante las piernas, en todo lo que permitían las estriberas.

—Es un decir, niño...—repuso Cardoso, sonriendo maliciosamente—, es un decir... pero yo le decía que por qué no agarra y la lleva... ¡no más!...

—¿Adónde la voy a llevar?...

—Mire, niño: la puede llevar allá... ¿ve? al cañadón del «bañao»... ¿sabe?... que es lindo para pasear un rato... y sabe estar fresquito... o de no... al galpón de la lana... que sabe haber muy lindo frescor... también...

—¿Galopemos, Cardoso?

—Galopemos, niño.

*
* *

—No es por hablar, ché, Marcela, pero a mí cada día se me hace Camila más antipática.

—Pues mirá, Eva: yo no puedo decir lo mismo... ni lo contrario, porque no me he preocupado de ella.

—Es que sin necesidad de «preocuparse»... basta oírla... y verla... no más; con sus «pini-

nos» y sus saltitos... de chica... ¡ con ese corpachón !...

—A mí me parece una «pava»... una «pavota»... y nada más.

—¿ Y no te has fijado tampoco cómo se pone en cuanto hay alguien?...

—Siempre me parece igual...

—¡ Entonces no te has fijado!... Si hasta con Martincito... se pone... «así»... y «así»... y la boca toda fruncida... y un modo de mirar...

—Pues no me he fijado...

—Fíjate y... vas a ver.

Eva y Marcela dialogaban bajo los paraísos del «tambo» después de desayunarse con deliciosos vasos de leche, y entretenidas en tejer unas pequeñas cortinas de seda celeste para poner en el altar de la Virgen que tenía Felisa en su dormitorio.

Durante el diálogo, Eva, al hablar, suspendía su labor ; pero Marcela le respondía sin alzar los ojos de la suya, como si le interesara más tejer que discutir a Camila ; pero en lo íntimo de su conciencia se alzaba la convicción de que a Eva le molestaba la conducta de Camila, no por Camila, sino por Martincito.

Si Marcela hubiese estado sola con Eva y Martincito, posiblemente no se le hubiese pasado por la imaginación la idea de pensar en él en forma ajena a la propia en chicas de su edad, de su temperamento y de su educación ; pero ella recibió la influencia estimulante del ejemplo que las otras chicas le ofrecían ; ella vió que Martincito era objeto de atenciones y de prefe-

rencias especiales; a ella le hicieron ver, finalmente, que en él había un motivo de afecto y se sintió alentada a profesárselo y a provocarlo en él.

Para ello tenía, empero, una reserva, que la dominaba tenazmente: ella sentía o había sentido desde el primer instante algo como la necesidad de establecer su situación frente a Eva, para el caso de que ésta se sintiese dominada por la misma tendencia, pues era tan hondo su cariño hacia ella; tan estrechamente se habían vinculado; con tan sincera ternura la quería, que le torturaba la idea de competir con ella en lides de afecto para ganarse el de Martincito.

El sentimiento que la movía hacia éste no había nacido espontáneamente en el alma virginal y dulce de Marcela: había brotado como un acto de emulación y casi de amor propio sublevado ante la perspectiva de verse relegada a un último plano sólo por la acción de posible desalojo practicada por las otras «chicas» a quienes no reconocía méritos superiores a los que ella creía tener y tenía sin duda.

Podría, pues, competir y luchar con Leticia, con Ernestina, con Silvia, sin cederles ni un ápice; pero no se creía con el mismo derecho ante Eva, a quien la reconocía cuando menos igual a ella, si no superior en calidades intelectuales y morales, y a quien consideraba con títulos indiscutibles al mejor cariño de Martincito. Si Eva lo quería, ella le abandonaría el campo y aun se convertiría en su aliada para que alcanzase el éxito; pero sólo ante ella: jamás pa-

ra con las otras, a las que había observado, desde la aparente indiferencia de su espíritu, en conciliábulos y aun en confabulaciones intolerables.

El lance estaba, en aquellas circunstancias, reducido a Ernestina y Silvia, pues éstas descontaban a Eva como si fuese en verdad hermana de Martincito y poco temían a Marcela. Las dos habían decidido brindarse a él por los medios de que disponían; pero sin abandonar del todo la observación sobre Marcela y, para el caso de que regresase de Montevideo, sobre Leticia, que era la más temible, en cierto sentido.

Ernestina y Silvia, por inspiración de la primera, habían pactado un acuerdo o una alianza para operar, investigando aquélla en Marcela y Silvia en Eva sobre los probables proyectos que éstas alentaran en el sentido de captarse el cariño de Martincito.

Naturalmente, a Camila no la tomaban en cuenta, y naturalmente, las compulsas sobre Eva y Marcela debían ser lo más disimuladas posible, para obtener así declaraciones categóricas que luego se revelarían entre ellas.

La alianza era—como son generalmente en el campo político—tan deleznable y tan insegura como la «energía» y la «lealtad» de las partes contratantes. Las investigaciones de Ernestina eran adulteradas al pasar por sus labios, y no lo eran menos las de Silvia; cuando los resultados podían parecer satisfactorios a la que los obtenía, no llegaban a los oídos de la aliada; cuando parecían adversos a los afanes que

las movían, eran trocados en halgüeñas perspectivas para la que recibía las amables noticias.

Cuando Ernestina creía penetrar en los secretos anhelos de Marcela, o al través de ésta en los de Eva, y creía comprobar que Martincito los alentaba y los retribuía, corría a decirle a Silvia :

—Che, me ha parecido descubrir que las «muchachas» saben que Martincito gusta de ti...

Y cuando Silvia se encontraba en el caso de su «aliada», volaba a decirle :

—¡ Mirá, Ernestina... estoy segura de que «él» gusta de ti... por lo que me ha dicho Eva... y me parece que ella gustaba de «él»... ; pero ahora... se ha convencido !... ¡ Mirá que es tener suerte !...

Eva, por su parte, anotaba cuanto escuchaba y cuanto oía, ocultando, en lo posible, el recóndito afán que su inocente corazoncito alentaba, y mientras ella procedía en esa forma, su amiga y su compañera más íntima—Marcela—hacía lo idéntico...

Aquellas cuatro «niñas», que apenas llegaban a los albores de la pubescencia, eran, en lo íntimo, personajes centrales de un tremendo drama moral, en cuya primera escena había caído victimada la pobre Jacinta ; aquellas cuatro criaturas habían despertado prematuramente a la vida pasional impelidas por influencias recíprocas surgidas en fuerza de la vida en común, y en excesiva libertad, efectuada en el justo instante en que los sentidos se alistan a despertarse, como se preparan a volar los pichones em-

plumados, a quienes un vendaval arranca del nido antes de tiempo, que así despertaron en ellas los instintos, arrojándolas de pronto a los tumbos y las sorpresas y las congojas de una terrible precocidad perturbadora y mutuamente contagiada.

Poseedoras de las emociones que las agitaban, sentían la indecible fruición de mantenerlas en aparente sigilo, sin pensar en que cada una se delataba ante la que tenía delante, provocando así una mayor civilización en los procedimientos de la adversaria.

Reunidas en amable tertulia, nadie las sospechaba torturadas por una pasión que crecía por momentos, aunque timoratamente, por lo mismo que cada una de ellas sentía la necesidad de avanzar con la suave cautela del que va a robar y teme despertar a su víctima...

En la estancia, y después, naturalmente, de ellas mismas, nadie, y menos Martincito, sospechó que los corazones de las «chicas» fuesen como esas nubes que cargadas de electricidades contrarias flotan y giran y se deslizan tranquilas por un cielo azul, que de pronto se convierte en campo de una tempestad estallada entre el centellear de los relámpagos y el pavoroso bramar de los truenos.

La imperturbable impavidez de Martincito trastornaba y complacía a sus admiradoras, con excepción, naturalmente, de Eva, pues cada una traducía su indiferencia pasiva como desprecio hacia las otras y disimulo para ante quien

así pensaba; pero al mismo tiempo la invariable, la asidua, la creciente ternura de él para con Eva, les sugería la sospecha de que bien podía empezar a dejar de quererla como «hermana»...

Y se equivocaban, porque en ningún instante dejó Martincito de ocupar rectamente el lugar que tenía en la familia, como si realmente fuese hijo del doctor Cortés y de Felisa, y como si fuese en absoluto hermano de Eva.

El sentimiento filial y fraternal nacido y afianzado en su alma sana, era de tal modo hondo y sincero, que ninguna fuerza humana podría desnaturalizarlo, y ni se ocupaba siquiera de nada que no fuese querer cada día más a esos «padres» y a esa «hermana» que Dios le había dado, como si hubiese querido enmendar el brutal error de haberle quitado los suyos el día que los perdió.

De ahí que frecuentemente, al ser objeto de una amabilidad de Ernestina, de Silvia, o de Marcela, que empezaba a tenerlas o a brindárselas, les respondiera gritando:

—¡Che, Eva!... ¿qué estás haciendo?... ¡Vení... que te tengo un nido!...

Eva no se hacía esperar, y abrazados tiernamente, salían corriendo, sin permitir que los siguieran, hasta el sitio en que oculto entre el ramaje se encontraba el prometido nido con una «ratoncita» o una palomita torcaz echada en él.

Y cosa curiosa; nunca encontraba Martinci-

to ni un nido, ni nada adecuado para ofrecerlo a Ernestina, a Silvia, a Marcela, ni a Camila.

Y entretanto: ¡ cómo le gustaban a Camila los niditos!...

*
* *

Había cumplido catorce años Martincito cuando entró en el colegio nacional al solo efecto de complacer a su «papá»; pero sin deseos de estudiar y con la nostalgia de los trabajos que había empezado a efectuar en la estancia.

No lo atraían éstos por el medio en que se realizaban, ni por la libertad de que se gozaba en ellos, ni por panorama ni porque él se sintiese con alma campera, no; lo atraían como medio de retribuir en algo los beneficios que recibía de sus nobles protectores, y todos sus anhelos se reducían, en aquellos momentos, a poder satisfacer ese deber de su conciencia.

Ingresó, pues, desganado y sin ilusiones en el colegio nacional, donde volvió a encontrarse con Eduardo Miró y con Javier Rolón, que le presentó una porción de amigos conquistados por él en los pocos días en que lo precedió en el ingreso al colegio.

En cuanto Javier supo por Eduardo que Martincito estaba en el colegio, corrió por los claustro y por los patios buscándolo, entre la infernal algarabía de la turba estudiantil, para ir a encontrarlo en el banco de su aula hojeando un pavoroso texto de analogía castellana con inacabables páginas de complicados verbos.

—¡ Pero !... Che... ¡ Salí al recreo !... ¡ Vení !... ¿Cómo te va?... ¿Te han puesto en esta división ... ¿Estás con Eduardito?... Vamos a pedir que nos pongan juntos... ¿Cómo están por tu casa?... ¡ Vieras, che, cuántos amigos me he hecho !... ¡ Vení !... ¡ vení ! ¡ Cómo estás de grande ! ¡ Vení !

Accedió Martincito, y, así que salieron al gran «patio de arena», empezó a gritar Javier :

—¡ Muchachos !... ¡ Vengan !... ¡ Che, Ruiz !... ¡ Rodríguez !... ¡ Sáenz !... ¡ Moreno !...

En pocos instantes fueron rodeados por los llamados, que Javier presentó gallardamente a Martincito, sometido en seguida al consiguiente interrogatorio, durante el cual se aplicó a observar a sus nuevos «amigos», calculando que habría de intimar con algunos durante el tiempo que pasara condenado a aquellos estudios.

Puesto a ellos, se aplicó honradamente y formó en pocos días entre los primeros de la clase, con la consiguiente satisfacción del doctor Cortés y de su bondadosa compañera ; pero sus estudios le dejaban mucho tiempo disponible durante el día, y como había contraído numerosas amistades de buenos muchachos, compartía los entretenimientos de éstos, concurriendo con ellos

a jugar a la pelota en las canchas de la época.

El noble juego contribuyó a desarrollar su cuerpo, dándole un extraordinario vigor físico que lo hacía especialmente apto para jugar «a largas», pues desde el fondo de la cancha Martincito volvía de un zurdazo la pelota que rebotaba hasta cerca del puntó en que él la había restado...

El juego de la pelota, que vigorizó a toda la muchachada de aquellos tiempos, hasta que fué desgraciadamente suplantado por otros juegos de efectos contrarios, despertó en Martincito el deseo de cultivar los ejercicios análogos, y teniendo entre sus condiscípulos uno, hijo de un estimable caballero inglés, de apellido Sampson, entusiasta por el patinaje, se dedicó a patinar, a cuyo efecto compró unos patines de rueda, cuyo perfecto dominio alcanzó en pocos días.

La aparición de los patines y la forma en que lo practicaba Martincito, produjo en su casa una verdadera revolución, pues Eva quiso aprender a patinar, y como ella Marcela, Silvia y Ernestina, que encontraron así nuevo pretexto para sus visitas a... Eva.

Tuvo ésta en seguida su excelente par de patines y un eximio profesor en su «hermano» ; Ernestina adquirió también los suyos, y en las horas de la tarde y de la noche el patio de la casa sonaba como el redoblante de un batallón en marcha, pues Eva en sus patines, Martincito en los suyos, Silvia en uno y Ernestina en el otro de los de ésta, correteaban incesantemente de un lado al otro del gran patio embaldosa-

do con mármol blanco y negro, como un tablero de damas.

Ernestina y Silvia no pasaban del ejercicio en un solo patín, porque a pesar de los reiterados ruegos de ellas, Martincito no quiso aceptarlas como discípulas y se limitó a puras disertaciones teóricas que de poco les servían.

En su actitud tenía Eva toda la culpa, pues le había pedido a Martincito que no les enseñara a «las muchachas» y él accedió sin investigar más, acaso porque comprendió que la posición del «maestro» en el aprendizaje de los patines obligaba a situaciones demasiado estrechas entre él y la alumna, y a Eva no le debía parecer bien, porque ya las «muchchas» no eran unas «chicas»...

¡Quién podía saberlo!... Pudo ser esa u otra la razón; pero el hecho fué que ni Ernestina, ni Silvia, ni aun Marcela consiguieron que Martincito les hiciera hacer algunos giros, tomándolas de la cintura con un brazo, como lo hacía con Eva, y no habrían recibido lecciones en esa forma a no ser la casual circunstancia de que un domingo en que se entretenían en patinar por el patio aquel, llegó Sampson en busca de Martincito para invitarlo a ir «al circo».

Desde lejos había oído el ruido característico de los patines, y desde la puerta de hierro del zaguán vió a las muchachas en el afán de patinar con un solo pie, mientras el otro desempeñaba eficazmente sus habituales funciones, aplicadas, para el caso, a fin de evitar porrazos de dobles consecuencias.

Recibido Sampson y encontrándose ante aquel espectáculo, propuso dejar el circo para otro día y patinar un rato con aquellas «señoritas» que, a excepción de Eva, a quien conocía de antemano, le fueron presentadas.

Coreado por las muchachas, aceptó Martincito, que cedió en seguida sus patines a Sampson, cuya pericia y elegancia provocó la más frenética admiración en ellas. Tenía Sampson diez y seis años y la estatura de veinte; era muy rubio; de ojos celestes inteligentes y expresivos; de maneras casi varoniles; pero en cuanto se deslizaba sobre los patines, caídos los brazos y perdida la mirada como en un inefable éxtasis, ponía la cara de zonzo «de primer agua», propia del perfecto patinador.

En este carácter se prestó complacido a los ruegos de Ernestina que, sobre la base de su personal aprendizaje, bien que «cojo», en pocos momentos pudo andar sobre los dos patines sin necesidad de que Sampson la tomara muy fuerte por la cintura.

Marcela no quiso aprender y Silvia dió mucho trabajo por su peso, pues la sola amenaza de perder el equilibrio determinaba en Sampson actitudes descompuestas ante la pavorosa perspectiva de un «porrazo con patines», que es, según los entendidos, la forma suprema de los porrazos desagradables.

Con todo, Sampson sintió en el acto cierta incipiente inclinación a dar lecciones a Silvia preferentemente, y no obstante los esfuerzos a que lo sometía; pero en cambio Ernestina estaba

«encantada» con ese muchacho tan simpático... tan amable... tan... tan...

Aquélla fué lógicamente una primera lección de patinaje, a la que seguirían otras, con el mismo maestro, como es común que ocurra en casos análogos, y fué realmente curioso el doble proceso que engendraron, pues cada vez Sampson le fué más simpático a Ernestina y cada vez Silvia le fué más simpática a Sampson.

¡Qué cosas!... ¿Eh?...

Entretanto, la dedicación a los ejercicios físicos tomaba cada vez más cuerpo en Martincito, y—¡cosa curiosa!—de uno de esos ejercicios derivó un cambio de orientación en los estudios que Martincito seguía por complacer a su papá.

Después de adquirir merecido renombre como zaguero en las canchas de pelota a que concurría con sus condiscípulos; después de adquiridas sus eximias calidades de jinete, en las que sobresalía sobre todos aquéllos; después de dominar cumplidamente el manejo de los patines, se propuso con Sampson aprender a andar en los velocípedos de dos ruedas que se usaron en aquellas épocas.

Eran los tales «biciclos» unos aparatos realmente feos, pues consistían en una enorme rueda delantera de metro y medio de diámetro, o más quizá, seguida de otra tan diminuta que acaso no excedía de veinte centímetros de diámetro y que iba detrás de aquélla como un pequeño perro prendido a la cola de un caballo al galope.

Sobre la parte superior de la barra que unía

ambas ruedas se hallaba la silleta colocada en un punto que permitiera alcanzar con los pies a los pedales; el velocipedista ponía en movimiento el aparato empujándolo por detrás y cuando había adquirido la velocidad conveniente trepaba por un extremo del eje de la rueda pequeña, de un salto se colocaba en la silleta, ponía anhelosamente los pies en los pedales propulsores, y luego, casi invariablemente... se caía con aparato y todo.

Naturalmente, la operación se repetía con el mismo resultado; pero, entretanto, el velocipedista, a fuerza de empujar el aparato para que adquiriese estabilidad girando ligero, avanzaba buenos trechos a cada tentativa, y en esa forma era común ver llegar a Belgrano a uno de esos «velocipedistas» que tres horas antes había salido de la plaza del Retiro, y que al arribar al punto de destino exclamaba satisfecho y convencido:

—¡ Me vine en velocípedo de dos ruedas!

Claro está también que no faltaron felices domadores de tal vehículo, contándose entre ellos Martincito y Sampson que hacían en ellos largos paseos hasta Palermo, y fué precisamente en uno de esos paseos donde Martincito sintió nacer en su espíritu un impensado deseo.

Al llegar una mañana a la «Avenida de las palmeras» y desembocar en ella, encontraron a los cadetes del colegio militar, situado entonces en ese punto, haciendo evoluciones, y al contemplarlos cruzó por la imaginación de Martincito la idea de ser militar... ¡de ser general!...

En realidad él no necesitaba ayudar materialmente al doctor Cortés que tenía su fortuna asegurada, y supuesto que su «papá» quería darle una carrera, la militar le ofrecía perspectivas muy gratas, y entre éstas la de que no necesitaba muchos años para tenerla.

Consecuente con sus formas habituales, no dijo ni una palabra a nadie, porque ante todo necesitaba meditar mucho su proyecto antes de ponerlo en práctica; informarse sobre las condiciones del ingreso; compulsar las propias aptitudes, y todo cuanto a su plan iba aparejado; pero así y todo al regresar a su casa aquella mañana no pudo resistir al deseo de hacer una confidencia, que tenía al mismo tiempo el carácter de un relativo desahogo: después de almorzar conversaba con su «hermana» de cosas más o menos indiferentes cuando de pronto le dijo:

—Che, Eva; esta mañana vi a los cadetes del colegio militar haciendo ejercicios en Palermo, frente al edificio del colegio... ¡y si vieras!... ¡qué lindo!... ¡Daba gusto verlos marchar y hacer evoluciones!... Debe ser lindo ser militar... ¿eh?...

—A mí no me parece... porque tienen que ir a la guerra... y todo...

—Y eso, ¿qué tiene?... ¡Mejor!... ¡Se sirve a la patria! A mí... creo... que me gustaría ser militar...

—¡Dios te libre!...—exclamó Eva y se quedó mirándolo dulcemente.

*
* *

En términos discretos o vulgares, Martincito aprobó los exámenes de fin de curso, sin que importaran para él más que un nuevo motivo de desaliento al pensar que aquel año entero de estudios sólo le servía para medir la enorme distancia que lo separaba del final de la jornada.

Diez veces más tiempo necesitaría para dejar de pesar, posiblemente, en sus tiernos protectores, y aun cuando apreciaba rectamente los nobles sentimientos de ellos, sentía que su propia delicadeza lo impulsaba a procurarse los medios de modificar la situación en que se veía colocado.

Este concepto sobre su propia vida lo trabajaba constantemente por lo mismo que lo había adquirido en tan prematura edad; y contra las más tiernas demostraciones de afecto se consideraba cada día más obligado a pesar lo menos posible y a retribuir con la mayor premura el inmenso caudal de «favores» que recibía.

No tenía ni la más leve sospecha de significar una carga, y al contrario tenía la persuasión más fundada y más firme de que en el espíritu

de sus protectores era considerado como un verdadero hijo en la más pura y más dulce amplitud del concepto; pero eso no le impedía pensar en que por lo mismo tenía deberes más graves y más ineludibles que si fuese en verdad el hijo de ellos.

No los querría más si lo fuera ni los respetaría en mejor forma, así como nunca nadie fué más «hermano» de una «hermana» de lo que él se sentía para con Eva; por más que en ella se iniciara un proceso afectivo que la alejaba o la distanciaría de aquel sentimiento purísimo que, por oposición, en él sería cada vez más puro, más sincero, más firme...

Al pensar, en sus afanes de progreso personal, que sólo se iba a encontrar en los comienzos del segundo curso de los diez o doce que le faltarían para concluir una carrera, se acentuó en su espíritu la idea de ser militar; pero entretanto se dispuso a las tareas de la estancia para emplear en ellas los días de las vacaciones.

Los de aquel año fueron menos concurridos que los anteriores por los visitantes y parientes que el doctor Cortés llevaba a veranear, pues Leticia y su familia permanecían en Montevideo, Ernestina y los suyos quedaron en Buenos Aires, y Silvia fué sola, porque habían intimado lo suficiente y porque ya no era «una chica».

De Leticia recibía Eva frecuentes cartas, muy cariñosas, con infaltables recuerdos para Martincito, por quien acusaba invariablemente «un gran cariño», no muy retribuído por cierto, aca-

so por falta de tiempo para pensar en eso... Ernestina había manifestado pocas ganas de veranear en la estancia desde que supo fehacientemente que Silvia iría, y porque desde ese instante pensó en que podía perfeccionarse en la práctica del patinaje, monopolizando la dedicación de su simpático maestro.

Sampson asintió bondadosamente, y el hecho fué que mientras Silvia salía a pasear a caballo con las «muchachas» y con Martincito, Ernestina recorría los patios de su casa, conducida por Sampson, y revelando a cada lección nuevas ineptitudes, que lo obligaban a llevarla cada vez con más cuidado y más fuertemente tomada de la cintura.

La madre de ella, sentada en un sofá, porque casi no cabía en un sillón, asistía a las lecciones de Sampson, que no siempre se efectuaban muy a la vista, como se comprende, y a cada momento exclamaba:

—¡Qué muchacha ésta!... ¡El furor que se le ha despertado por aprender a patinar!...

Y aquella enorme, aquella inmensa madre, que parecía una colosal vaca vestida y sentada sobre las patas traseras, reía a carcajadas cada vez que decía aquello y cada vez que Ernestina perdía el equilibrio sobre los patines—y lo perdía vuelta a vuelta.

Y cada vez, también, que la pareja pasaba por su lado, después de girar por entre las piezas, cuyas puertas permanecían naturalmente abiertas y de cuyos pisos se habían retirado las alfombras, se complacía en decir a Sampson:

—¡ Pero usted es incansable!... Esa muchacha lo va a dejar extenuado.

—¡ No, señora; qué esperanza! —respondía él, rojo como un kaki rojo, pero él porque hacía mucho calor en aquel verano.

Y el patinaje continuaba, yendo la pareja a perderse entre las piezas, desde las que solían oírse las carcajadas de Ernestina cada vez que perdía el equilibrio—y lo perdía vuelta a vuelta.

La volubilidad humana se encargará de explicar cómo fué o por qué fué que Sampson se olvidó de Silvia durante su condición de maestro de Ernestina; pero el hecho fué que nunca hablaron de ella en las largas sesiones dedicadas a patinar.

No ocurría lo mismo en la estancia, pues Silvia tenía a cada instante motivos para hablar de Ernestina, bien que no en términos muy amables.

La ausencia de ésta y de Leticia, y, desde luego, la de la pobre Jacinta, dejaron en casi completo monopolio de Silvia el campo en cuyo centro se encontraba Martincito, tan indiferente a ella como queda en la apariencia la imagen de un santo a cuyos pies le ruegan los fieles hincados.

Eva se mantenía en su conducta de siempre ante Martincito, por más que en su espíritu éste iba mereciendo un sitio de entrañable ternura y predilección cada vez más hondo; pero ella no descuidaba ni un instante su afán de acechar actitudes y de compulsar palabras, o sólo miradas a veces,

No era muy distinta la conducta de Marcela, por más que en alguna ocasión dejó traslucir que para su corazón no era Martincito un simple motivo de vulgar simpatía, pues, por mucho que sentimientos de esa índole se guarden ocultos, es común que se olvide alguna previsión, tal vez la más cuidada, y salga por los labios o por los ojos la insospechada revelación delatora.

Eva tenía por Marcela un gran cariño, un profundo afecto; pero al mismo tiempo empezaba a ver en ella una posible competidora del mismo afán, y esa desconfianza, que empezó por ser intermitente y tenuísima, se fué haciendo tenaz y llegó a tales magnitudes que Eva se sintió impelida a redoblar su afecto y su confianza.

Con tal conducta, sugerida por su ingenio mujeril, podía tomar la plaza por sorpresa, desde que Marcela llegase a creer que en Eva encontraría una confidente cariñosa, y una hermana, y nada más que una «hermana», de Martincito.

Marcela, empero, no parecía muy inclinada a cambiar de actitud, de modo que mutuamente se engañaban con Eva, propendiendo así a despistar a Silvia, que creía estar sola y única en la empresa de ganarse la voluntad de Martincito.

Esta, por su parte, aprovechaba la ausencia de sus temibles competidoras, y con toda la impavidez que la inconsciencia suele dar hablaba de ellas con Eva y con Marcela, suscitando en

éstas todos los asombros y todas las indignaciones de que podían ser capaces.

—Yo, che—decía Silvia conversando con Eva y Marcela—, tenía mucha simpatía por ellas, al principio; pero después que las traté más y vi cómo eran... ¡Cómo son... che!... Miren: son que... ¡a cuál peor!... Yo no digo que sean malas chicas... eso no... ¡pero son de pretenciosas!... ¡Hay que oírlas!... ¡Me da una risa cuando me acuerdo!...

—Pero, ¿qué te decían?

—Mirá: te voy a contar; pero no vayan a decirles ¿eh?... La más pretenciosa es Leticia... ¡Cómo es Leticia!... ¡Si la vieran!... Una vez me dijo que ella no pensaba en tener novio... ¡Fíjate!... pero que no la dejaban... que en Montevideo... que en Buenos Aires... que... que... aquí mismo.

—¿Aquí?... ¿Qué aquí, en la estancia, te ha dicho?—le preguntó Eva, casi palideciendo.

—Pero no le vayan a decir que yo les he dicho; sí, che, me dijo que aquí... que Martincito la miraba ¡de un modo!... y hasta me dijo que una vez le había preguntado si ella lo quería...

—¡Qué mentirosa!

—Así le dije yo... yo le dije: Mirá, no me parece que Martincito te haya dicho eso.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que: ¡por ésta!—y Silvia se besó el pulgar y el índice en cruz.

—¡Mirá... que Martincito tan luego!—excla-

mó Marcela dirigiéndose a Eva— ; ¡ tan luego él le iba a decir eso !...

—Te ha dicho por broma.

—No, Eva, no era broma, y a más que ella ni sabía que Ernestina me hubiese dicho nada.

—¿ Ernestina?... ¿ Y qué te ha dicho Ernestina, che, Silvia?...

—Más o menos, lo mismo... pero con una cosa... que me parece...

—¿ El qué?...

—Que me parece... una mentira más grande que esta casa...

—¿ Qué te dijo?...

—Mirá, Eva, mejor es que no te diga... porque si después le cuentas a tu mamá...

—No le cuento nada, ¡ qué voy a contarle !... ¿ Qué te dijo?...

—Bueno... te prevengo que yo no le creo... ¿eh?... pero me dijo que una tarde que estábamos jugando todos, allí... en las parvas... en una de ésas... que ellos se quedaron detrás de la parva grande... ¿ ves?... ¿ aquella que tiene la lona?... bueno... que él la agarró y que... le dió un beso ¡ fíjate !...

Eva enmudeció, buscando quizás la forma de expresar su indignación ; pero Marcela se sobrepuso a la suya y dijo sonriente :

—Son invenciones tuyas, Silvia ; Ernestina no puede inventar una mentira tan grande... y aunque la inventara no te la diría...

—¡ Pues me la dijo !... Ahí tenés : ¡ me la dijo !... ¡ y me la dijo !

—¿ Y cómo es que a mí no me han dicho na-

da nunca, ni ella ni Leticia?... — le preguntó Marcela.

—¡Qué gracia!... porque creerán que «vos» gustás de Martincito...

—¡Qué va a gustar ésta de Martincito!—moduló Eva sonriendo al mismo tiempo que le temblaban las mejillas.

*

* *

Entre todos los veraneantes de la estancia gozaban las «muchachas» del mismo concepto que merecieron cuando eran las «chicas», y aun mientras fueron las «niñas», porque el que se pasa los días contemplando el crecimiento de un árbol no advierte que crece, por más que se fije.

Casi ocurre lo mismo a quien desde las últimas horas de la noche se pone a observar el naciente con ánimo de percibir el instante en que la luz del sol aparece; sólo la nota cuando es de día porque la luz auroral—como los instintos de los niños—se inicia tan tenuemente que el sentido más sutilizado no puede percibir el instante en que se presenta ni los primeros tonos de su graduación inicial.

Un niño es también una aurora en el día de

una vida, y el desarrollo psíquico suele anticiparse o detenerse no sólo en función de calidades ingénitas, sino a base de estímulos circundantes propicios o adversos, según el medio en que se agite—tal como sucede también con la luz auroral, según sea el estado de la atmósfera; en las noches nubladas o brumosas la aurora se levanta tarde...

Con el crecimiento físico y moral de los niños ocurre que quienes lo observan de más cerca y con mayor asiduidad son siempre quienes menos lo compulsan, y es precisamente por eso que los padres no se convencen de que los hijos crecen, y que ganan en estatura, generalmente, a medida que decrecen en inocencia.

Contribuyen a ello en buena proporción los mismos hijos, que al sentirse sorprendidos con el despertar de un instinto piensan intuitivamente que deben ocultarlo y lo cubren mediante el sencillo procedimiento de acentuar o mantener las formas de expresión y de conducta empleadas en los días de la inocencia absoluta...

El sólo recurso sirve para estimular el despertar de nuevos pensamientos y de progresivos disimulos que contribuyen admirablemente para que los padres se convenzan de que los hijos no crecen...

Viendo, como cuatro años antes, en grupo a Eva, Marcela y Silvia en las horas de la mesa, y de la conversación en familia o en los paseos que efectuaban en animadas excursiones, nadie notaba entre ellas ni la menor diferencia de

carácter moral ni el más leve gesto revelador del verdadero drama en que actuaban.

Felisa veía en Eva a su «misma hijita de siempre», en la tranquila plenitud de su inocencia infantil, y como Marcela se le parecía bastante y como Ernestina la imitaba con éxito, el engaño subsistía y se prolongaría por mucho tiempo a no mediar un factor de observación eficaz : el personal de la estancia, que veía a las «niñas» de año en año y podía medir así los progresos que realizaban, en el gradual desarrollo de sus interesantes personitas.

Tales observaciones no quedaban enmudecidas en el espíritu de quienes las hacían, y como éstos eran excelentes auxiliares de sus patrones y celosos guardianes de sus intereses, no podían fijar muy exactamente el justo límite de éstos, que no estaban para ellos representados sólo por los animales, los potreros, los alambrados, etc., sino por cuanto se vinculaba a los patrones, material o moralmente.

Con este concepto, no habría de faltar quien se ocupase de poner en el oído del patrón siquiera una palabra bastante para darle motivo de estar sobre aviso, y así fué que paseando por el campo en unión del capataz de la estancia y mientras tranqueaban a caballo observando una «puntita» de hacienda de «un solo pelo», se produjo un diálogo que sirvió al doctor Cortés para pensar en la situación de Martincito frente a las «muchachas», y en éstas, desde luego.

—Lindas están las coloradas, patrón, ¿eh?...

—Efectivamente; están en muy buenas carnes.

—Y la parición ha salido linda también... da gusto ver el terneraje... todito de un pelo... mire, patrón: allí, ¿ve?... tan igualitos... ¡Si a veces se me hace que ni las madres pueda ser que sepan cuáles son sus crías!... pero saben no más... ¡Qué no van a saber!

—Es natural que las madres reconozcan a sus hijos.

—Eso sí... entre los animales... no digo que no, patrón... pero quién sabe si entre la gente pasa por lo consiguiente...

—¿Supone usted que alguna madre no reconozca a su hijo, o que lo confunda con otro, mientras lo tenga con ella?...

—Eso... no... patrón... pero de ahí a que pueda saber cómo es el muchacho o la chica... por dentro... voy, a un decir...

—Lo mismo que «por fuera»; para los padres los hijos son como páginas de un libro, que se lee sin dificultad.

—¡No me parece!... patrón... ¡no me parece... los chicos saben engañar también... y una cosa saben ser por delante y... después... por detrás!... y si no mire, patrón, esas niñas que están... y esas que sabían venir... ¡daba gusto sentirles hablar entre ellas... y las cosas que se decían!... y después cuando iban y estaban con la familia... ¡quién iba a decir que eran las mismas!...

—¿Y en qué consistía la diferencia?...

—No... en nada... ¿me comprende?... sólo

que sabían andar a tirones con el niño Martín.

—¿Cómo, a tirones?

—Es un decir... patrón... pero sabíamos reírnos de verlas cómo se ponían... «Que a mí me quiere más...» «Que a vos no te quiere nada» y... qué sé yo... Si ya ni me acuerdo... Y aquella niña, ya moza, que estuvo, sabe... la niña Camila... también le andaba arrastrando el ala al niño Martín... y a las otras le entraba una inquina... ¡Cosas de chicas!... digo yo...

El doctor Cortés no necesitó de más para medir el recto alcance de cuanto le dijo su capataz, sabiendo perfectamente cuál era el móvil íntimo que lo impulsaba a tales confidencias, y no esperó más tampoco para poner sus noticias en conocimiento de Felisa que al conocerlas repitió las mismas palabras del capataz:

—¡Cosas de chicos!... hijo... ¿Quién hace caso de esas cosas?

Con todo, Felisa decidió observar a las «chicas», con toda la cautela necesaria para no despertar sospechas, y el resultado de sus observaciones fué comprobar que Eva y Martín se querían felizmente cada día más, y así ocurría en efecto, sólo que no eran iguales los sentimientos afectivos a que respondían; pero Felisa no lo vió.

Martincito acentuaba su acendrado cariño fraternal por Eva, pero en ésta el afecto hacia su «hermano» degeneraba en una ternura que tendía a convertirse en verdadera pasión amorosa, no ya estimulada por ninguna de las otras «muchachas» ni por todas juntas, sino co-

mo desarrollo natural de un sentimiento instintivo, anque originariamente hubiese surgido del choque con aquéllas.

La invariable y apacible y serena actitud de Martín para con su «hermana», era freno a las expansiones de ésta, pues la misma conducta de él excluía hasta la remota perspectiva de reciprocidad para los sentimientos de que ella se sentía gradualmente poseída, y por otra parte mantener en reserva la clase de su afecto por Martincito era colocarse en excelentes condiciones para descubrir el de él, para el caso de que se sintiera inclinado a otra de las «muchachas».

Entre las que veraneaban con Eva y las que no fueron en aquella temporada a la estancia, se mantenía una frecuente correspondencia epistolar en la que más de una vez aparecía una carta de Camila para Silvia; pero dirigida en la intención a Martín a quien consagraba todos los párrafos de sus ridículas misivas.

Las otras muchachas se mentían mutua y frenéticamente, pues Leticia era informada por Silvia de que Martín se había entendido con Marcela; ésta le escribió a Ernestina contándole que Silvia había concluído por conquistar a Martín, y aquélla respondía con la noticia de que Sampson vivía consagrado a ella por más que ella no le hacía caso, al mismo tiempo en que Leticia escribía a todas refiriendo el aburrimiento de sus soledades en Montevideo, pues no iba a ninguna parte; pero en todas sus cartas a todas destinaba la mitad para enviar cariñosos recuerdos a su inolvidable Martincito.

Entretanto, Eva sentía crecer en su espíritu el sentimiento amoroso que Martincito le inspiraba, y que si fué engendrado en infantil competencia con las «chicas», fué nutriéndose en esa misma fuente en la que cada día aumentaba el caudal, por lo mismo que aquéllas habían dejado de ser «unas chicas»...

Sólo Dios y ella sabían lo que pasaba en el corazón de Eva, pues todo se conjuraba para que guardase su secreto en lo más oculto de su alma, y entre los que lo ignoraban, su propia madre y el mismo Martín formaban en primera línea, convencidos ambos de que el creciente cariño de ella hacia él era tan fraternal y desinteresado como el de él hacia ella.

*
* *

El segundo curso de estudios no se le hizo más grato a Martín, que a cada paso medía mejor la fatigosa distancia que lo separaba del término de la carrera elegida.

Las nobles cualidades de su temperamento se acentuaban constantemente aportándole las más sinceras simpatías de cuantos lo trataban, y no obstante sus diez y siete años, era centro de un

grupo de condiscípulos que lo consideraban el mejor consejero para consultarle perplejidades, propósitos y cuestiones de todo orden.

Eduardo y Javier siguieron siendo sus amigos en el segundo año del colegio nacional, unidos a Sampson, Ruiz, Rodríguez, Sáenz, Moreno y otros que frecuentaban la casa de Martín con el franco entusiasmo y asentimiento del doctor Cortés y de Felisa, para quienes las reuniones de amigos de Martín efectuadas en la casa conjuraban el peligro de «parrandear por ahí»... según las propias palabras de la buena señora.

Salvo Rolón y Sáenz, los demás amigos de Martín tenían con él características comunes, pues sin dejar de ser muchachos eran juiciosos, y sin dejar de ser niños eran unos estimables hombrecitos, más o menos de la misma edad que él.

Herminio Sáenz era más bien delgado; trigueño sin exceso, cabello negro y lacio, peinado al medio, ojos también negros, chicos, picarescos y con pocas pestañas, boca fina, dientes perfectos, gracioso en sus maneras, decidor y ocurrente, disponía además de una risa genuinamente criolla y fuertemente contagiosa.

Olegario Ruiz tenía el mismo cuerpo que Sáenz y las facciones parecidas; pero tenía, en oposición, verdes-claros los ojos y crespas y abundantes las pestañas, reflexivo y parco en el hablar, casi nunca decía tonterías, y el rasgo más infantil de su persona era la risa medida y pudorosa. Arturo Rodríguez era bajo para su

edad, el más bajo del grupo; era un rubio quemado y pálido; tenía tan grande la boca como chicos los ojos, inteligentísimos; usaba el cabello peinado para atrás, lo que aumentaba en mucho su amplia frente; dentro de su carácter correcto era el más jovial y el más risueño de todos. El de más volumen físico era Claudio Moreno, al que sus compañeros apodaban San Bernardo por comparación con los enormes perrazos de esa raza; era, quizá, el más inteligente de todos y acaso el más bueno; pero la bondad era común en el grupo de aquellos muchachos en los cuales la influencia de Martín había conseguido que ninguno fumara ni bebiera más que agua, ni mintiera sino en caso de «fuerza mayor comprobada».

Todos ellos comían en casa de Martín una vez por semana—los jueves—y pasaban las tardes de los domingos en agradable charla, alternada con guitarra, piano, recitado de versos, y partidos de «truco», en las que muchas veces tomaba parte el doctor Cortés.

En las comidas de los jueves y en las reuniones de los domingos eran infaltables Marcela, Ernestina, Silvia y de cuando en cuando Camila...

A base de su asidua correspondencia epistolar, Leticia se hacía recordar en el grupo de las muchachas y de sus conocidos, entre los que se señalaba Javier, por el interés que ponía en informarse de las noticias que ella enviaba desde su «ostracismo» en Montevideo, siendo de ano-

tarse el hecho de que ella no reveló en ningún caso que lo recordase mucho ni poco.

Aquel grupo de muchachas bonitas y de jóvenes simpáticos tenía que resultar, por fuerza, un almácigo de pasiones tanto más vehementes cuanto más juveniles; pero por una misteriosa incoincidencia de idiosincrasias o de aspiraciones, ocurría que a medida que el tiempo y la mayor confianza acortaba distancias y ablandaba estiramientos, las simpatías se desencontraban, no obstante todos los afanes en contrario.

Las relaciones entre Ernestina y Sampson, que en cierto momento amenazaron con un estallido de mutua pasión, quedaron reducidas a un formidable entusiasmo de él para con ella, que no correspondió sino durante las vacaciones, para aplicarse luego al motivo real de sus predilecciones: Martín, que volvió de la estancia «hecho un hombre».

Ruiz, Miró y Sáenz se «despepitaban» por Eva, cuya indiferencia por ellos crecía con su profunda ternura por Martín, hacia quien volvía los ojos llenos de amor Marcela, que, sin hacer nada de su parte, había conquistado la más cálida simpatía de Rodríguez, y mientras Sampson pretendía conquitar a Ernestina—cada vez más enamorada de Martín—, Silvia brindaba a Sampson todas sus atenciones, cada vez más persuadida de que era el más simpático y el más atrayente de todos.

Y era lo más curioso en aquel cuadro el hecho de que Martín era disputado entre Eva, Mar-

cela, Ernestina y Silvia, a quienes algún día se agregaría Leticia, en tanto que él no pensaba amorosamente en ninguna de ellas, como no fuese en querer cada día más entrañable, más acendrada y más fraternalmente a Eva.

Y era aún lo más curioso de todo el hecho de que, a excepción de Martín, que no tenía nada que ocultar, todos los demás mantenían en el más profundo secreto las propias aspiraciones, con ese temor pueril con que se guarda el secreto de la posesión de un nido, en los días divinos de la infancia.

Nadie habría podido sospechar que en aquellos corazones palpitaran los sentimientos que los agitaban, y nada lo revelaba tampoco, a no ser pequeños detalles, que casi parecían desvinculados con la causa que los engendraban; las muchachas se arreglaban cada vez mejor y asumían actitudes de seriedad y mesura propios de verdaderas señoritas, al extremo de que ni siquiera patinaban, y ellos las imitaban, hasta no querer cantar en la guitarra ni recitar versos, ni hablar de estudios, ni jugar al truco delante de ellas.

El único que recitaba sin escrúpulos y que cantaba en la guitarra, a cada instante, era Martín; pero al hacerlo, como al proceder en todos los actos, sentía inconmovible en su espíritu el deseo de ingresar en el colegio militar, para formarse, en poco tiempo, una posición independiente.

Consecuente con este propósito, estudió preferentemente las asignaturas correspondientes

al examen de ingreso, y al terminar el año escolar, durante el cual hizo el segundo curso de estudios secundarios, decidió poner en conocimiento de su «papá» la resolución de seguir la carrera militar.

Un vulgar episodio en la vida estudiantil favoreció en esos momentos los planes de Martín, que, por otra parte, los había hecho efectivos aun sin aquel concurso casual, poderoso, por repugnante.

Entre sus condiscípulos de aula, Martín ocupaba el primer sitio por su conducta, su aplicación y su aprovechamiento, pues aun cuando, como lo había dicho a su «papá», no tuviera facilidades para el estudio, puesto a ello, se consagraba con tal empeño, que vencía toda dificultad.

No carecía de la inteligencia necesaria; pero le faltaba en absoluto el concurso del propio estímulo, por lo mismo que no aspiraba a conquistar por los estudios que había emprendido el lugar que ansiaba ocupar en la vida, y esto precisamente contribuía a prestigiarlo ante sus condiscípulos que conocían las circunstancias en que Martín estudiaba y triunfaba.

En todas las asignaturas era «el mejor de la clase», y con tan preciado título llegó a las mesas de exámenes para merecer la más alta nota de calificación; ¡ pero !...

—¡ Inglés de segundo !—gritó de pronto un empleado corriendo los claustros del colegio en aviso de que la mesa examinadora iba a reunirse.

Los alumnos del curso se dirigieron al aula

destinada al examen, hacia la que, al mismo tiempo se encaminó la «mesa» respectiva formada por tres «profesores», de los cuales uno, el del curso, era inglés por todos los lados y los otros dos sólo lo eran por una y única vía...

Estos tenían ascendencia inglesa, uno por el padre y el otro por la madre; pero eran «hijos del país»; eran «criollos», y eran, nada menos, que «profesores de inglés». Carlos Triguero Smith era «inglés por la madre» y Jaime Wroxeter lo era «por el padre»; pero además de poseer ambos el idioma con toda perfección, habían adquirido un tan inconfundible aspecto de ingleses legítimos, que nadie habría sospechado, observándolos, que «Charles» fuese hijo de don Hermenegildo Triguero, ni que «James» lo fuese de doña Ramona Maidagán de Wroxeter.

Entre Charles y James, desde que se hicieron «¡profesores de inglés!» había una puja sorda hacia la mejor caracterización del tipo, pues usaban botines enormes, de triple suela gruesa; bastones de nítido tipo garrote; amplios trajes de legítimo «paño inglés»; de rebuscados colores los pañuelos de mano; hablaban conservando los dientes vigorosamente apretados; sonreían apenas y tanto más ligeramente cuanto mayor era el motivo para carcajadas; fumaban pestífero tabaco rubio de toscas «pipas de guindo y espuma»; pero Charles aventajaba a James en la inmovilidad marmórea de las facciones y en la amplia dilatación de las fosas nasales al hablar en criollo inglesado. Las pala-

bras más características de nuestro léxico pasaban por los rígidos labios entreabiertos de Triguero empapadas en acento inglés, al extremo de que al decir, por ejemplo: «¡caramba!», sonaba «corrambo»...

James, en cambio, le llevaba algunas ventajas: no tenía necesidad de agregarse el apellido materno, y a pesar de ser bastante tonto, lo era como quince mil setecientas veces menos que su colega criollo. En cambio, también, míster Charles Triguero era profesor más antiguo que Wroxeter, pues éste no tenía más que siete meses de profesorado contra nueve meses de antigüedad que contaba aquél, y por eso, sólo por eso, que era suficiente, le correspondía la presidencia en el tribunal de examen de inglés, de segundo año.

La majestad del cargo aumentó en varios quilates y en muchos quintales la magnífica tontería del profesor Triguero Smith, y le sirvió para acentuar «su concepto» sobre la importancia del idioma inglés, en lo que no había parado mientes antes de obtener la cátedra que su condición de hijo de madre inglesa le aportó.

El examen de inglés fué fulminatorio, y el «profesor Triguero Smith» fué feliz al firmar el «acta» en la que sólo dos alumnos fueron aprobados: un primito de él y un futuro cuñado de Wroxeter. Todos los demás examinandos quedaron «aplazados» por «mala ortografía», «incorrecta pronunciación», «deficiente conocimiento de verbos», «ignorantes de los clásicos ingleses» y razones igualmente respetables; pe-

ro todo el grupo de «aplazados» se limitó a decir uniformemente, indignados e impotentes, por cierto:

—¡ Martín Martén, aplazado!... ¡ Qué macana!... ¡ Qué macana!...

Pero Martín Martén quedó aplazado no más, porque los fallos de las mesas eran inapelables, y quedó decidido a no volver a presentarse a examen y a no seguir, en consecuencia, aquellos estudios, apoyándose de paso en aquel episodio para pedir a su «papá» la necesaria autorización de ingresar en la carrera militar.

A este objeto y en circunstancias en que se celebraba la tertulia de uno de los últimos jueves de aquel año, fué Martín al escritorio del doctor Cortés, que conversaba con su esposa, y al verlos les dijo:

—Me alegro de que estén juntos, porque yo venía, «papá», a decirte una cosa...

—¿Qué cosa, hijito?—le preguntó él, comprendiendo sin dilación que el anuncio se refería a algo transcendental.

—Que yo quiero ingresar en el colegio militar para seguir esa carrera.

—¿Quién te ha metido semejante proyecto en la cabeza?...

—Nadie... yo no más, papá.

—Y... ¿desde cuándo?...

—Desde el año pasado... pero, no estaba preparado para dar examen... y ahora sí estoy.

—Me parece un proyecto descabellado, hijito; tú estás formándote una carrera de mejor porvenir.

—Sí, papá; pero... es muy larga.

—¿Y qué apuro tienes por concluirla, mi hijo?—le preguntó Felisa, alarmada con la fundada presunción de que si Martín decía aquello era porque estaba decidido a extremar los medios para conseguirlo.

—Ya no soy un chico, mamá; y si papá no quiere que yo trabaje en la estancia y que lo ayude... en lo que pueda... tengo que buscarme pronto una carrera.

—Déjate de locuras, mi hijito—repuso ella, mientras su esposo observaba atentamente a Martín—; tú no necesitas apurarte para eso... y la carrera militar es horrible.

—¡Horrible!... ¡No, mamá!... Al contrario: lindísima... y yo quiero ser militar.

—¡Militar!... ¡Mi-li-tar...—exclamó Eva entrando de pronto y quedando al lado de Martín señalándolo con el índice y mirándolo estupefacta.

—Fíjate, hijita, el disparate en que piensa tu hermano ..

—Por eso... me dijo... el año pasado...

—Sí, te dije... y por eso voy a entrar ahora en el colegio militar, a más que nada conseguiré en el colegio nacional... ¡por nada!...

—Para eso, hijito, necesitas mi consentimiento...

—Ya sé, papá, y por eso vengo a pedírselo... y usted tiene que dármelo.

—¿Y si no te lo da?... ¿Y si no te lo da?... ¡No se lo des, papá!... ¡no se lo des!...

—¿No es cierto, papá, que usted me lo da?...

—Tengo que pensarlo dos veces, hijito.

—Bueno, papá ; pero después que lo piense... me lo da, ¿eh?... porque yo quiero ser militar.

Y con la misma sencillez de siempre se retiró del escritorio seguido de Eva, que antes de llegar a la puerta de la sala lo alcanzó y le dijo :

—¿De veras, vas a entrar al colegio militar?...

—Sí, hermana ; ya te dije el año pasado ; y voy a entrar no más.

—¿Y si papá no te diera permiso?...

—Ya lo creo que me lo dará.

—Bueno ; pero... ¿y si no te lo da?...

—Me lo tendrá que dar... porque yo quiero ser militar.

—Espérate... vení... mirá, Martín...

—¿El qué?...

—Este... decíme... mejor es... que no seas militar...

—A mí me gusta, hermana, y voy a ser no más.

—¿Y si yo te pido... que... no?...

—¿Para qué vas a pedirme?...

—¡...Bueno... mirá... Martín!... yo... te pido que no...

—¡Qué gracioso!... Si voy a ser no más— le respondió.

Y siguió a la sala, dejándola a Eva que permaneció en el sitio contemplándolo y que así que él entró en la sala se volvió hacia su cuarto, diciendo en voz baja y temblante :

—Malo... malo...

*
* *

A los ocho días de estar en el colegio militar el «cadete Marten» conocía «al dedillo» todas sus obligaciones y se encontraba en aptitud para salir a la calle sin temores de que cometiera ni la más leve falta de corrección militar; pero se le detuvo durante quince días de instrucción, al cabo de los cuales recibió permiso para salir hasta la «lista de tarde», de un domingo.

Cuando el pelotón de reclutas recibía instrucción militar, el cadete Marten parecía un instructor guía puesto a la cabeza de ellos, pues ese sitio le correspondía por estatura y lo habría merecido si se otorgara a la mejor aptitud militar, de modo que en el acto de «romper filas» aquél domingo para salir a la calle, Martín hizo la venia reglamentaria y partió marcialmente observado de atrás por sus compañeros de iniciación que a duras penas seguían los pasos resueltos del apuesto «cadete Marten».

Ceñida al cuerpo la chaquetilla abotonada, y correctamente puesto el quepis, sobre cuya visera ostentaba un pequeño castillo de luciente metal dorado, como emblema del colegio militar,

el cadete Marten hizo la entrada en su casa con todo el aspecto de un heroico guerrero que regresa al hogar cargado de laureles.

Todos se lo disputaban para agasajarlo y para hacerle preguntas, que no eran más que la reedición de las formuladas en las veinte cartas que le remitieron al colegio, y que casi no había podido contestar, no sólo por falta de tiempo, en algún caso, sino porque «no era bien mirado» el cadete que se pasaba el día escribiendo a su familia.

En todas aquellas cartas el tema exclusivo era «él», naturalmente ; su nueva situación ; su conformidad o su disgusto posible ; el trato que recibía y mil motivos análogos. ¡ Ah... pero en ninguna le habían dicho que su ausencia había cambiado totalmente el aspecto de la casa y aun la situación de ánimo en que estuvieron las «muchachas» y sus amigos en los días felices en que él fué centro del cariño y de las miradas de todos aquellos !

Para Eva, la desgarradora ausencia de Martín, fué contrarrestada o compensada, en cierta medida, por el indecible placer de haber recibido dos o tres cartas de él, dirigidas a ella, destinadas a ella, escritas para ella y pensadas para ella...

Y ella era la única de todas las «muchachas» ¡ la única ! para quien Martín había pensado y escrito cartas llenas de cariño. — ¡ Ah !... ¡ qué profunda, qué enorme, qué incalculable envidia le tendrían las muchachas al saber que ella recibía «cartas» de Martín !...

Y ese solo pensamiento la había dado fuerzas para sobreponerse a la dolorosa tortura de estar lejos de él; de no verle en todo el día; de no recibir su saludo en la mañana, ¡y sobre todo, de ver el cuarto de Martín, constantemente sin él!...

Su ausencia, empero, había servido para que Marcela y Ernestina—y aun Leticia, desde lejos—pensaran en que no debía existir un vínculo extraño al fraterno entre Eva y Martín, cuando él se decidía a separarse de ella; y esta presunción servía de estimulante a las ilusiones que cada una de ellas ocultamente, alentaba hacia Martín.

Con todo, Ernestina, se sintió de pronto asaltada por una sospecha terrible; ¿no lo habrían sacado de la casa a Martín precisamente porque estuviera entendido con Eva?... ¿porque... Eva... fuese su novia?

Con todos los disimulos de que era capaz, sometió el caso a Marcela, que, mejor informada, le dijo:

—¡No, che!... ¡Qué esperanza!... Si ha sido él, no más, el empeñado en ser militar... y a más que, no te hagas la zoncita... ; ¡muy bien sabes que de quien gusta él es... de ti!

—¡Pues no!... De ti, más bien ; y, che, Marcela: ¡Rodríguez también te festeja, no?...

—¿Estás loca?... ¡Semejante tipo!... A ti sí que te festeja Sampson... ¡no me digas que no!...

—¡Qué disparate!... Si de quien gusta él es de Silvia.

—¡ Al contrario, dirás!

—¿ Cómo al contrario?

—¡ Claro!... Silvia gusta de él... y se le ve, che... pero, mirá: a mí me ha parecido que el «San Bernardo» gusta de ella, ¿no crees?

—¿ De quién?

—De Silvia.

—¡ Qué pareja!... ¡ Tan gordos!...

—No, che; Silvia se ha adelgazado mucho en el último tiempo... ¡ y qué linda se ha puesto!

—Sí... es bonita... pero no tanto...

Sin apartarse mucho de sus formas reposadas y recatada, Marcela era en la intimidad más comunicativa y más decidora que antes, de modo que significaba para Ernestina y Silvia una confidente estimable para compulsar situaciones... De ahí que como Ernestina, Silvia la buscaba para confiarle sus vistas sobre las sospechas que le sugerían las muchachas en sus relaciones con los muchachos, y sobre todo con Sampson.

—Che, Marcela: te felicito... ya sabemos que... Rodríguez...

—No sé a qué te refieres.

—No te hagas la «mosquita muerta»... ¿te crees que no lo hemos notado?

—Pero, ¿qué puedes haber notado?... Si no hay nada...

—¡ Me vas a decir que Arturo no gusta de ti!...

—¡ Cosas que se te han puesto!... Tú, como ahora tienes quien te cuide...

—Y... ¿eso?

—Mirá: yo ya me había fijado; pero Ernes-

tina me dijo el otro día y Eva también... que Moreno... anda loco por ti.

—¿Eva, te ha dicho?...

—Sí, che, Silvia; Eva me dijo.

—¿Y Ernestina también?

—También.

—Cómo son, ¿eh?... ¡Parece mentira! Si no hay nada... Claudio me da bromas, como todos... pero yo no le hago caso.

—A ti, el que te gusta es Sampson, ¿eh?...

—¿Quién te ha dicho?

—Yo no más... me parecía...

—No, mirá, para decirte la verdad, para mí el más simpático es Ruiz... ¿qué lindos ojos tiene, eh?...

—Cierto, che, es muy buen mozo; pero yo creo que él gusta de Eva; ¿no te parece?

—No creo; de Eva gusta Sáenz.

—Estás muy equivocada: de Eva gusta Ruiz, y, sobre todo, mirá; ése es el que la festeja más.

—¿Y ella le hace caso? ...

—No me parece... para mí ella gusta de Rolón... ¡quieres creer!

—Pero ese muchacho es medio loco... ¿quién le va a hacer caso?

—Pues así, che; Eva no me ha dicho nada... y dice que no... que son cosas mías... pero a mí me parece.

—Che, Marcela, otra cosa: y Martín, che, ¿de quién gustará?

—Yo creía... que... de ti...—repuso Marcela, cambiando de tono y aun de color, como si ese

nombre le produjera una emoción extraña, y notándolo, le dijo Silvia:

—¡Cómo te has puesto!... ¿Qué es eso?... ¿Será que tú?...

—¿Qué yo... qué?... Ni pienso, che... ni pienso... nunca he pensado en semejante cosa.

—¿Y por qué no?... ¿Qué tiene?...

—No, mirá; ¿sabes por qué me puse así?... Porque me acordé que de quien creo que Martín gustaba mucho era de Leticia... y hasta Eva pensaba lo mismo, y yo creo que él ha entrado de militar porque ella se ha quedado en Montevideo.

—¡De Leticia!... ¿Quién iba a pensar?... ¿Y ella se habrá quedado allá para siempre?...

—Creo que no... que piensan volver a establecerse aquí dentro de tres o cuatro años.

—Entonces, podría esperarla...

—¡Qué!... El se habrá pensado en que ella se llenará de novios... porque mirá que es una muchacha... ¡Cómo era!... ¿eh?...

—¡Pero mirá lo que son las cosas! ¡Cómo se chasquea una!... Yo creía que Martín le correspondía a Ernestina.

—¿A Ernestina?... ¡qué estás diciendo!...

—¿Qué no sabías?... Si hace muchísimo tiempo... Yo me acuerdo perfectamente que cuando éramos unas chicas, que yo fuí con papá a la estancia de ellos, ¿te acuerdas? Bueno; ya entonces ella gustaba de él... ¡ya ves!... y me acuerdo muy bien la rabia que le daba a la pobre Jacinta... porque ella sí... que... pobre, ¿eh?...

—¡ Pobre !...

—¡ Cómo lo quería !

—Pues, mirá, Silvia ; yo no creo en nada de eso ; no creo que Martín haya pensado nunca en Ernestina ni que ella se haya fijado en él, y mirá : ¿quieres que te diga la verdad?... De quien gusta, aunque se hace la que no, es de Sampson... del «inglesito», como ella le dice...

—¡ Qué «tipa» ! Cómo no se ha fijado que él juega con ella por pasar el tiempo, no más...

—Y ella cree que tú gustas de él... Así me ha dicho.

—¿Ernestina te ha dicho eso?

Sí, che ; y no hace mucho.

—Pero, ¡ cómo es !... ¿eh? Todo eso lo hace de puro hipócrita que es, porque de quien está enamorada, como te digo, desde que era una chica, es de Martín, y hasta le ha escrito cartas al colegio militar, ¡ ya ves !

—¡ Le ha escrito !... ¿Y él le ha contestado?...

—Eso no sé ; pero le debe haber contestado, porque ella le ha escrito varias veces.

—¿Varias veces?

—Así me ha dicho ella misma : varias veces.

Y al pronunciar esas palabras, Silvia se puso encendida, muy encendida, y Marcela se puso pálida, muy pálida.

*
* *

A la noticia de que Martín pasaría el día con su familia quedaron, de hecho, invitados a ir a saludarlo sus amigos y las muchachas, para quienes la visita tenía el doble encanto de ver a Martín y de verlo «de militar».

Sólo Marcela cuya creciente intimidad con Eva la convertía en su inseparable compañera, fué a almorzar con Martín ; los demás irían a la tarde.

La mañana, hasta la hora del almuerzo, la pasaron en comentar la nueva vida a que estaba sometido Martín, que durante casi tres horas estuvo sentado en el sofá de la sala con Felisa a un lado, el doctor Cortés al otro y Eva en una silla frente a él.

En más de un momento se dió el caso de que los cuatro hablaran al mismo tiempo, asediándolo con preguntas, que Martín se afanaba por contestar con la mayor celeridad posible, formulando, por su parte, las que dirigía preferentemente a su mamá, y que todos contestaban simultáneamente en una cariñosa puja por complacerlo.

Y más de una vez también los ojos de Felisa se empañaron de lágrimas de tierna emoción al contemplar a su «hijo» idolatrado vestido con el uniforme militar; y más de una vez la voz del doctor Cortés se veló bastante oyendo a su «hijo» y recordando el final del cuento del huerfanito proyectado por Felisa y referido a sus «hijos» en el «tambo» de la estancia; y más de una vez también el corazoncito de Eva saltó de ternura, saltó de alegría, saltó de amor, frente al «cadete Marten», en cuyo labio apuntaba el bozo del color castaño de su cabello.

Aquellos quince días transcurridos desde el ingreso de él en el colegio militar parecían a sus «papás», y especialmente a Eva, que se habían convertido en quince meses, tan cambiado encontraban a Martín y tanto lo habían extrañado.

—¡Pero si hasta el metal de la voz me parece distinto, «hijito»!—le decía Felisa, tomándolo cariñosamente de la nuca como para mantenerle la cabeza en posición de poder mirarle más largamente en los ojos.

—En lo que más se nota el cambio es en los movimientos: más duros, más enérgicos—decía el doctor Cortés.

—Pues yo lo noto igual en todo—dijo Eva; pero no decía la verdad, pues lo encontraba mucho más lindo que antes.

El, en cambio, los veía idénticos a como los dejó, y los contemplaba con su intensa e invariable ternura de «hijo» y de «hermano», como que tal se sentía frente a ellos y frente a Eva.

La emoción, y sobre todo la precipitación con que había preparado su salida del colegio para su casa, fué causa de que se olvidase del pañuelo de manos, y al advertirlo se levantó de su asiento del sofá, y rompiendo la marcha como al compás del tambor, dijo al salir :

—Voy a traer un pañuelo.

—¡ Deja, Martín, yo voy ! — exclamó Eva, que apenas pudo alcanzarlo al salir de la sala para continuar al lado de él en busca del pañuelo, pues no desistió de ir a buscarlo, a pesar del insistente ofrecimiento de su «hermana».

Juntos llegaron al ropero de Martín, pero... ¡ estaba con llave !

—A ver—le dijo Eva sonriendo—, saca un pañuelo...

—Está con llave.

—¿ Y quién tiene la llave?—preguntó ella picarescamente.

—¿ La tendrá mamá?

—¡ No, señor !... ¡ La tengo yo !... Y aquí está—repuso Eva sacando del bolsillo de su delantal una pequeña carterita que contenía la llave y unos papeles.

—¿ Qué son esos papeles, hermana?...

—Son... tus cartas...

—¡ Qué loca !... Esas cartas, después de leídas, se rompen y se tiran—dijo él mientras ella abría con delicado cuidado el ropero, cuyo interior estaba insuperablemente arreglado por sus propias manos ; pero al oírle aquello, después de dar vuelta a la llave y antes de retirar la puerta del mueble, le preguntó mirándole tiernamente ;

—¿Tú has tirado las mías?

—En mí es distinto, porque yo estoy lejos de ustedes, y las cartas que me mandan me sirven para leerlas y así me parece que estoy aquí.

—Bueno; a mí me pasa lo mismo; cada vez que releo las tuyas me parece que hablo contigo—y abrió el ropero.

Al mirar el arreglo de su ropa y notar la presencia de pequeños frascos de perfumes que ella había colocado simétricamente con los peines y cepillos, al ver aquello exclamó Martín:

—¿Todo esto es obra tuya?...

—Ya ves... y a pesar de todo... tú entraste de militar...

—¡Martín!... Aquí está Marcela que viene a saludarte—dijo desde la puerta Felisa, seguida por Marcela, vestida de nuevo de pies a cabeza y más bonita que nunca.

—¡Cómo te has puesto de grande! ¡Y qué bien te queda el uniforme!... — exclamó con irreprimible emoción Marcela.

—¡Y eso—le dijo Eva—que no lo has visto con el quepis puesto!—agregando— : Vamos a mi cuarto a sacarte el sombrero.

Así lo hicieron ellas, y Martín con su mamá volvió a la sala en busca de su «papá» para pasar al comedor, porque ya estaba «el caldo en la mesa».

Tal era, en efecto, la forma invariable de anunciar el momento de almorzar en las familias de aquellas épocas: «Está el caldo en la mesa», e invariablemente era el delicioso caldo con arroz el plato inicial en el almuerzo de to-

dos los hogares argentinos. ¡ El caldo ! ¡ El riquísimo, el nutritivo caldo, más o menos gordo, más o menos substancioso, según el caudal del respectivo puchero, que a su vez seguía al caldo, y que en la estación correspondiente lucía los exquisitos y sabrosos choclos que los chicos y los grandes comían, tomándolo por los extremos con el anular y el pulgar de la mano—cuando el choclo no asumía desmesuradas proporciones, superiores a un jeme, porque entonces se le tomaba con las dos manos—y casi era más rico comido así !

Raras veces el almuerzo en familia era iniciado en otra forma, y cuando así sucedía, el caldo, siempre infaltable, era precedido por un «salpicón» criollo, hecho con puchero o asado del día anterior cortado en pequeños trocitos, a los que se mezclaba tomate, ají, cebolla, huevos picados, aceitunas, a veces alcaparras, y lechuga alrededor, como adorno y como complemento.

El sitio del salpicón, en las ocasiones transcendentales, solía ocuparlo o unas sardinas, sacadas directamente de la caja, o unas «legítimas butifarras catalanas»—fabricadas generalmente en Barracas o en Flores—y que auténticos barceloneses vendían a domicilio, llevándolas en «canastas españolas», hechas en el barrio del Once, con juncos del Tigre, de modo que, salvo el vendedor, muy pocos vínculos con la tierra de Balmes tenían las «legítimas butifarras catalanas».

Las sorpresas de orden culinario se presenta-

ban después del puchero, pues el repertorio de la época era bastante numeroso, como que catalogaba: «mondongo», «patitas», «albóndigas», «carbonada» de diversas clases, «bifes», «humitas», «tortillas» de cuanto Dios creó, «fritos» de toda clase y «empanadas» surtidas; pero, en realidad, los «fritos» no eran frecuentes en los almuerzos, sino en las comidas, en las que era «del mejor tono» servir el «frito» después del guiso, y este precepto tenía la ventaja de su acción informativa, porque ya se sabía que tras de aquél sobrevenía el postre fatalmente, y los comensales «dejaban el cubierto en el plato», dándose por satisfechos.

En el almuerzo de aquel día, en casa de Martín, no hubo ni siquiera sardinas, como extra, no sólo porque su «papá» era enemigo de dar trascendencia a nada, que no la tuviera en absoluto, sino porque Martín compartía esas ideas, y porque, finalmente, no convenía darle pie para posibles comparaciones dolorosas con los almuerzos del colegio.

Sentados a la mesa, Felisa, su esposo y Martín, revolvía cada uno lentamente el caldo que tenía delante y que exhalaba un incitante olor a choclo, cuando la señora ordenó de nuevo que se llamara a las niñas, pues éstas, conversando sobre Martín, se habían olvidado de que «el caldo estaba en la mesa».

Cuando ésta se integró con ellas, tenía Martín la palabra, refiriendo las condiciones de los nuevos amigos que había conquistado, y como el tema era particularmente interesante, todos

estaban pendientes de sus labios mientras él decía:

—En general, todos son excelentes muchachos, muy vinculados entre sí; algunos son muy estudiosos y hasta piden permiso para quedarse estudiando hasta que tocan «silencio».

—¿Y eso qué es, Martín?—le preguntó Eva.

—Es un largo redoble de tambor que se toca a las diez de la noche, para que todo quede en silencio; pero cuando queda de servicio un trompa, el toque de «silencio» se da con corneta, y es mucho más triste.

—Bueno, hijo—le dijo su mamá—, sigue con lo de tus amigos.

—¡Amigos!... Claro está que todavía no puedo llamarlos así... Si recién nos conocemos... pero hemos simpatizado y nos buscamos para andar juntos y para estudiar juntos los que estamos en primer año; son tres cadetes que parecen realmente muy buenos: Arturo Gorriti y Rafael Taylor, que se han hecho lo más amigos míos, y Luis Viamonte, también muy bueno y muy serio, que es todavía más amigo, y en tercer año hay un cabo que se llama Eudoro Forá, que en los actos del servicio es un «toro», y así le dicen los cadetes por sobrenombre; pero que después es el más bueno de todos y se ha hecho tan amigo—porque también sabe tocar la guitarra y el piano—, que va a venir a buscarme luego a las cuatro para irnos juntos al colegio.

—¿A las cuatro?—le preguntó Eva en tono afligido.

—Tenemos que estar allá a las cinco, para no faltar a la lista.

—¡ Cuánto me alegro, hijo, de que ese amigo, que tú dices, venga a buscarte, porque así lo conoceremos !

—¡ Verás, mamá, qué simpático !

—A las cuatro...—repitió Eva, como hablando consigo misma, mientras contemplaba a su hermano, que en ese instante decía, levantando su plato :

—Mamá... déme ese otro choclo.

*
* *

Momentos después de terminar el almuerzo, pero no la habitual sobremesa, llegaron las visitas, que llenaron la casa de estrepitosas alegrías, y a Martín de elogios y de efusivas demostraciones de cariño.

Sólo faltaban en aquella reunión los padres de la pobre Jacinta, que mantenían el sentimiento de injusta hostilidad hacia Martín, incubado en los días tristísimos en que ella se consumía de pasión por él.

Ernestina y Silvia llegaron de las primeras en compañía de sus padres y hermanos ; luego

uno tras otro, Sampson, Ruiz, Sáenz, Miró, Rodríguez y Moreno, que en coro alababan, y acaso envidiaban, a Martín al verle repleto de satisfacción dentro de su simpático uniforme de cadete.

El único de los amigos de Martín, que no concurrió a saludarle, fué Rolón; pero nadie sabía a qué atribuir su ausencia, que, por cierto, no pasó inadvertida.

Comentándola, dijo de pronto Ernestina:

—¡Che, Martín!, no puedes quejarte de no ser visitado: sólo falta Rolón.

—Y Leticia—agregó Marcela.

—Y alguien más—dijo Martín, que en ese momento estaba rodeado por todos los amigos.

—¿Quién?... ¡que diga!... ¡que diga!...—exclamó Ernestina, contemplada por Sampson con una expresión de embeleso tan acentuada, que parecía imposible que no tuviese puestos los patines.

Martín se limitó a mirar a Ernestina, sin decir ni una palabra, y reanudó la conversación en que estaba empeñado, pero Eva no pudo resistir a la curiosidad, y acercándosele y golpeándole cariñosamente en el hombro con la mano, le preguntó casi confidencialmente:

—¿Quién, che?... ¿Quién falta?...

—¿Tú tampoco te acuerdas?

—No, che; no me acuerdo; ¿quién?

—La pobre Jacinta...

—¡Vaya!... qué recuerdo...—moduló Eva sin poder reprimir cierta contrariedad ante el he-

cho de que Martín, después de casi cuatro años, recordaba a la muerta...

Del grupo central de los visitantes jóvenes se desprendían alternativamente algunos de ellos tras de algunas de ellas o viceversa, para reintegrarse en seguida después de estériles tentativas de conquista espiritual, tanto más infructuosas cuanto que invariablemente subsistía la conocida situación de incoincidencias.

Si Ernestina salía de la sala, donde se efectuaba la entretenida tertulia, «con intenciones de ir a tomar agua al comedor», tras ella volaba Sampson solícito y diligente, ofreciéndole sus servicios ; tras de él Silvia, abandonando a Martín por indiferente y desatento, apresurada por saber qué quería Sampson en el comedor ; pero siguiendo los pasos de Silvia se lanzaba, bien que pesadamente, Moreno, con su andar de fornido pelotari que avanza proyectando una «cortada» decisiva.

Los afanes, infantiles casi y tontos del todo, de Sampson, se estrellaban contra la indiferencia de Ernestina, cada vez más alucinada con el gallardo cadete ; embaucado con ella Sampson no advertía el alcance de las informes amabilidades de Silvia, cuya creciente belleza la ponía cada día más tonta, y los cumplimientos de «San Bernardo» para con ella quedaban reducidos a verdaderos ladridos a la luna.

Por el mismo camino y uno tras otro regresaban a reunirse con el grupo de la sala, donde Martín atraía las miradas de Eva y de Marcela, mientras Eva era disimuladamente contempla-

da por Ruiz, por Sáenz y por Miró, para quienes ella era el único atractivo de aquella reunión y de aquella casa.

Cada vez que Eva notaba la incontenible dedicación de Marcela, se enrojecía de celos y de rabia ; y cada vez que Marcela se creía sorprendida en su embeleso se ponía pálida y se abanicaba más ligero.

El único que, como siempre, permanecía inmutable y ajeno a cuanto pasaba a su alrededor, era Martín, para quien los nuevos estudios iniciados, la disciplina militar adunada a la propia instintiva disciplina del carácter, la convicción de encontrarse en camino de obtener una carrera y una posición independiente, la forma de vida a que se hallaba sometido, lejos de las dulzuras del hogar, todo propendía a la más firme consagración de su espíritu en el sentido de mantenerse dentro de la línea de conducta que su propio juicio le trazó.

La vida juvenil tenía para él doble encanto, por lo mismo que no la contaminaba con anhelosidades de orden moral o imaginativo, perturbadoras de la serena pubescencia que alboreaba en su espíritu.

Martín tenía la suerte de conservarse en los límites de su edad, pues sus formas de casi instintiva rectitud en sus ideas no estaban reñidas ni con los juegos del recreo ni con las más inocentes quimeras juveniles ; pero no entraban en éstas los devaneos de prematuras pasiones en amorosas lides, que en sus compañeros constituían la manera corriente y natural de ser.

Si cualquiera de ellos se hubiese encontrado con cualquiera de ellas o viceversa en asidua relación de amistad, pero aisladamente, no se les habría ocurrido «pensar en pensar» en aventuras de amor, y es precisamente ese aspecto de la vida, en la niñez y en la pubescencia, la razón esencial de que, por lo común, la inocencia se conserve mejor en la vida solitaria del campo que en la aturdidora de las grandes ciudades, en las que—como crece el musgo en la sombra de las ruinas—, crece el manzanillo de la precocidad infantil.

Eva y Martín no habrían dejado de sentirse mutuamente «hermanos» si hubiesen vivido fuera del roce estimulante y provocativo de otras chicas y de otros chicos, y de ahí que habiendo primado en ella el concurso de las chicuelas que pasaron con ellos las vacaciones en la estancia de Felisa y las horas de clase de la escuela, en Eva el despertar se anticipase, mientras en Martín se conservaba inmutable la serena infantilidad de su alma, que sólo empezó a tentar su aleteo al contacto de los diversos niños con quienes contrajo amistad en los colegios.

La constitución psíquica de Eva, como en Martín la suya, era promesa de apacible juventud, a condición de que no la agitaran influencias perturbadoras, como las que se adueñaron de su espíritu por contagio de provocadas precocidades de orden moral y, como éstas son producto de los grandes centros especialmente o de los centros poblados, no más, lo que le sucedió a Eva en el corretear con sus primas y amigas

tras de Martincito por entre las plantas y las arboledas de la estancia, exactamente lo idéntico ocurría a los amigos de éste, criados en la ciudad y modelados por las desgraciadas influencias que en ésta convierten al niño en hombre y en mujer a la niña en cuanto sale a la luz.

Los amigos, los amiguitos de Martín no concebían que pudieran alternar con un grupo de muchachas sin provocar pasiones y sin sentirlas también, y en tal pensamiento no estaban solos, ya que ellas se anticipaban a pensar lo mismo.

Sampson «tuvo» que enamorarse de Ernestina, como Rodríguez de Marcela y como Moreno de Silvia, y como Ruiz, Miró y Sáenz «tuvieron» que enamorarse de Eva desde que la conocieron—aunque éstas se conservaran en amable o timorata expectativa ante la natural sospecha de que «ella» fuese la prometida de Martín.

El respeto a éste era sincero; el amor a ella era convencional inconscientemente, desde que cada uno sentía como la necesidad de competir con el otro en supuestos propósitos de aventuras pasionales, y de ahí que lo primero primara en la imaginación de ellos hasta imponerles actitudes.

Durante toda aquella tarde ellos y ellas realizaron una verdadera puja de disimulos, de hipocresías y de amabilidades, hasta que por fin fué anunciada la presencia del cabo Forá, que iba en busca del cadete Martín. Al anuncio, todos se asomaron al patio con el más vivo inte-

rés por conocer al nuevo amigo de Martincito y a cuál más, sin excepción, recibieron la agradable impresión que su marcial porte inspiraba.

Alto, fornido, de cabellos castaños, rosado cutis, ojos celestes y grandes, ademanes desenvueltos, el cabo Forá era un espléndido muchacho. Ante su resistencia a pasar adelante, el doctor Cortés, Felisa y Eva salieron al zaguán, donde fueron presentados por Martincito; pero al hacerlo con Eva el cabo Forá prolongó más de lo conveniente su respetuoso saludo a ella, ¡ y todos lo notaron !...

*
* *

A medida que las «chicas» dejaban de serlo para acentuar los contornos de «muchachas» confundibles a ratos con los de «señoritas», sus respectivas mamás dejaban de creerlas lo primero para reconocerlas lo último, y si antes descansaban en la inocencia de las chicas, luego confiaban en la discreción y delicadeza de las muchachas.

Cuando chicas la inocencia las protegía, y cuando crecieron la moral las escudaba; en el primer caso el ángel de la guarda las cubría con

sus alas; en el segundo la propia decencia y la educación recibida las convertía en verdaderas fortalezas inexpugnables.

El amor de las madres hacia sus hijas las mueve a mirarlas con aquel criterio o con aquella falta de criterio más bien, y cuanto más idolatrada es una hija, más lejos la idea de que necesite la protección de la vigilancia materna, y así, cuando «chicas», juegan a las «escondidas», y cuando «señoritas», concurren a los bailes o pasean con casi la misma libertad con que se entregan a aquel inocente entretenimiento infantil.

Las madres son así, con raras excepciones, como si hubiesen sido excepcionales cuando chicas o como si la ternura maternal matase a la memoria de la primera edad.

Eva se cuidaba sola, por sus eximias condiciones de carácter, y sus padres no habrían tenido inconveniente en dejarla ir a veranear a la estancia de algún amigo, como fué Silvia a la de ellos; Marcela era tan mesurada y tan cautelosa en sus formas externas que bastaba «verla» para comprender que podía confiarse en ella sin reservas; Silvia era un temperamento más sensible y más impresionable, pero tenía suficiente viveza natural para darse su lugar y hacerse respetar «por todo el mundo», de modo que pudo así ir a la estancia de Cortés con su papá o con Camila, que era lo mismo que ir sin nadie que la vigilara, como podría ir a donde quisiese la suerte llevarla, pues para «eso» era »bastante grande»; Ernestina era en cambio

«tan viva», tan inteligente, tan despejada, que en realidad no necesitaba de más protección que la que ella misma podía prestarse.

Todas esas consideraciones formulaban las madres de aquellas chicas en los raros momentos en que se les ocurría pensar en ellas ante algún motivo de grueso volumen, porque en lo común de la vida ordinaria ninguna de ellas se detenía a meditar sobre los posibles peligros que amenazaran a sus hijas.

Ernestina ofrecía el caso más palpable de la confianza, rayana en la indiferencia aparente, de una madre para con su hija, cuando cree poder y deber fiar en las calidades defensivas de ésta.

El doctor Zaldúa tuvo oportunidad de comprar una grande y hermosa quinta — casi una chacra—, en el pintoresco pueblo de San Isidro, que en la época era de los preferidos para el veraneo de la sociedad porteña.

La quinta que Zaldúa compró se encontraba sobre el camino de acceso a los «Ombúes» y a pocas cuadras de éstos, con cuyo nombre se designaba un precioso sitio de la barranca sobre el río, a cuya playa daban acceso diversas tortuosas y empinadas sendas, por las cuales las muchachas y los jóvenes bajaban y subían, como cabras serranas, entre grititos de gracioso miedo y entre porrazos de impensadas caídas.

A bastante distancia del cerco de la quinta se encontraba la casa rodeada de árboles que le daban protección contra los rayos solares y contra el polvo del camino, que los carruajes levanta-

ban al pasar y que en las horas de calma atmosférica quedaba en suspenso y se corría lentamente hacia los lados de la calle.

A continuación de los árboles del jardín, en la dirección del río y con un pronunciado declive hacia éste había un alfalfar que ocupaba casi tres manzanas de extensión y que estaba cruzado por varios caminos que lo atravesaban en cruz, destinados al tráfico del carro y recolector de la alfalfa cortada, cuya ausencia señalábase por grandes claros de pasto al ras del suelo, contrastando con los canteros en que se mantenía en el grado máximo de crecimiento, pues las necesidades de la casa no requerían frecuentes ni totales cortes.

El alfalfar estaba a su vez limitado por un gran grupo de higueras que en la estación de verano se llenaban de higos de España y de pajaritos que se los comían, generalmente de un solo lado y siempre del superior, de modo que engañaban a quienes iban a recogerlos, y que viéndolos desde abajo los creían enteros y los arrancaban con la pequeña horqueta formada en la punta de una larga caña tacuara.

El alfalfar y las higueras eran los sitios preferidos en los paseos de Ernestina, con las muchachas y con los «muchachos» que iban de visita casi todos los domingos «a pasar el día».

Muchas veces alguna visita se anticipaba presentándose en la tarde del sábado, y sabiendo que el infaltable pedido de quedarse hasta el domingo obligaría a complacerlo sin violencias. Entre las visitas de esta condición figuraba fre-

cuentemente Silvia con su padre y con Camila, y era valor entendido que aquélla se quedara para regresar al día siguiente con Felisa o con alguna otra de las relaciones que frecuentaba la quinta de Zaldúa.

La adquisición de ésta coincidió con una temporada veraniega en que la familia de Cortés no iría a la estancia de 25 de Mayo, solicitado su jefe por intereses particulares que lo retenían en Buenos Aires, y fué así que siquiera los domingos la quinta de Zaldúa reemplazaba a la estancia del doctor Cortés, como centro de alegres y asiduos y bulliciosos «veraneantes»...

Desde aquella época existió en Buenos Aires la después generalizada doble categoría de veraneantes, constituída por los que veranean por cuenta propia, proporcionándose el veraneo con el propio peculio, mediante la adquisición o alquiler de una finca adecuada; y los que veranean por cuenta ajena, ya sea instalándose con aquéllos, a base de parentesco o de efusiva amistad; ya sea pasando en esas condiciones breves temporadas de «feria o cosa análoga»; ya sea, y son los peores, contentándose con pasar el domingo en la quinta de un veraneante legítimo a quien visitan en unión de todos los chicos de la familia llevados a que «tomen aire» y a que molesten «de lo lindo» a los resignados dueños de casa que, cuando menos, se ven privados de la deliciosa siesta del verano y se ven sometidos al cuidado y atención de chicos y de grandes desde el tren que llega a la hora de almorzar, hasta el último que sale después de comer.

No hay nada más ameno para quien lo observa, ni más horrendo para quien lo sufre, que un domingo de verano en una quinta de campo, y tal así ocurría en la del bondadoso doctor Zaldúa que, casi invariablemente, al acostarse, cansado, deshecho, con dolor de cabeza, en la noche de cada domingo, decía a su esposa :

—Cada vez me arrepiento más de haber comprado esta quinta, y estoy cada día más decidido a venderla... ¡ por lo que me den !... ¡ Esta no es vida !... Hoy han pasado el día aquí cuarenta y dos personas ¡ contadas !... ¡ Cuarenta y dos !... Se han tomado toda la cerveza... y toda la soda... han dejado las higueras sin un solo higo... porque los que no se comieron se los llevaron... no han dejado ni una flor... Los chicos han pisoteado todos los canteros... He tenido que pagar más de ochenta pesos de coches... y no sé cuánto queda para pagar mañana... porque ninguno ha pagado los coches de esta noche... y lo mismo ocurrió el domingo anterior, y lo mismo sucederá el domingo que viene... ¡ Esta no es vida !...

Y a medida que transcurría la semana el bondadoso doctor Zaldúa olvidaba los martirios del domingo y contribuía con todo lo necesario para agasajar cumplidamente a los infaltables veraneantes del próximo día de fiesta ; pero ni él ni su esposa pensaron nunca en que para algunas visitas de domingo el principal encanto se escondía en el alfalfar crecido y en las numerosas higueras del fondo.

*

* *

Desde aquel día en que Silvia contó a Marcela que Ernestina «se escribía» con Martín, tuvo Marcela propósitos de provocar una explicación con ésta a fin de aclarar el punto, no sólo para el caso de que se tratara de un embuste, sino para saber «a qué atenerse».

Marcela no creyó ni por un instante en la posibilidad de que Martín estuviese enamorado de Leticia, ni que por el alejamiento de ésta se hubiera dedicado a la carrera militar, ni que tampoco aun cuando se lo dijo a Ernestina que fuera ésta la predilecta de él; ni que Silvia gustara preferentemente de Martín, ni que Eva pensara en él, más que como una hermana; pero todo eso podía ser engañoso siquiera en parte, y las noticias de Silvia, con respecto a Ernestina, fueron tan categóricas, que bien podía encontrarse de pronto con la plena confirmación de ellas, y entretanto sentía crecer en su espíritu la profunda ternura que Martín le inspiraba, y de lo que nadie más que Dios y ella tenían noticia.

Marcela necesitaba salir de tales perplejida-

des y no encontró para ello mejor camino que interpelar a la misma Ernestina, a cuyo efecto se hizo invitar para ir un sábado a quedarse en San Isidro hasta el domingo.

El tren en que Marcela, acompañada por el bondadoso doctor Zaldúa, que tuvo la amabilidad de ofrecerse a llevarla, salió de la estación Central, era uno de los últimos de la tarde e iba repleto de pasajeros, muchos de los cuales, como ella, se trasladaban a los pueblitos del Norte para gozar de un par de días de campo, a costillas de los veraneantes permanentes en los meses de verano.

Desde el asiento del coche ferroviario que ocupaba, sentada al lado del doctor Zaldúa, veía Marcela la bajada de la calle Piedad (1), por la que descendían corriendo los pasajeros que se dirigían a la estación Central, situada en el Paseo de Julio, al pie de aquella calle, y veía también el andén lleno de las personas que iban a «despedir» a los viajeros.

Muchos de éstos no pasaban de «Belgrano», como punto de destino : pues en aquella época era «un viaje» ir a Belgrano, y muchas familias de la más opulenta aristocracia porteña veraneaban en esa localidad, que el estupendo desarrollo de Buenos Aires convirtió después en un barrio parroquial de la inmensa metrópoli.

Ir a Belgrano significaba «salir al campo», y así lo practicaban muchas familias que tenían en esa localidad sus «quintas», a las que,

(1) Hoy «Bartolomé Mitre».

previas todas las operaciones de una verdadera traslación de domicilio, se dirigían para pasar el verano, huyendo de los calores de la gran ciudad.

Con la aparición de los primeros fríos o de la equivalente advertencia de los almanaques, especialmente del «almanaque de Brístol», que era famoso, no tanto por sus indicaciones científicas como por sus nutridas secciones de graciosos chascarrillos, las adineradas familias que veraneaban en Belgrano salían «matando caballos» para Buenos Aires, porque en Belgrano era el invierno atrozmente crudo...

El ferrocarril del Norte partía, pues, de la estación Central por entre los árboles del Paseo de Julio, hasta cuyo pie llegaba el río, formando entre los muelles de «Pasajeros» y de «Catalinas» una especie de colosal batea que servía a las lavanderas bonaerenses para lavar y colgar, sobre las toscas del río, largas hileras de camisas y linajudos calzones que el viento hinchaba como para dejar calcular el volumen de sus elegantes dueñas.

A poco de salir de «Central», el tren paraba en la estación «Retiro», en cuyo costado sobre la playa existía la famosa «fortaleza», encargada de hacer—con un cañón cuyo estampido se oía a dos o tres cuadras—, salvas de honor en las grandes solemnidades ; a poca distancia del Retiro paraba el convoy en Recoleta, algunas cuadras más afuera en Palermo, luego en Belgrano y así sucesivamente hasta San Fernando, siempre que el río lo permitía, pues estan-

do la vía muy cerca de la orilla, cuando crecía tapaba la línea ferroviaria y el tren quedaba detenido.

No ocurrió así durante el viaje de Marcela, que al descender en San Isidro se encontró con Ernestina y su mamá, que entre el bullicioso concurso de todos los veraneantes habían ido a esperarla con el breack de la quinta.

Después de una rápida jira por el pueblo y por el paseo de los Ombúes, fueron a la casa, porque se acercaba la hora de comer, y allí quedaron de sobremesa hasta recogerse temprano, para aprovechar las horas deliciosas de la mañana del domingo.

Con las primeras luces de ésta se levantaron todos, y luego de tomar el desayuno salieron a pasear por la quinta Ernestina y Marcela. Cruzaron el jardín hablando de las plantas y de las flores; tomaron el camino más ancho del alfalfar, en el que Ernestina encontró tema para contar a Marcela más de una travesura infantil, y, por consecuencia, inocente, realizada entre la alfalfa más crecida, y así siguieron descendiendo hacia las higueras, cuya sombra se proyectaba sobre el alfalfar, en el que las dos muchachas parecían dos torcacitas madrugadoras buscando el desayuno de algunas semillas caídas en el camino.

A medida que descendían por éste entraban en la zona de más intensa sombra, proyectada por las higueras, al mismo tiempo que el tema de conversación las acercaba al motivo esencial

y acaso también sombrío de la visita de Marcela.

Por entre los troncos de las higueras vieron al sol levantándose sobre las aguas tranquilas del Plata, en el que al reflejarse radialmente se proyectaba dibujando una especie de columna estriada por sus propios rayos de luz, en cuya cúspide el sol parecía inmóvil.

En las copas de las higueras gorjeaban metálicamente los «mixtos» y los «cabecita negra», que fueron en sus buenas épocas como los «canarios» de nuestros bosques; de la orilla se corría por la playa y llegaba hasta el pie de las higueras el monótono rezongar del río entre las toscas y los juncales; el olor húmedo de la resaca se unía al que subía del suelo y al que bajaba de los árboles en uno de cuyos troncos se sentaron Ernestina y Marcela, mirando al río y cubriéndose de los rayos solares con los gruesos troncos de unas higueras inmediatas.

—Hoy estás menos conversadora que de costumbre—dijo Ernestina a Marcela, que suspiró en el acto, sin poder evitarlo.

—Estaba mirando el río...

—¿Y qué pensabas?

—Nada... miraba no más... y pensaba: qué lindo es esto.

—¡Hum!... no me parece... ¡picarona!...

Al decir esto Ernestina acarició las mejillas de Marcela, deslizando por sobre ellas los dedos de la mano derecha, que al juntarse en la garganta la obligaron a volver la cara hacia la de

ella y a dirigirle una forzada sonrisa, en la que no intervinieron los ojos para nada.

—A ti te pasa algo... ¡no me digas que no! —balbució Ernestina.

Y tuvo en seguida la contestación en un nuevo irreprimible suspiro de Marcela.

—¿Ves?... ¿Por qué suspiras?...

—Por nada.

—No me dices la verdad—le dijo Ernestina aproximándosele aún más hasta quedar fuertemente unida a ella y pasándole el brazo por sobre el cuello se puso a mirarla con ansiedad en los ojos, que Marcela tenía bajos y fijos en su propia falda—. Vamos, pues, ¡cuéntame lo que te pasa!

—¿Tú la quieres mucho a Silvia?

—Sí, Marcela, mucho; pero más te quiero a ti.

—Eso no debe ser cierto... Tú tienes confidencias con ella que no las tienes conmigo.

—¡Ay! ¡qué mentirosa!... ¿Confidencias con Silvia?... ¿Yo?... ¿Pero, qué estás diciendo?...

—Ella me ha contado; ¡ya ves!... Y no puede ser mentira.

—¿Qué te ha contado?... ¡Vamos a ver!... ¿Qué?...

—Yo no te debería decir...

—¿A mí?... ¿Por qué no?... Me explico que a otra no le dijeras; pero tratándose de confidencias que yo misma he hecho y que te las han contado, ¿qué puede tener de malo?

—Como tú... no... me las has contado... a mí...

—¡ Ah !... ¡ Ya sé !... ¿ Lo que hablamos el otro día de Sampson ?...

—¿ Qué hablaron ?...

—Que ella creía que yo estaba lo más entusiasmada con él.

—¿ Y no es cierto ?...

—No, che, Marcela ; antes me gustó algo, y al principio me parecía simpático ; pero después me resultó cargante y hasta muy pavo ; ella sí que gusta de él.

—Pero él gusta de ti...

—¿ Y a mí qué me importa, si yo no lo puedo pasar ?...

—¿ Y a ti, quién es el que te gusta ?...

—Dime, tú primero, quién es el de tu simpatía...

—Antes dime si es cierto lo que contaste a Silvia.

—¡ Pero si no sé qué es !...

—De tus cartas a Martín...

—¿ Qué cartas ?

—Silvia me dijo que tú le contaste que te escribías con él...

—¡ Pero, cómo es Silvia !... che, Marcela... ¡ Cómo es !... Mirá : te ha dicho eso para sacarte «de mentira, verdad», ¿ sabes ?... porque aunque a ella le gusta Sampson, mucho más le gusta Martín... y a más se cree que el muy pavo gusta de mí, como si yo le fuera a hacer caso, y por eso te ha dicho eso : para saber si tú gustas de Martín... o si yo... o alguna de nosotras... porque no pasa de ser una intrigante.

—Pero... tú... tú... ¿ gustas de él ?...

—¿Y qué tendría de malo?

Al levantarse el sol cada vez más alto proyectaba la sombra de las copas de las higueras más próximas al pie de éstas, de modo que las dos muchachas se encontraban envueltas en ella, a cuya influencia parecían más pálidas que cuando el sol las alumbraba por entre los troncos, refractándose sobre la superficie del río; pero fuera ésa o no la causa, el hecho fué que al pronunciar Ernestina aquellas palabras ella y Marcela se pusieron lívidamente pálidas y transcurrió un momento sin que articularan ni una palabra.

—De malo... nada... —moduló suspirando Marcela, contemplada ansiosamente por Ernestina, que repuso con cierta energía:

—Y no sé que ninguna de nosotras se haya comprometido a no fijarse en él.

—Eso es claro... pero, ¿tú le has escrito?

—Suponte que le haya escrito...

—¿Y él te ha contestado?...

—¡Che!... ¿Y eso?... ¿A qué viene?... Yo soy muy dueña de escribir a quien me dé la gana, y Martín puede escribir a quien se le antoje; ¿tú qué tienes que ver con todo esto?

—¿Yo?—exclamó Marcela, alzándose violentamente en una actitud de la que nadie la habría creído capaz—, ¡y si yo tuviera que ver!, ¿qué dirías tú?... ¿Vamos a ver?...

—¡Tú!...—prorrumpió Ernestina, conteniendo un alarido—, ¿tú estás enamorada de Martín?...

—¡Eso a ti no te importa!

—¿Y si me importara?

—¿Acaso tú también estás enamorada de él?

—¿Cómo: «también?»... Eso quiere decir que tú lo estás...

—Bueno, Ernestina, ¡sí!... ¡lo estoy!...

—¿Y él te corresponde?

—«El» ni sospecha siquiera... porque yo no le he dicho nada.

—¿Y por qué no le has dicho?

—De miedo...

—Miedo, ¿de qué?

—Que él gustara de otra... de ti, acaso...

—Por eso me dijiste aquella vez: ¿te acuerdas?... que tú creías que él gustaba de mí...

—Sí, por eso te dije; para saber... y al fin: ¿le has escrito?...

—No, Marcela; yo no le he escrito nunca; son mentiras de Silvia, y ella sí que está enamorada de él, pero tampoco le ha dicho por temor a Eva.

—¿A Eva?...

—¡Es claro!... Si Eva está apasionada de él hace mucho... y lo peor es que yo creo que él le corresponde... «él»... le... corresponde...

—Que... «él»... le... corresponde...

—A mí me parece, por más que Leticia decía que «él» le hacía caso, y hasta me dijo que su familia la llevaba a Montevideo para ponerlo a prueba a «él»... porque todavía eran muy jóvenes... y que, como tú sabes, volverán más adelante y que si entonces él sigue queriéndola se casarían.

—¿Y Eva sabrá eso?

—¡ Quién sabe !... Porque como Martín es tan reservado... ¡ vaya una a saber !...

—Pero, al fin : ¿ tú, qué crees de todo eso?

—¿ Yo?... Mirá, Marcela : yo no sé qué pensar... A veces me parece que él gusta de ti... otras veces que de Eva... otras que de Silvia...

—¿ Y de ti?

—De mí, no creo...

—¿ Pero tú gustas de él?

—¡ Sí, Marcela ! ¿ Para qué ocultártelo?... Desde chica tuve encanto con él y cada día lo he querido más, y si no lo he dejado ver es porque me parecía que él no me hace caso... o que gusta de otra...

—¿ De cuál, por fin... crees tú?

—En realidad... yo creo... que... de Eva—repuso Ernestina con la voz velada y con los ojos empañados.

—Yo también... si no es de ti... es de Eva...

Y durante un largo rato sólo se oyó el gorjear de los pajaritos en las copas de los árboles ; el tubido de unas palomitas torcaces en las ramas de un ombú del cerco inmediato, y el monótono chapoteo del río entre las toscas y los juncales de la orilla...

*
* *

La quinta de Zaldúa reemplazó a la estancia de Cortés en las reuniones veraniegas, así como la casa de Hurtado fué centro de interesantes tertulias de invierno. Y para que el cambio del cuadro fuese completo, los nuevos condiscípulos del «cadete Marten» substituyeron en poco tiempo a los que durante sus anteriores estudios frecuentaron su casa.

Las habilidades de Martín en la guitarra y en el canto, especialmente, agregadas a sus condiciones de carácter cada día más estimables y más acentuadas lo hicieron centro de un gran núcleo de cadetes que se disputaban su amistad y que lo solicitaban con verdadero cariño.

Varios de ellos fueron preferidos en cierta medida por él, y como para «sus papás» sus amigos significaban un poderoso motivo de curiosidad, de interés y de afecto previo, Martín los llevó a su casa en momentos en que las circunstancias alejarían de ella a los amigos de antes, pues casi todos éstos tomaron rumbos en direcciones más o menos opuestas.

Sáenz se fué a trabajar al campo, por carecer de aptitudes para el estudio reglamentado, no obstante su inteligencia natural y acaso por eso mismo; Ruiz se matriculó en la facultad de ingeniería y Miró en la de medicina, reclamados constantemente por los estudios hasta renunciar, como Sáenz, a festejar de ojito a Eva, en posible competencia con Martín y con el gallardo cabo Forá; Rolón tuvo que emplearse con un despachante de aduana que lo ocupaba «de sol a sol», dejándole muy pocos momentos para la vida social; Rodríguez se dedicó a la carrera de abogado y renunció a Marcela en cuanto supo que ésta «no le haría caso» obsesionada con Martín; Moreno, que había aumentado su volumen de «San Bernardo», desistió de su simpatía hacia Silvia, porque al ganar ésta en belleza había progresado en tontería hasta ser la más linda de todas y la más «pava», en sus maneras y en su conversación y aun en su risa, pues reía más preocupada de no arrugar su cutis que de celebrar el motivo que la impulsara a reír.

Del grupo de los enamorados sólo quedó Sampson en su puesto, no precisamente porque lo dominara un sentimiento más intenso que a los otros, sino porque siendo el menos inteligente y el menos perspicaz y el más tonto no advertía ni que Ernestina no le hacía caso ni que sólo había podido despertar las simpatías de la que cada día se le parecía más: la bella Silvia—que a pesar de su creciente tontería en-

treveía la posibilidad de que Martín la hiciera algún día su predilecta.

Todos los devaneos amorosos y los afanes pasionales de aquel grupo de muchachos se desvanecieron sin desgarramientos porque fueron flores de la imaginación que casi nunca llegan a cuajar en frutos; fueron la visión juvenil de un espejismo; fueron... cosas de chicos... amores de muchachos...

Y se evaporaron con más celeridad tal vez, debido a la presencia vigorosamente substitutiva del grupo de gallardos cadetes que Martín llevó a su casa periódicamente como concurría él a las de ellos, no sin vencer las resistencias que a este efecto le oponía Eva...

Con el cabo Forá visitaban a Martín o más bien a su familia, los tres cadetes de excelentes condiciones morales, como que eran fruto de una selección más sesuda por parte de Martín a quienes se había referido en la primera visita que como cadete hizo a su familia. Rafael Taylor era el más inteligente de los cuatro; pero el menos esbelto, pues a su estatura no muy espigada unía un cuerpo demasiado robusto, sin llegar a ser grueso; tenía la cara llena y redonda, siendo esta redondez la característica de todas sus facciones, pues tenía redonda la frente, redondos los ojos, redonda la nariz y los pómulos y la boca y hasta el mentón.

Largo y delgado era su condiscípulo el cadete Arturo Gorriti; de ojos apacibles y facciones finas; fuertemente atrayente aunque dominaba acaso en la expresión de su semblan-

te más la dulce bondad de una niña que la indispensable energía del soldado ; pero en la afable languidez de su mirada y de sus gestos armónicos con ella, había un candor tan puro que cuantos le trataban simpatizaban con él.

Rubio y blanco, ligeramente rosado ; de facciones enérgicas y de espíritu jovial, era el cadete Luis Viamonte el más simpático, el más inteligente y el más buen mozo del grupo de los nuevos amigos de Martín. Tenía Viamonte grandes ojos azules... ¿azules?... no ; verdes... ¿verdes?... tampoco... más bien celestes claros... pero no era eso... eran... ¡ transparentes ! ¡ Eso es ! Transparentes y profundos, y cuando reía, mostrando íntegramente la insuperable dentadura, sus ojos se ponían más profundos, más transparentes y el más buen mozo y más simpático.

Tenía además Viamonte lo que podría llamarse las «dos expresiones» de los tipos de verdadero valer : amable, jovial, infantil, o enérgico, serio, reposado, según las circunstancias en que se encontrase. No era ni el superficial que ríe siempre, ni el que cubre su superficialidad con la adustez ceñuda del superhombre.

Cuando aquellos cuatro cadetes conocieron a Eva, Ernestina, Marcela y Silvia, eran éstas fortalezas desguarnecidas, y el espíritu militar los llevó al ataque en cuanto lo permitía la naturaleza del terreno... Ellas eran algo así como plazas abandonadas y la defensa tenía que resultar estéril.

Taylor avanzó sobre Ernestina, que se rin-

dió sin combatir; Gorriti se propuso intimar rendición a Silvia, que se anticipó a sus deseos en acto de represalia a Sampson, reducido al papel de francotirador, sin municiones; Viamonte parlamentó sin éxito con Marcela, confiada en que le llegase el concurso de Martín, y finalmente, el cabo Forá puso sitio a Eva, sin atreverse a una acción en que podría comprometer su suerte de estratega; pero en la realidad de todo ello, el cabo Forá era el único realmente «enamorado» del éxito en la campaña emprendida y en la que su táctica le aconsejaba explorar cautelosamente antes de lanzarse al asalto.

Cuando supo que Eva no era hermana de Martín, pensó en que pudiera ser su prometida y trató de saberlo en un diálogo sostenido con él en circunstancias en que trataban de estudiar a la sombra de un alto cañaveral situado en el costado exterior del colegio.

—Dime, Marten: ¿tú tienes novia?

—¿Novia?... ¿Para qué?

—¡Cómo para qué!

—Sí, pues: ¿para qué?...

—Pero che, ¿para qué se tiene novia?

—No; no tengo, porque no podría tenerla de ninguna de las dos clases.

—¿Cuáles son esas clases?

—Muy sencillo: novia para casarse, y yo estoy muy lejos de poder hacerlo; y novia para reírse de ella...

—No es precisión, che, Marten; casarse en cuanto se tenga novia.

—Lo supongo; pero tampoco ha de ser muy divertido estar de novio durante varios años.

—¿Por qué no?

—A mí me parece.

—¿Entonces te parecería mal que yo tuviese novia?

—¡Ah! Eso no lo sé; tú podrás querer casarte joven y podrás tener cómo hacerlo; pero yo no estoy en ese caso; yo no tengo recursos ni carrera para proporcionármelos y... ¡de aquí a que la tenga!...

—¡Qué!... un par de años...

—Sí, para salir de subteniente: ¡gran cosa!

—¿Y qué?... ¿Tú esperarías a ser general para casarte?

—¡Quién sabe!... No he pensado en eso, pero de lo que sí estoy seguro es de que no me casaré de alférez, ni de teniente... ni cosa por el estilo.

—Mirá, Marten: nosotros nos hemos hecho bastante amigos ya, a pesar de que hace poco que nos conocemos, y bien podemos confiarnos nuestras cosas; ¿no te parece?

—Así es.

—Bueno... mirá... este... decime una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Qué te parecería que yo tuviera novia?

—¡Pero qué va a parecerme!... Ya te he dicho: eso va en cada uno.

—Mirá, Marten: yo te voy a hacer una confidencia de amigo... de amigo de verdad.

Martín arrancó un yuyo seco y se entretuvo en quebrarlo en pequeños trozos, contempla-

do anhelosamente por su compañero en espera de una palabra de estímulo, ante cuya ausencia agregó :

—Antes quiero hacerte una pregunta.

—¿Qué pregunta?—repuso Martín, después de quebrar el último pedacito de la ramita seca con que estuvo entretenido.

—¿Tu hermanita está comprometida?

—¿Eva?—preguntó Martín, como para darse tiempo de pensar en una contestación discreta.

—Sí, pues.

—Tú sabes que Eva no es hermana mía...

—Pero es como si lo fuera...

—Eva es una chica todavía... fíjate que tiene mi edad.

—¿Y eso qué importa?

—Yo no creo que nadie se haya fijado en ella ; pero de lo que sí estoy seguro es de que ella no ha pensado en semejantes cosas.

—¿Y si yo lo pensara?... ¿Qué te parecería, Marten?

—¿Que pensaras qué?

—En ella...

—¿Qué me iba a parecer?

—¿Te parecería mal?

—No me parecería nada... En esas cosas no me meto.

—¿Pero, cómo no has de poder darme tu opinión?

—Ya te digo : en esas cosas no me meto.

—¿Y si ella fuese realmente tu hermana?

—Para mí es como si lo fuera.

—Yo... si a ti no te pareciera mal... le hablaría... Desde la primera vez que la vi me quedé encantado con ella.

En ese instante se oyó, de pronto, el sonoro redoblante del colegio llamando a formar, y y dando un salto, Martín exclamó :

—¡ Che !... ¡ Echan «tropa !» ¿ Qué habrá?

—Revista de comisario—respondió Forá al ponerse de pie, y juntos corrieron los dos hacia la pequeña verja que limitaba el colegio con el pa seo del parque ; la saltaron de un brinco e instantes después la compañía de cadetes estaba correctamente formada frente a los aljibes del gran patio interior del colegio.

(PARÉNTESIS.)

Al concluir el capítulo anterior díjome Cipriano Montaraz :

—Necesito una licencia por quince o veinte días, señor.

—¿ Y no se la conceden los señores Campana y Compañía?

—Ellos me mandan al Chaco ; la licencia se la pido a usted, para faltarle durante aquellos días : dos o tres domingos.

—No tengo ningún inconveniente, y como «nuestra» novela está ya en las cercanías de su terminación, bien podría seguirla usted en los

ratos desocupados, dándole el desenlace que le parezca más adecuado.

—Suponiendo, señor, que yo fuese capaz de continuarla, no sabría qué desenlace elegir...

—¡ Cómo !... ¿Que ha pensado usted en diversas conclusiones?

—No es eso, señor ; comprendo que la conclusión esté prefijada ; pero mis perplejidades surgen de los distintos desenlaces que entreveo desde ya...

—¡ Muy bien !... ¡ Magnífico !... ¿Y cuáles son esos desenlaces?

—¡ Tantos !... La novela, en general, sugiere al lector desde las primeras páginas un mundo de soluciones diversas, y el público lector se devana los sesos para acertar con la del novelista ; yo, que soy su público, no he podido substraerme a la regla y me he propuesto el problema en este caso, forjándome mil soluciones a cuál más impensada por usted seguramente.

—Me escuece la curiosidad por conocer alguna... ¡ Cuente !

—Que : Martín se case no más, con Eva ; o que Eva muera y Martín se case con Leticia ; o que muera Martín, y Eva entre en un convento ; o que se case con el cabo Forá ; o que Martín, influenciado por malas compañías, se haga un depravado a pesar de todas las energías de su carácter ; o que muera el doctor Cortés y Martín se case con Felisa, de quien habría estado enamorado en silencio.

—¡ Pero si le lleva veinte años de edad !...

—¿Y qué tiene?... Se aplicaría la docrtina

de Camila, y sobre todo podría suceder lo contrario; es decir: que Felisa se hubiese enamorado de él, y echando mano de los recursos de su experiencia lo hubiera cautivado.

—¡Caramba, Montaraz; eso sería demasiado fuerte!... ¿Y usted se animaría a dar ese desenlace a «Una novela»?

—Yo, no señor; primero porque no sabría cómo manejar a los personajes para llegar a esa situación, y después porque si de mí dependiera, yo haría casar a Eva con Martín. ¡Qué quiere usted!... ¡Ese sería el desenlace más grato!...

—Bueno—le repuso—, no vaya usted a decir nada de esto a nadie; «Una novela» lo es en el título y nada más, pues como usted debe comprender, se trata de un hecho real que naturalmente he debido desfigurar a ratos y que podría modificar en su desenlace por más que perdería su verdadero interés; pero, como ejercicio para usted, le indicaría que cuando vuelva me traiga proyectado el que más le agrade a ver si coincide o se aproxima al que le corresponde y tuvo en la vida su personaje central.

—¿Pero entonces Martín Marten ha existido de veras?

—Como usted y como yo, y como casi todos los personajes de novelas como ésta, pues no es posible crear nada que no haya tenido existencia real, más o menos parecida a la que el novelista le adjudica.

—¡Ahora me explico, señor!...

—¿El qué?

—La facilidad con que usted me ha dictado,

—«Dictado», ésa es la palabra exacta; yo no he sido más que un mero agente «dictando» a usted lo que alguien a su vez me dicta a mí, desde el fondo de mi espíritu.

—¿Cómo?... Señor...

—Yo creo que en esta tarea no pongo de mí sino una pequeña parte de ideología consciente; pero, ¿en lo demás?... ¡Me «dictan»!, amigo... ¡me dictan!... ¡Yo no sé quién!... Pero ¡me dictan!...

... ...

Después de una efusiva despedida Montaraz salió de casa con rumbo al Chaco en busca de maderas de sus bosques, y no volví a tener noticias de él.

Como transcurriera mucho más tiempo del calculado, tuve intenciones de continuar yo sólo la redacción de *Una novela* escribiendo por mí mismo los capítulos requeridos; pero me asaltó la sospecha de que falto del estímulo de Montaraz, el tono decayera y la obra degenerase en su estructura externa.

Me abstuve. Sentía la necesidad de la presencia de Montaraz; sentía que me faltaba el aliciente de sus gestos, de sus signos de aprobación y de agrado; el calor de sus miradas; el anhelo de sus expectativas; las vivas señales de sus complacencias; su acción propulsora de mi pensamiento, y de mi vanidad literaria...

Sin él me encontraba en la situación del orador que ensaya a solas un discurso; con él me

sentía como si en efecto me hallase delante de «mi público»...

Decidí esperar resignadamente a que Montaraz regresase, y dejé en el cajón en que estaban, los originales que él había escrito.

Pasó mucho tiempo; llegué a olvidarme de ellos; más de una vez hube de romper aquel montón de carillas; pero es tan doloroso destruir la propia obra, que me faltó el coraje necesario para efectuar el sacrificio... No siempre un hombre es capaz de realizar las buenas acciones que se propone en sus ratos más lúcidos...

Quedaron, pues, en su sitio aquellas páginas que sólo una mudanza de domicilio habría propendido a que desaparecieran, porque es sabido que en esas situaciones se rompen y tiran los papeles acumulados en los cajones del escritorio, y quedaron en el mismo estado en que los dejó Montaraz, hasta que, por fin, después de muy larga ausencia, se me presentó hoy temprano, previo aviso de Camilo que entró en mi dormitorio y me dijo:

—¿Sabe, señor?... ¡Aquí está, que ha vuelto, aquel mozo que venía a escribirle!

—¿Montaraz?...

—El mismo, señor; pero grueso está y con barba... ¡y grandote!...

—Hágalo pasar al escritorio y dígale que voy en seguida.

La noticia me produjo un efecto curioso: no pensé en Montaraz, ni en las causas probables de su larga ausencia, ni en los posibles propó-

sitos con que volviera; pensé exclusivamente en la suerte de *Una novela.*

Cuando estuve delante de Montaraz, creí ver una estatua destinada a un pedestal de quince metros de alto. Casi hizo añicos mi mano al estrecharla entre la suya, y el sofá al sentarse en él, suavemente.

—¡ Está usted desconocido! ¡ Se ha puesto tan grueso!

—¡ Sí, señor; demasiado!

—¡ Y con esa barba!... ¡ Y esos mostachos!... ¡ Está hecho un hombrón!...

—Es que por aquellas latitudes no abundan las peluquerías...—me contestó sonriente.

—Pero, en cambio, parece que abundan excelentes fondas...—le repuse pensando en la cantidad de alimento diario que requería el sustento de aquel verdadero gigante, cuyo aspecto me hizo creer que sería agresivo decirle algo que le recordara sus anteriores funciones de escribiente.

—En cambio, también, señor, si yo me he puesto como estoy hasta parecer otra persona, usted está exactamente como lo dejé.

—Y así voy a seguir hasta el último día de mi vida, pues los cambios externos que los hombres ofrecen a la observación de los demás son, casi siempre, reflejos de las modificaciones de orden moral que la vida produce, y como la condición y la educación de mi espíritu lo inmunizan contra semejantes achaques, soy como era y seré como soy; a mí nada ni nadie me hace cambiar en ese sentido y le diré a usted que mis ilusio-

nes, mis lirismos, mis energías, mis inocentadas y mis tonterías tienen casi la misma edad que mis huesos, en una tan íntima relación que estoy seguro de que durarán hasta que ellos se cansen de pasearlos por el mundo.

—Es usted un raro caso de consecuencia consigo mismo, señor.

—¡ Mi amigo !... ¿ Cómo ha de ser rara la consecuencia de un hombre consigo mismo?... Lo raro podría ser un tipo de consecuencia para con los demás, y usted ha visto que nosotros tenemos a la mano un ejemplo contrario...

—¿ En quién, señor?...

—En Martín Marten... ¿ O ya no se acuerda de él?...

—¡ Cómo no voy a recordarlo !... Si no se ha separado de mi imaginación en ningún momento ; vea usted, señor, a medida que me acercaba a Buenos Aires, de regreso, me retozaba la alegría pensando en que encontraría terminada y en libro *Una novela*. ¿ Está así, no?...

—Está dónde y cómo la dejó usted.

—¡ Pero, señor !... ¿ Será posible?... ¿ Por qué no la terminó?

—Porque usted me faltaba... y usted era el estímulo para hacerlo.

—¡ Señor !... ¡ Por Dios !... ¿ De modo que sin mí usted no puede escribir?...

—Sí... y... no... Antes de conocer a usted, antes de vincularme a usted mi situación era distinta de la que usted me produjo, y desde que lo conocí he pensado en que ya no podré escribir novelas sin el concurso de usted... sin sus co-

mentarios... sin su aplauso... y sobre todo, créamelo usted, sin sus censuras.

... ...
... ...

Lo que seguía después de las líneas precedentes, tuve que suprimirlo, porque Cipriano Montaraz me lo pidió, y creí que debía complacerle; pero quedamos en reanudar, desde el domingo próximo, la conjunta tarea de escribir *Una novela.*

Durante el primer año de estudios del cadete Marten, Eva acentuó los rasgos más salientes de sus eximias condiciones morales, alteradas antes, en alguna medida, por obra estimulante de las chicas que la frecuentaron en la estancia, en la escuela y en el trato con Martín; pero gradualmente aquellas influencias fueron debilitándose porque el alejamiento de Martín, en el pupilaje del colegio, y la presencia de sus condiscípulos en el campo de acción de aquellas muchachas, dió a éstas la doble sensación de que él no pensaba en ellas, pero que ellos sí...

Ernestina empezó por ceder el terreno a Marcela, y acabó por aceptar los galanteos del cadete Taylor que la visitaba en la quinta de San Isidro y la veía en las amenas reuniones en lo del doctor Hurtado, a las que concurría en unión del cadete Gorriti, en quien Silvia encontró un reemplazante ideal del infeliz Sampson.

En esas reuniones Marcela llegó a jugar a la lotería en sociedad con el simpático cadete Viamonte, con quien se repartía por mitad el mismo juego de cartones, lo que, más de una vez, al ser cantado un número que no estaba en los de él, pero estaba, desde luego, en los de ella, le permitió decirle:

—¿Ha visto, Marcela?... Lo que a mí me falta lo tiene usted, los dos nos completamos.

Y Marcela fué, poco a poco, pensando en que acaso el cadete Viamonte pudiera ser su complemento en la vida.

El único de ellos que en aquellas reuniones solía pasar malos ratos era el bondadoso e ingenuo Gorriti, pues nadie le sacaba de la cabeza a Camila el convencimiento de que él no iba a la casa por Silvia...

Eva no concurría ni a las reuniones en lo de Hurtado ni a los paseos a San Isidro, sino en muy contadas ocasiones, pues no sólo era distinta, por temperamento, de las otras chicas, sino que tenía otra educación, y sus padres la mantenían dentro de un criterio menos amplio, en el que, acaso, tuvo su buena y benéfica parte alguna de las conversaciones que el doctor Cortés solía sostener con su capataz de la estancia, cuando se ocupaban en recorrer el campo o en alabar las haciendas agrupadas por «pelo»; las negras, las overas, las coloradas...

Substraída Eva al asiduo contacto de aquellas chicas con quienes se encontró al salir de la infancia, su estado moral se reequilibró gradualmente, propendiendo a ello la edad alcanzada

y el relativo aislamiento en que pasaba los días al lado de sus padres.

Un solo motivo pudo alterar en aquellos momentos la serenidad de espíritu que Eva conquistaba día por día, y ese motivo era la presencia frecuente del cabo Forá que por sus mismas confidencias a Martín se había ganado el recurso de acompañarlo a su casa y de ir a buscarlo para regresar al colegio, pues no era Martín capaz de eludir su compañía, desde que él «no se metía en eso», según sus propias palabras, y no tenía tampoco pretexto fundado para oponerse a las visitas de su buen amigo y condiscípulo.

Durante éstas el cabo Forá observó una conducta impecable, no sólo porque estaba en su educación, sino porque el concepto que Martín le enunció sobre la poca edad de Eva lo movía a una actitud de expectativa, desde que sospechaba que él había reflejado quizá el que sus padres tendrían para ella, y por otra parte, recelando que Martín no le hubiera sido cumplidamente franco cuando le dijo que él no pensaba en tener novia...

Todo le aconsejaba, pues, la conducta que observó en la casa de Eva, y a favor de la cual fué ganándose el afecto y la consideración de sus padres, que sólo veían en él a un excelente camarada del querido hijo ; pero el cabo Forá estaba demasiado enamorado de Eva para que ésta, no obstante su edad y su condición moral, no lo advirtiese en alguna palabra, en alguna mirada, en algún gesto, por más que nada de

eso fuera tan preciso o significativo que le permitiera deducciones terminantes.

En ese estado de relaciones transcurrió el año hasta que efectuados los exámenes de fin de curso, Martín quedó promovido al siguiente con distinguidas notas, y el cabo Forá, al aprobar el tercer año de estudios, obtuvo el grado de alférez y fué destinado a un regimiento de caballería de guarnición en Buenos Aires.

Con el vistoso uniforme de su grado el alférez Forá fué a visitar a la familia de Martín en vísperas ésta de salir para la estancia del 25 de Mayo, a pasar las vacaciones otorgadas al cadete Marten.

El alférez Forá creyó que con uniforme de oficial y con espada, su presencia produciría en Eva una emoción inconfundible; pero ella se limitó a exclamar al verlo:

—¡ Mirá, Martín: cuando tú también seas alférez!...

—¿Yo?...—repuso él—yo no seré alférez... porque voy a estudiar los cinco años para salir de «teniente».

Dos o tres días después de esa escena, el doctor Cortés, su noble compañera, Eva y Martín tomaban sendos vasos de leche, al pie de la vaca, bajo los paraísos del tambo de la estancia ante cuyos panoramas Eva y Martín volvieron a sentirse niños... volvieron a sentirse hermanos.

*
* *

Mientras Martín cursó el segundo año de estudios, el alférez Forá se hizo asiduo concurrente a la casa de Eva hasta despertar en Felisa la sospecha de que sus visitas tenían un propósito oculto, que a ella la contrariaba hondamente desde que ni un solo día dejó de acariciar la idea de que con su hija se cumpliera el fin del «cuento» que les refirió en la estancia.

Naturalmente, aquella sospecha fué sugerida por alguna actitud del alférez Forá que no pasó inadvertida, y no esperó más para hablar a su hija sobre el asunto; pero poco tuvo que hacer para saber toda la verdad, pues Eva le dijo que el alférez Forá le había hecho insinuaciones de amor varias veces, hasta llegar a declarársele, y que ella le había contestado que jamás se fijaría en él, y que hasta le había dicho que no volviera a visitarla porque ella «no lo recibiría y se lo diría a papá».

Esta confesión, que la esperaba, sirvió de consuelo y de nuevas ilusiones a la buena madre de Eva; pero se abstuvo de hacer investigaciones en el espíritu de ella, porque, en realidad, no le eran necesarias; bien presentía hacia dónde se dirigía el corazón de su hija.

La actitud de ésta fué en su misma ingenuidad, tan categórica, frente al alférez Forá, que

éste decidió alejarse de la casa ; pero llevando en el alma la rabiosa sospecha de que el cadete Marten lo había engañado ; que le había mentido ; que se había jugado con él ; que acaso lo había tomado como medio para compulsar la solidez del afecto de su «prometida», y al formularse estos cálculos en los vehementes devaneos de su pasión, brotó, entre ellos, la brutal intención de una venganza...

La ausencia del alférez Forá eliminó en el espíritu de Eva toda causa de perturbación moral, pues hasta las «muchachas» se habían alejado del campo de sus preocupaciones, y sólo se veía con ellas de cuando en cuando, y casi invariablemente sin la presencia de Martín, que habría contribuído a remover cenizas.

Eva readquirió, pues, su verdadero papel de muchacha feliz y tranquila, consagrada al amor de sus íntimos y a aspirar en secreto el tenue aroma de otro amor que su coranzoncito exhalaba, como un jazmín entreabierto.

En tales circunstancias el doctor Cortés, que representaba en Buenos Aires los intereses del doctor Esteves, tuvo necesidad de hacerle conocer las incidencias de un asunto muy importante, a cuyo efecto pensó en trasladarse a Montevideo, pero, retenido a su vez por sus propios intereses, encontró la solución mandando a Martín con todos los datos y las instrucciones pertinentes.

Tenía Martín casi veinte años y se encontraba cursando el tercero, en el colegio militar, de cuya dirección obtuvo la necesaria licencia pa-

ra ausentarse por tres días, a fin de llenar la delicada misión confiada a su seriedad y a su buen juicio.

Eva no dijo ni una palabra; pero desde el fondo de su alma habría preferido que fuera su padre y no Martín el que se trasladase a Montevideo.

Dispuesto lo necesario para el viaje, salió Martín de su casa con rumbo al muelle de pasajeros a tomar el vapor que lo conduciría a la otra orilla del Plata.

Era una tarde serena y divina; el río parecía una acuarela que lo representara en calma, tal era su quietud, apenas alterada por los remos de los boteros que llevaban pasajeros al vapor, fondeado entre los dos muelles y de cuya chimenea se elevaba rectamente un penacho de humo que semejaba, sobre el fondo crepuscular del cielo, un abanico de pluma plegado y en alto sobre un busto de celeste vestido.

En las inmediaciones de las casillas del resguardo colocadas al empezar el muelle de pasajeros, una turba de changadores y boteros ofrecían sus servicios, en momentos en que Martín llegó para tener que esperar a que corrieran las barreras, pues en la inmediata estación Central un tren se disponía a partir, como lo hizo instantes después con su gran carga de muchachas alegres y de hombres cansados quizá por la brega diaria.

Libre el tránsito, siguió Martín el camino por sobre las tablas rotas y desclavadas del muelle, por entre cuyos frecuentes claros veía el lento

chapotear del agua entre los postes que lo sostenían. Un negro botero lo acompañaba, hasta que llegados a la última escalera bajaron a tomar el bote, y al sentarse en él dijo Martín al botero:

—¿Por qué pone su bote tan lejos?

—¡Que hoy «tá» bajo el río, niño! — y se puso a remar hacia el vapor *Saturno*, fondeado a pocas cuadras, y cuya palanca, colocada por excepción, sobre cubierta, se veía inclinada hacia un extremo e inmóvil como una cabria que no pudiese levantar la carga.

Martín se sentía presa de la natural emoción de un viaje como aquél, e impaciente por que empezara a marchar el vapor se paseaba por la toldilla observando el aspecto de la ciudad y de cuanto caía bajo su vista, cuando oyó un ruido extraño hacia el extremo de proa y corrió para ver la causa que lo producía: era la operación de levantar el ancla, tras de la cual el *Saturno* se puso en marcha y empezó el vaivén, rítmico y solemne de sus poderosas palancadas.

Un repiqueteo sonoro llamó a la mesa; pero antes de bajar al comedor, Martín fué a la popa del buque a mirar alternativamente la revuelta estela que señalaba en el río, y la silueta de la gran ciudad de entre cuyas calles se alzaban las primeras sombras de la noche.

*
* *

Mucho antes de que se iniciaran los primeros tonos de la aurora, el cadete Marten abandonó su camarote y fué a ponerse al lado de la «palanca», cuyas extremidades subían y bajaban como isócronos escapes de áncora.

Momentos después de estar allí, sentado sobre el techo de un pequeño tragaluz y pensando en su porvenir : el colegio militar, y en su pasado : el tambo de la estancia, vió de pronto la luz del faro giratorio del Cerro de Montevideo, y como si quisiera verlo mejor fué a ponerse en el extremo de proa, experimentando allí la curiosa ilusión de que el barco estaba parado, tanta era la quietud del agua.

A medida que aclaraba, el *Saturno* llegaba a la «Vuelta del Cerro», tras la cual vió Martín aparecer, envuelta entre los tules de la aurora, a la justamente llamada «Coqueta del Plata».

El vapor continuó avanzando sin más ruido que el de los palazos de sus ruedas, que fueron disminuyendo la marcha hasta detenerse en el centro de la bahía, a un par de cuadras del desembarcadero, en el que vió un pequeño muelle de madera y una escalinata de piedra adosada a tierra.

Así que fondeó el *Saturno*, fué rodeado por gran cantidad de botes, cuyos dueños se ofre-

cían a voz en cuello; pero que no podían atracar hasta que lo autorizara la visita de la «capitanía».

Martín, recostado en la borda, recorría con la vista el bellísimo espectáculo de la ciudad, aún dormida al pie de su pintoresco cerro, hasta que de pronto vió desprenderse un bote con varios marineros que bogaron magníficamente hacia el vapor. En la popa del bote descubrió la bandera uruguaya, cuya extremidad golpeaba en el agua como acariciándola, y ante aquella bandera, que—«faja más, faja menos»—le recordó la propia; ante aquella bandera, a tantos gratos recuerdos vinculada: ante aquella bandera, símbolo de una soberanía y de una democracia viril, el cadete Marten se irguió de golpe e hizo durante un largo instante la más correcta venia militar, y, por una de esas misteriosas casualidades que se ven todos los días, pero que acaso nadie explicará jamás, una racha de brisa marina tomó a la bandera por la punta, la levantó en alto y la hizo flamear como si contestara a la venia del cadete.

Efectuada la visita de la capitanía, Martín fué el primero en saltar a un bote, que lo condujo a tierra, y luego de revisado, «por forma», su equipaje, subió en un coche y se fué a un hotel situado en un extremo de la plaza Independencia.

Durante el trayecto hasta el hotel, había ido pensando a cada paso:

—¡Parece Buenos Aires!—con lo que formulaba sin duda su mejor elogio; pero cuando, en

el hotel, abrió el balcón y se asomó para encontrarse en presencia de aquella magnífica plaza, exclamó entusiasmado:

—¡ Qué enormidad!... ¡ Qué plaza tan inmensa!... en Buenos Aires no hay ninguna que se le parezca...

A una hora adecuada, y después de haber cumplido con la reiterada recomendación de que telegrafiase, se dirigió al domicilio del doctor Esteves, en el que su presencia fué motivo de una gritería infernal por parte de todas las personas de la familia; de todas, menos de Leticia, que aun no se había levantado.

Aturrullado por mil preguntas y otros tantos ofrecimientos, en los que alternaban el chocolate, el candeal, el chuño y todos los desayunos de la época, no atinaba a contestar ni a explicar el motivo de su viaje, cuando vió aparecer a Leticia...

—¡ Martín!... ¡ Cómo está... de grande!...

—¡ Leticia!... ¡ Cómo te has puesto!...

—Si yo no «lo» habría reconocido.

—Y veo que todavía no me reconoces...

—¿ Por qué me «dice» eso?

—Porque me tratas de usted...

Leticia se puso colorada y no contestó; pero nadie lo notó, porque todos hablaban a un tiempo, dando así ocasión para que Martín la observase un instante.

Suelto el cabello renegrido, debía llegarle a las corvas; los grandes ojos, tan negros como el cabello, habían adquirido una expresión de viveza y de dulzura realmente subyugadora; su

busto, vigorosamente delineado, le daba una esbeltez de estatua clásica, envuelto entre elegantes y desaliñados pliegues de un batón rosado y sin ningún adorno que no fuera su propia dueña; la nariz se había afilado, y, salvo su boca demasiado amplia, sin serlo con exceso, Leticia estaba en verdad divina.

—¡Cómo se quedaría Eva, si la viese!—pensó para sí Martín, recordando el cariño que su «hermana» tenía por ella.

Informado el doctor Esteves sobre las causas del viaje de Martín, pasó con éste al escritorio, en el que estuvieron ocupados casi todo el día y buena parte de la noche; pero eso no impidió que en el curso de las conversaciones sostenidas en familia, surgiera un proyecto en la imaginación de la dueña de casa, que de pronto dijo a su esposo:

—¿Qué te parecería que yo hiciese la calaverada de aprovechar el regreso de Martín a Buenos Aires para ir a visitar a Felisa?...

—Me parece una excelente idea...

—¿De veras?

—¡Pero cómo no, hija!... Si quieres te tomo mañana el pasaje.

Aceptada y resuelta la idea del viaje, todos pedían ser compañeros de la señora; pero al fin se decidió que lo fuese Leticia, para que a su vez visitara a Eva, especialmente, quedando convenido en que días después el doctor Esteves haría una escapadita para acompañarlas al regreso.

La tarde del día siguiente al de la llegada de

Martín era también apacible y serena, aunque una ligera brisa rizaba apenas las aguas de la bahía, en cuyo centro se encontraba el *Saturno* listo para partir, cuando la señora de Esteves, Leticia y él subían a bordo acompañados por toda la familia, que concurrió para despedir a los viajeros.

Llegada la hora de salida, y luego de las despedidas de práctica, el *Saturno* levó anclas, viró lentamente y «campo ajuera salió al mar». Sonó la campana que llamaba «a la mesa» y en momentos en que empezaba la comida navegaba el vapor en la «vuelta del cerro», donde la marejada se hizo más sensible.

A sus impulsos el vapor «se movía» un poco, y la señora de Esteves empezó a sentirse algo mareada; pretendió resistir, pero no pudo, y tuvo que abandonar el comedor para ponerse en cama, como único medio de evitar que el mareo la dominara por completo.

—Vayan ustedes a la mesa, no más, hijitos; si se me va a pasar—dijo la señora, y Leticia volvió al comedor acompañada por Martín, pues ambos tenían la suerte de no marearse.

Después de comer, la brisa se hizo un poco más intensa, impidiendo que la señora abandonase su camarote; pero la noche, estrellada como nunca, incitaba a contemplarla, y para hacerlo mejor Leticia y Martín subieron a cubierta, en la que uno que otro pasajero paseaba sus cavilaciones.

Leticia y Martín observaban el acompasado y silencioso subir y bajar de los extremos de la palanca, cuando él le dijo:

—En esa claraboya o tragaluz estuve sentado largo rato, en el viaje de ida, contemplando el cielo y el río... ¿Sentémonos?...

—Pero ahí no cabemos los dos, ¿no «le» parece?

—¡No cabríamos aunque fuese de doble tamaño!

—¿Por qué «me» dice eso?

—Porque tú te has puesto muy ceremoniosa... y sigues empeñada en tratarme de «usted»...

—Es que... como hace tanto tiempo... que no «lo» veía...

—Que... no «lo» veía ¿eh?

—Ahora... me cuesta... cambiar...

—Pues me obligarás a tratarte en la misma forma; desde ahora: «de usted», señorita...

—Bueno... Martín... entonces... este... ¡Caramba!... No sé cómo decir...

—¿Sentémonos en la claraboya?...

—¡Eso es!... Sentémonos.

*
* *

La prolongada visita de Leticia, que con su mamá «pararon» en casa del doctor Cortés, y, más aún que su permanencia en ella, las circunstancias en que realizó el viaje con Martín desde Montevideo, y que las conocía por la propia y prolija referencia de éste, produjo en el ánimo de Eva un estado de perturbadora cavilo-

sidad que la torturaba hasta moverla a tener con su propia madre una especie de explicación, que sólo por eso podía promover.

Había transcurrido muchísimo tiempo sin que Eva se sintiera impelida a plantear a Martín el problema de sus amores, que ella conservaba latentes por pudor y hasta por placer, pues tal sentía al meditar a solas sobre ellos, feliz de que fueran ignorados por todos los demás. Si así ocurría, en efecto, con todos, hasta con el mismo Martín, no pasaba lo propio con Felisa, para cuyo corazón de madre no podían ser misterios los de aquella clase en su hija, fuera de que más de una vez la sorprendió contemplando el retrato de él o guardando prolijamente los cartuchos vacíos en que Martín le había llevado caramelos.

Decidida a poner sus perplejidades en manos de su mamá, se aplicó a conseguir que ella la sorprendiera en actitud de ensimismamiento, para que la consiguiente pregunta facilitara el diálogo, y así fué, en efecto, pues una tarde, en momentos en que estaban solas en la casa, Eva sentóse en una silla de la sala al ver que su madre la buscaba, y se puso en actitud...

—¿Qué es eso, hijita?... ¿En qué estás pensando?—le dijo Felisa al «sorprenderla»...

—En nada... mamá...

—¿Cómo en nada?... ¿Qué, te sucede algo?... ¿Qué tienes?...

—¡Nada, mamá... nada!... Estaba pensando... en Leticia.

—¿En que te ha escrito después que se fué?

—No, mamá... en eso no...

—¿Y entonces en qué?

—¿Tú crees, mamá... que Martín... le hace caso?

Al oír ese verdadero estallido, que así debía entenderse dado el carácter de Eva, su madre se le sentó al lado, y luego de una breve pausa, le dijo:

—Mirá, hijita: ¿tú crees que yo no sé que tú lo quieres a Martincito?... Pues estás engañada; lo sé perfectamente, y tanto yo como tu padre nos alegramos mucho, en todo sentido, porque bien lo mereces tú y bien merece él una compañera como tú; pero hay que pensar en que todavía son muy jóvenes.

—Sí, mamá; pero a mí me parece que él puede comprometerse con Leticia... ¡que tiene un modo de ser!...

—¡Qué disparate, hijita! No pienses en eso. Si Martincito es incapaz de fijarse en una niña como ésa, y más estando tú de por medio. Y él, ¿qué te ha dicho?

—¿A mí?... ¡Nada!... ¿Qué va a decirme?... Ni yo le he hablado tampoco de eso... ni de nada...

—Eso es lo más discreto, por ahora—repuso la señora; pero quedó pensando en las últimas palabras de su hija y se levantó del asiento para irse a proyectar a solas el plan que acababa de proponerse.

En la noche de ese día Martín iría—como iba todos los sábados—con licencia, para quedarse hasta el domingo, en que al toque de «retreta» debía encontrarse de nuevo en el colegio, y Fe-

lisa se propuso hablarle de sus supuestas relaciones con Eva.

Así ocurrió, en efecto, pues en cuanto Martín estuvo acostado, Felisa fué a preguntarle, como lo hacía siempre en casos análogos, si necesitaba algo o si quería tomar algún alimento. Efectuada la cariñosa atención, y como si respondiera a una ocurrencia del momento, le dijo a Martín:

—¿Sabes, hijo, que estoy preocupada con una cosa?

—¿Con qué, mamá?—repuso él incorporándose en la cama, en cuya orilla se sentó ella.

—¿Entre Leticia y tú hay algo?...

—¿En qué sentido, mamá?

—Quiero decir... si... tú gustas de ella... si en el viaje que...

—Si me hablara en chino, no le entendería menos, mamá; pero, ¿puede usted suponer que yo?...

—¿Y qué tendría de extraño, hijo?

—Cómo no había de tener, y usted debe saberlo perfectamente.

—Pues has de ver que me alegro en el alma, porque me había parecido notar algo, y hasta Eva lo creía también.

—¿Eva le ha dicho?...

—No, hijo; no me ha dicho nada, pero algo me ha dejado traslucir, porque ella... como es natural... ¿no?... puede decirse que no puede tener otra simpatía que tú ni otro cariño.

—Lo mismo que me pasa a mí con ella.

—¡Ah!... no te imaginas el alegrón que me

das, hijo, diciéndome eso, porque, ¡qué mayor felicidad para nosotros que ver a ustedes unidos algún día para siempre!

—Usted no me ha entendido, mamá...

—¿Cómo que no?

—Yo no he dicho ni pensado nada de eso...

—¿Pero, no te has referido a tu cariño por Eva?

—Que no puede ser ni más grande ni más puro.

—¿Y entonces?

—¿Entonces, qué?...—y la voz y el gesto de Martín cambió de pronto, agregando— : Eva es para mí una hermana, como usted es para mí una madre, mamá, y el sentimiento de mi cariño por ella es excluyente de toda otra forma que no sea el puramente fraternal que me ha inspirado siempre; yo la he querido y la quiero sintiéndola «hermana» mía, como me siento «hermano» de ella y no podría jamás traicionar este afecto para cambiarlo por otro.

—Pero, desde que en realidad no son hermanos... si se quieren... yo no veo motivo.

—Yo sí, mamá—exclamó con cierta vehemencia Martín—, yo no podría, y no lo podría sinceramente, matar en mi conciencia a mi «hermana» Eva para convertirla en mi novia... en mi esposa...

—Yo no he pensado en sugerirte semejante cosa, hijo, y si te he hablado de esto ha sido porque estaba doblemente engañada; pero te confieso — agregó pensando instantáneamente que Martín le ocultara su pensamiento íntimo—

que no alcanzo el motivo para pensar lo que tú dices, desde que el hecho de que hayan vivido como hermanos, no siéndolo, es o sería, más bien, sobrado motivo para que se entendieran como novios y se quisieran como tales, máxime conociéndose como ustedes se conocen.

—Yo tengo mis ideas, mamá ; ¡ qué quiere !... Y seré el primero en alegrarme de que Eva encuentre un novio digno de ella.

—Pues para nosotros sería el colmo de la felicidad que ese novio fueras tú, y no te lo oculto, como ves.

—Yo no lo podré ser, y no lo seré jamás ; he vivido queriéndola como «hermano», y Eva es para mí, mi «hermana» en mi espíritu, en mi afecto y en mi conciencia ; me ocurre con ella lo mismo que con usted, mamá : me siento tan hermano de ella como hijo de usted, mamá, porque usted ha sido para mí una verdadera madre, la única que he conocido y la considero tan madre mía como lo habría hecho, seguramente, con mi propia madre si hubiera vivido.

—Bueno, mi hijo querido, no hablemos más de esto.

—Sí, mamá, no hablemos más de esto, porque no hay objeto.

Y después de un estrecho abrazo, Felisa dió las buenas noches a su hijo y lo dejó solo.

Martín permaneció largo rato en la misma postura reflexionando sobre lo que había conversado con su mamá, hasta que por fin tomó un libro, lo abrió, fijó la vista en la página elegida, pero transcurrió más de una hora sin que diese vuelta la hoja.

*
* *

Después de la entrevista de Felisa con Martín, el doctor Cortés informado, naturalmente, por ella, se propuso hacer una nueva exploración en el espíritu de su «hijo», y así lo efectuó con el mismo resultado que su esposa.

Colocados los padres de Eva en el terreno de tales confidencias, hubieron de extremar recursos en el afán no sólo de obtener lo que ansiaban para ella, sino de comprobar la sinceridad en la actitud de Martín, pues creían que él, por delicadeza o por pusilanimidad, les ocultara su verdadero estado de afecto por Eva.

Nada pudo alterar el firme concepto moral que él mantenía: las circunstancias lo habían convertido en hermano de Eva, y Eva era para él su hermana; pero no su «hermana a plazo determinado», sino su hermana para siempre. Si en esas mismas circunstancias se le hubiese presentado a Eva como su prometida, como su «novia», desde sus juegos infantiles, quizás se habría criado considerándola así—en broma primero y después en serio—por costumbre, por habitud, que es, al fin y al cabo, como se formalizan muchos compromisos matrimoniales en la vida; pero había sucedido todo lo contrario y no le era posible recomenzar de nuevo.

Nada de todo ello alteró tampoco sus procedi-

mientos en la casa de Eva y para con ella, de la que siguió sintiéndose tan «hermano» como antes y como si no hubiese ocurrido nada de cuanto se produjo entre ellos. Para él todo se reducía a un error o a una equivocación de sus «padres», que no podía influir en su conducta ni en la sólida serenidad de su alma: habían estado engañados; él los sacó del engaño, y eso era todo.

Eva ignoraba lo que había sucedido y no pudo ni siquiera sospecharlo, ante la invariable y cada día más tierna conducta de su hermano para con ella, y así transcurrió el año que en otro sentido marcó un nuevo éxito en la vida del cadete Marten: fué promovido en los exámenes del colegio con altas notas y mereció el ascenso a «cabo» por su conducta ejemplar y por sus descollantes condiciones de carácter.

Junto con él rindieron satisfactoriamente exámenes sus condiscípulos y efusivos amigos Taylor, Gorriti y Viamonte; pero de éstos, sólo el último se dispuso a continuar los estudios con Martín para alcanzar el grado de «teniente»; Gorriti y Taylor salieron de alféreces, con la consiguiente alegría de Ernestina y Silvia, que no se imaginaron la tremenda desilusión que les deparaba la suerte: los alféreces Taylor y Gorriti, fueron destinados a un regimiento de caballería de guarnición en el Choco destacado en la línea del Bermejo, en cuya frontera los indios les hicieron bien pronto olvidar a sus novias.

Y para que esa cruel burla del destino fuese

más sarcástica, Camila le había puesto sitio a Sampson y se reía de Silvia al verla llorar su suerte...

El alférez Forá, entretanto no perdía la oportunidad de perseguir a Eva en los paseos, en el teatro, en todas partes, y de pasar por casa de ella, en un overo, de raza chilena, cuyas braceadas vigorosas le permitían estar largo rato en el mismo punto zangoloteando a su esbelto jinete, que, por ótra parte, no dejó de acariciar la fatídica idea de que algún día cayera bajo sus órdenes, o sus garras, el «cadete Marten».

Las relaciones del cadete Viamonte con Marcela se mantenían más o menos en estado de expectativa por parte de ella, que, sin rechazarlo ni aceptarlo, seguía sintiendo por Martín un resto de cariño que así podía desvanecerse gradualmente como reavivarse en la primera ocasión propicia, pues al mismo tiempo en que ella era informada de las condiciones en que él hizo el viaje con Leticia y de la conducta de ésta durante la temporada que pasó en casa de Eva, había creído descubrir en Martín más de un destello de recóndita simpatía por ella.

Al fin de cuentas Leticia era una adversaria a la distancia ; en las otras muchachas no había que buscar temibles competidoras, y si Martín no festejaba a Eva, ¿por qué no había de fijarse en ella, que se le parecía tanto?...

En tal situación transcurrió el cuarto año de estudios de Martín, que, al ganar la promoción al quinto y último, fué informado de que al iniciarse éste sería ascendido a «sargento», que era la más alta dignidad en las filas de los cadetes.

Hasta el momento en que cumplida la promesa, fué convertido en el sargento «Marten», nadie, que no fuera Marcela, y eso mismo sin fundamento positivo, pudo suponer en Martín ni la más leve desviación de la línea de conducta que se había trazado. Sus amigos más íntimos no pudieron conseguir que se pusiese un cigarrillo en los labios, ni que bebiese ni una gota de alcohol en ninguna forma, ni que apostara en el juego; pero, en cambio, a muchos de ellos él los convirtió a sus formas de corrección, de decencia y de impecable pulcritud en todos los actos, captándose el cariño, el respeto y hasta la admiración también, de cuantos lo trataban.

En el colegio el «sargento Marten» era el modelo de que sus superiores se valían para señalar rutas a los demás cadetes, y para todos éstos él era el preferido y el prestigioso.

En sociedad constituía el centro de atracción de todas las miradas no sólo por su bizarría y su aspecto de inmaculada salud moral, sino porque a todas partes llegaban los ecos de su conducta y de sus actos; pero ante los halagos de todos el «sargento Marten» permanecía, como «el niño Martincito», tan impasible «como la flor ante las mariposas que revolotean sobre ella».

*
* *

—Tú me ocultas algo, Alcides... yo te he visto muchas veces caviloso en estos días... ¿qué te sucede?...

—Nada, hija... ya te he dicho : ¡ nada !

—Nada, no ; te conozco perfectamente y no me engaño ; tú tienes algo.

—¡ Pero, si te digo que no !...

—Mira, Alcides : ¡ prefiero la verdad, por más cruel que sea, a esta incertidumbre !

El doctor Cortés siguió paseándose por la sala, sin responder a su esposa que lo atisbaba anhelosamente, hasta que después de un largo silencio volvió ella a decir :

—¡ Vamos, pues !... ¡ Dime !...

Al oír este reclamo, él se dirigió a la puerta de comunicación con su escritorio, miró hacia el interior, comprobando que Eva y Martín seguían jugando al ajedrez en la mesa del comedor, y suavemente, tratando de no hacer ruido, cerró la puerta.

—Voy a confiarte un secreto muy grave ; pero que tendrás que conocerlo dentro de pocos días.

—¿ Qué hay?... ¡ por Dios !...

—No te alarmes, y sobre todo no vayas a cometer la imprudencia de hablarlo con nadie. Tú sabes perfectamente que la situación actual ha llegado al límite del desorden administrativo y que la corrupción política excede ya a todas las tolerancias ; ha llegado, pues, el momento de proceder contra este gobierno de oprobio y de ignominia, y en este instante se ultiman los preparativos para concluir con toda esta vergüenza.

—Pero... ¿ cómo?...

—Estamos preparando un movimiento...

—¿Una revolución?...

—Si tú quieres... o si no hay más remedio: una revolución.

—¡Santo Dios! ¿Y tú estás en eso?

—¡Como todo el mundo! ¡En el comité llueven adhesiones desde los más grandes ciudadanos hasta los más humildes!... ¡Con decirte que... hasta el ejército!

—Pero, entonces, no habrá necesidad de una revolución.

—Quién sabe... mucho nos tememos que algunas tropas permanezcan fieles al gobierno... y además éste cuenta con fuerzas, aquí en la ciudad, que pretenderán sostenerlo.

—Pero, tú no tomarás parte activa... tú estarás en el comité, no más... ¿no?...

—Eso dependerá de las circunstancias, pues, como te digo, si hasta el ejército y la escuadra están con nosotros, no es poco que ellos solos actúen...

—¿Y los cadetes del colegio miltar?—exclamó Felisa palideciendo de golpe.

—Tranquilízate: nadie se ocupará de ellos, y el gobierno no puede contar con ellos porque no son tropa propiamente militar, sino jóvenes, y muchos «pensionistas» aplicados a estudiar, y nada más.

—¿De modo que tú crees... que los cadetes...?

—Te repito que estés tranquila: nadie se meterá con ellos.

Mientras el doctor Cortés dialogaba con su esposa en esos términos, después de haber cerrado la puerta de comunicación al interior, se

producía una situación análoga entre Eva y Martín, pues así que éste vió cerrar la puerta le dijo :

—¿Por qué habrá cerrado, papá, la puerta del escritorio?

—Quién sabe... Algo ha de pasar, porque hace días que parece preocupado... y ya lo notó mamá.

—Quizá sea para hablar de eso...

—¿De qué?

—De eso que lo preocupa... ¿Tú no has oído nada, hermana?

—¿Yo?... no... nada... ¿de qué?...

—¿Eh?... De nada...

—¡Caramba!... me lo dices de un modo... ¿Es algo de nosotros?...

—¡No, hermana! — repuso riéndose Martín— ; ¡qué esperanza!...

—¿Y por qué te ríes?... ¡Tú sabes entonces, lo que es!...

—¡Chito!... Ya basta : tú juegas.

—¡No!... Yo no juego, si no me dices.

—¡Pero, si no sé de qué se trata!...

—¿Y cómo sabes que no es de nosotros?...

—Bueno, ya basta : tú juegas ; te estoy amenazando la reina.

—¡Qué me importa!... Yo no juego más, si no me dices...

—¿Pero qué quieres que te diga?...

—Eso, que tú sabes... qué le sucede a papá...

—A papá no le sucede nada.

—Y entonces, ¿a quién?... ¿a ti?...

—¡Menos!—y volvió a reír Martín sin poder contenerse.

—¡ No ves cómo tú sabes y no me quieres decir !

—Bueno, hermana, si me prometes no decir nada a nadie te confesaré...

—Sí, te prometo, ¿qué?...

—Que... que... yo...

—¡ Vamos !... ¡ de una vez !...

—¡ Que... yo !... ¿quieres creer?... que yo tengo...

—¿Pero, el qué?... ¡ pronto !...

—¿No te vas a enojar?...

—¡ Ah !... ¡ Por Dios !... ¿Hasta cuándo?...

—¡ Yo tengo... mate en dos jugadas !—y soltó una carcajada ; pero Eva embarullando casi con violencia las piezas del tablero y poniéndose nerviosamente de pie exclamó :

—Voy a decirle a mamá que tú sabes todo... que te pregunte.

—¡ No, hermana, ven !... No hagas eso.

—Entonces, cuéntame.

—¡ Pero si no tengo nada que contarte !...

—Bueno : ¿no me dices?... ¿no?...—y como Martín permaneciera callado contemplándola, salió corriendo por las piezas hacia la sala, gritando— : ¡ Mamá !... ¡ mamá !...—y fué a abrir la puerta, seguida por Martín a largos trancos.

—¿Qué sucede, hijita?—le preguntó su mamá azorada al verla entrar de pronto, después de haber oído sus voces, y viendo que tras de ella aparecía Martín.

—Sucede, mamá, que «éste» sabe lo que le

pasa a papá, que hace días que lo notaste preocupado.

—No es cierto, mamá, son cosas de Eva.

—¡No!... no son cosas mías: él sabe todo.

—Vamos a ver—dijo el doctor Cortés—, ¿qué es lo que sabes?

—Nada... papá...

—No me mientas: ¿tú sabes algo?... ¿algo... que pueda interesarnos?...

—Lo que sabe todo el mundo, papá—repuso Martín, consultándolo con la mirada, como pidiendo autorización para decirlo.

—¿Y qué es eso que «sabe todo el mundo»?

—¡Que la revolución es un hecho, y que usted, papá, es de los organizadores!

—¡Papá!... ¡Papá!—exclamó Eva atónita y quedó absorta mirándole.

—¿Y quién te ha dicho eso?

—Lo supe por un teniente del regimiento de artillería que está frente al colegio, y a más yo lo he visto...

—¿Qué es lo que has visto?...

—¿Digo?... papá...

—Sí, pues, dilo.

—Yo mismo lo he visto a usted en el comité de la calle Florida, al llegar a Corrientes.

—¿Tú?... ¿Tú me has visto?...

—¡Qué te decía, Alcides!... ¡Por Dios!—exclamó Felisa tomándose la cabeza con ambas manos.

—Sí, papá... yo...

—¿Cuándo?...

—Hace pocas noches... el jueves... eso es... el 17.

—¿Y cómo pudiste verme?...

—Vea, papá; desde antes de la parada del 9, nos habían visto, a mí y a otros cadetes de 5°., para que entráramos en la revolución, y Viamonte me dijo que usted estaba también y que formaba parte del comité, y a mí me gustó, porque hace mucho que pensaba que el día que hubiera una revolución contra este gobierno, debíamos entrar todos, y yo el primero.

—¡Hijo mío!...—exclamó Felisa.

Felisa permaneció muda mirando con expresión de espanto a Martín, y el doctor Cortés le dijo con visible satisfacción:

—¡Sigue!... ¡Sigue!... hijo.

—Nos pusimos, pues, de acuerdo, y esa noche nos escapamos por las ventanas del dormitorio, vestidos de particular, por eso usted no me reconoció, y fuimos con unos oficiales de artillería al comité, donde nos presentaron a varios miembros de la junta, en una de esas piezas que están al fondo, a la derecha, sobre el segundo patio... ¿sabe?... y al pasar yo lo vi a usted en el salón del frente, hablando con varias personas.

—¿Y fueron aceptados ustedes?

—¡Cómo no íbamos a ser!... ¡Ya lo creo!... Y de todos modos, era igual, no más, porque ¡el día que estalle la revolución!...

—¡No, Martín!... ¡no!... Yo no quiero que tú vayas—dijo casi a gritos Eva, abrazándose al cuello de Martín, en el preciso instante en que Felisa, con la voz casi apagada por la tremenda emoción, moduló:

—¡ Alcides... es preciso... que tú evites... eso !...

—¡ No, mamá—exclamó Martín, tratando de separarse afablemente de los brazos de su hermana— ; estas cosas no deben ser evitadas ; todo el mundo, hasta el ejército, y hasta la escuadra, están comprometidos para derrocar a este gobierno de robos y de oprobios, y papá debe estar también entre los primeros y yo como él y con él.

—¡ Hijo mío !—dijo el doctor Cortés abrazándolo tiernamente, y Martín, palmeándole fuerte en las espaldas, exclamó :

—Siendo un chico, ¿se acuerda, papá? le dije que si había guerra yo quería estar a su lado : hoy le digo que quiero y que «debo» estar a su lado, y estaré...

*

* *

Con las últimas sombras de la noche en la alborada del 26 de julio de 1890, salieron de sus cuarteles en Buenos Aires los batallones y regimientos que con sus jefes al frente iban a cumplir el compromiso de honor empeñado con la junta central de la Unión Cívica, constituída al principal objeto de sanear la corrupta atmósfera política y administrativa de aquellos días excepcionales en la historia de la república.

Por el mismo camino que, diez años antes, marchara una división del ejército destinada a sofocar un movimento de protesta cívica, mar-

chaban en aquella noche algunos batallones y regimientos buscando la incorporación de las filas populares para solidarizar con ellas en otro acto de sacrosanta protesta cívico-moral. Los cañones de la artillería llevaban las ruedas envueltas o cubiertas las llantas con pasto y lona para que no hicieran ruido, y era, más que pavoroso, solemne el deslizarse en silencio de aquellos cuerpos, que instantes después se harían oír por sus bocas de fuego.

Entre los pocos regimientos que parmanecieron fieles al gobierno de aquella época, figuraba precisamente aquel en que prestaba servicios el alférez Forá, ascendido a teniente segundo al empezar aquel año.

Simultáneamente con las tropas que de diversos rumbos de la ciudad marchaban a concentrarse en el Parque de Artillería (1), llegaban al mismo sitio numerosos ciudadanos de toda filiación política, de toda condición social y hasta de toda edad : tanto era de popular aquel movimiento, cuyo jefe militar, recluído preso—por vehemente sospechas—, en el cuartel de uno de los batallones en que más confiaba el «presidente de la República», salió del cuartel al frente del mismo batallón a cuya vigilancia fué confiado.

Nadie faltó en aquella cita del honor cívico, y previstas de antemano las consecuencias de forzosa lucha a que el movimiento popular daría motivo, se habían organizado diversos canto-

(1) Actual local del palacio de justicia

nes estratégicamente colocados en los alrededores del Parque, en el que tenía su asiento la junta de gobierno provisional organizada al efecto.

Uno de esos cantones fué confiado al mando del «sargento Martín Marten», reconocido como «teniente» por la junta revolucionaria, la que puso a sus órdenes un grupo de veinte ciudadanos armados y municionados y decididos. La casa en cuya azotea se ubicó el cantón del «sargento Marten» formaba esquina, y la azotea, rodeada de un parapeto bastante alto era común con la casa inmediata y también por ésta tenía acceso.

Noticiado del movimento cívico-militar producido, el «gobierno nacional» se instaló en el cuartel del Retiro (1), desde donde impartió las primeras disposiciones para sofocarla, y a este efecto, las fuerzas militares que se mantuvieron a su servicio hicieron «campamento» en la plaza Libertad—a sólo dos cuadras de las tropas y ciudadanos concentrados en el «Parque».

Para atacar a éstas se dispuso, también, la organización de una línea de «cantones» que deberían ir batiendo a los contrarios y estrechando el círculo hasta «encerrar la revolución en el Parque».

En las bocacalles circundantes de éste se emplazaron baterías de artillería, como para empezar el drama a cañonazos...

La noticia de que había estallado la revolución cundió por la ciudad con la rapidez de la

(1) Donde actualmente se encuentra el «Pabellón Argentino», en la plaza San Martín.

luz auroral que empezaba a invadirla contrastando con la fúnebremente tétrica de los faroles del alumbrado público que nadie apagó en la alborada de aquel día.

Todos los servicios de la ciudad quedaron interrumpidos, y sólo los faroles de gas irradiaban la lividez creciente de sus luces mortecinas en medio de aquel tremendo silencio que precedió, por un instante, al sonoro rebramar de los cañonazos y al sibilante chasquido de los fusilazos, cuyos trágicos ecos repercutirían en las calles solitarias...

Pálido, pero sereno y sonriente, sin afectación, el «sargento Marten» mantenía sus hombres ocultos a favor del parapeto, y con un pequeño anteojo observaba los alrededores, esperando a cada instante ver aparecer al «enemigo», por las calles o en las azoteas inmediatas. Vestía el simpático uniforme de «cadete del colegio militar», y en el cinturón de su espada había colocado un revólver.

Estaba el gallardo y varonil «cadete»—malgrado sus insignias de «sargento» y el título de «teniente» que la junta revolucionaria le otorgó—, observando con su anteojo en la dirección de la plaza Libertad, cuando, de pronto, se abrió la puerta de la azotea de la casa inmediata y apareció cautelosamente un oficial del ejército seguido por un piquete al servicio del Gobierno...

—¡ Sargento !... ¡ Mire !—le dijo uno de los «cívicos», que el «cadete Marten» tenía a sus órdenes, y al volverse rápidamente vió, a pocos pasos detrás de él, al teniente Forá...

Los soldados de éste desplegaron a su retaguardia distanciados entre sí ; el teniente Forá contempló absorto y lívido a su ex condiscípulo como si le costara reconocerlo, hasta que, pasando la espada a la mano izquierda y sacando con la derecha el revólver, dijo con voz entera a sus soldados :

—¡ Rodilla en tierra ; preparen !...

—¡ Preparen !—respondió como un eco dirigiéndose a los suyos la voz enérgica y tranquila del cadete Marten.

—¿ Quién manda esa gente? — le preguntó, desde su sitio, el teniente Forá, con el revólver en alto.

—¡ El sargento Marten !—le respondió éste golpeándose el pecho y resbalando la mano hasta la empuñadura de su revólver.

—Le intimo, «cadete», que se rinda en el acto.

—Yo no le intimo, «teniente Forá», que se rinda, sino que se retire con su tropa ; yo estaba aquí antes que usted.

—Le reitero la orden de rendirse en el acto «cadete», ¡ y por última vez !...

—¿ Que me rinda yo?... ¡ A usted !...—y sacando rápidamente la espada gritó— : ¡ Viva la patria ! y...

Pero no pronunció la voz de «fuego», porque un balazo del teniente Forá, le partió la frente en el mismo sitio en que sus «padres»—y nadie más que ellos—, lo besaron desde niño.

FIN




BIBLIOTECA DE
LA NACION

